

*Selecta*

Matías Zitterkopf



**Mientras contemplo  
la eternidad**

*Cielo prohibido*

3

Mientras contemplo la eternidad

Trilogía Cielo prohibido 3

*Matías Zitterkopf*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Prefacio

Érase una vez un ángel caído que había estado a la diestra de Dios. Pero en su corazón germinó el mal y fue desterrado del Paraíso.

Su caída fue estrepitosa y sus alas blancas se quemaron hasta volverse negras para luego disolverse como polvo en el viento. Dolorido y enojado, cayó en el Inframundo, en la cuna donde la Oscuridad había esperado, dormido y despertado de manera eterna. Ella lo acogió en sus brazos de niebla como una madre a su hijo.

Ambos soñaron las peores pesadillas y el Caído se multiplicó engañando a mujeres humanas. Niños especiales nacieron y fueron llamados Hijos del Diablo; los desterrados hijos de Eva.

Dios se cansó de tal aberración, pero perdonó a aquellas crías pues no era su culpa. Y la noche fue día y el día fue noche. Los ángeles descendieron como una majestuosa lluvia de estrellas plateadas y los demonios ascendieron como devastadoras llamas de fuego.

El amor del que había incumplido la tarea y la humana que lo amó trató de ser fuerte mientras el bien y el mal chocaban con fuerza y se fundían en una misma penumbra.

La Clara y la Oscura se pusieron sus mejores vestidos de guerra. Esos días la sangre fue arroyos de lava sobre las hermosas armaduras.

Fue el principio y también el fin.

## 1. Dos extraños

El día después de su accidente, Amelie lo pasó en la cama escuchando el sonido del mar al moverse en forma de olas espumosas y el llamado de las gaviotas que sobrevolaban las aguas azules de Playa Calma. Por mucho tiempo dejó la vista fija en esa pequeña ventana que le mostraba un trozo de cielo.

Las tres personas que la habían socorrido y tan amablemente la habían llevado a su supuesta morada ya no estaban allí. Eso sí lo recordaba desde que había abierto los ojos y los había visto delante de ella. Le hubiera gustado poder agradecerles con más conciencia por haberla rescatado y cuidado. Pero cuando despertó, luego de caer profundamente dormida, ya se habían esfumado. No la habían asustado en lo más mínimo, la habían dejado sorprendida en verdad. Aunque sus recuerdos eran algo vagos y todo se veía desdibujado en su mente, pues el dolor de cabeza era fuerte y se la pasaba durmiendo, tenía la certeza de que eran altos y sus ojos, de una claridad celeste que nunca había visto antes. Sus voces eran suaves y lograban acallar el zumbido en sus oídos, que poco a poco iba desapareciendo con el pasar de las horas.

No se había lastimado el cuerpo en el choque, de eso estaba segura, lo primero que había hecho cuando se enteró del incidente había sido recorrer sus extremidades con las manos varias veces. No llevaba a nadie más con ella en el auto porque supuestamente no tenía familia biológica y por eso daba

gracias; no había matado a nadie. Ni siquiera se cuestionó dónde había quedado su vehículo destruido porque Mina, Gael y Lana, que era como se llamaban sus salvadores, no le habían proporcionado información acerca de ello, argumentando que un doctor había dicho que se encontraba bien y que de a poco iría recuperando la memoria. Entonces no había necesidad de apresurarse y atormentarse con miles de datos. Por eso no la habían dejado llamar a los amigos que tuviera, para no preocuparlos y para que no la atosigaran con preguntas. Solo le habían dicho que vivía en aquella casita junto al mar y que la compartía con alguien que se haría cargo de ella cuando los tres se fueran.

Y ese alguien era un tal Bastian, un muchacho que, supuestamente, era muy especial para ella. Al menos eso fue lo que había dicho Mina, la mujer que se había quedado con ella luego de que el extraño intentara besarla. Aquello había sido terrible, lo peor que le podía haber pasado. Por supuesto que había hecho un escándalo, no podría no haberlo hecho, y había roto en llanto antes de volver a dormirse otra vez.

Esa palabra, «especial», estaba segura a qué se habían referido con eso. Podría no recordar nada acerca de su vida, pero no era tan tonta como para no darse cuenta de la manera en que Mina había pronunciado su nombre y de la sonrisa que había esbozado con sus labios pálidos cuando dijeron «especial».

Estaba sentada en la cama, cubierta hasta la cintura por una manta de grandes cuadros rojos, negros y azules. Observaba cómo, en una de sus manos, unas débiles líneas de lo que parecía un dibujo iban desapareciendo a medida que pasaban los minutos para convertirse en piel rosada. ¿Qué era aquello? Parecía un rastro de pasado, trazos débiles que no lograba comprender. También le daba vergüenza pensar que aquellas personas la habían bañado y le habían puesto ropa limpia, pero al menos eran mujeres como ella, suponía que el chico se había quedado afuera.

Se levantó de la cama finalmente para mirarse en un espejo que estaba sobre una de las paredes frente a ella. Quería saber quién era para hacerse una

imagen de cómo lucían su rostro y su cabello. Tenía el pelo rojo –pero no del tono oscuro, sino encendido– y le caía sobre sus hombros ondulado como el mar cuando se viste de inmensas olas. La piel de su rostro era bastante blanca; su nariz, pequeña manchada por pecas y sus ojos, de un color marrón muy claro.

Intentó hasta el cansancio y el punto máximo de frustración recordar algo que no fuera físico, pero no pudo. Tampoco sabía su edad, ni algo destacable de cuando era pequeña. Su mente era un inmenso bosque oscuro en el que estaba perdida y las ramas secas de los árboles la tenían allí atrapada para siempre. Era en vano tratar de descubrir algo sobre su pasado porque ni siquiera podía recordar el accidente que había tenido el día anterior. ¿Cómo iba a hacerlo si tampoco podía pensar en las cosas del corto plazo? De alguna manera, trató de inventar la imagen en su cabeza, tejiendo la escena con las palabras que los tres hermanos le habían proporcionado, pero se sentía como un cuento falso. Si no lo tenía en la mente, no lo había vivido.

El rugido de su estómago se dejó escuchar porque el instinto le dijo que debía comer. Llevaba ropa interior blanca solamente, así que se acercó hasta un guardarropa para ver si encontraba algo que ponerse encima. ¡Mal! ¡Lugar equivocado! Halló ropa de hombre en la primera puerta que abrió. Tomó una camisa negra de delicada tela, recorrió sus puños, los diminutos botones y su cuello en puntas. Lentamente la acercó hasta su nariz, olía rico, era un aroma que mezclaba flores y madera, pero aquel perfume no le decía nada. La dejó en su lugar y abrió la puerta del otro extremo. Allí había prendas de mujer, por suerte, debía ser su lado del armario. Ver todo aquello hizo que se preguntara hasta qué punto llegaba su intimidad con el otro habitante de la casa. Tampoco podía responderse a eso, aunque ya podía darse cierta idea.

Tomó una especie de camiseta de mangas largas, era de lana azul y el tejido dejaba espacios abiertos por todos lados como una red. Se la puso y notó que le cubría un poco más arriba de las rodillas. Era un atuendo bastante revelador, pero demasiado cómodo y cálido para descartarlo.

Nerviosa tomó el picaporte dorado, era la única puerta en aquel lugar y eso la conduciría fuera de su refugio. No quería hablar con nadie ni compartir el mismo espacio demasiado tiempo. Solo iría a desayunar y volvería a la habitación y la calidez de su cama. Finalmente, se decidió y salió del cuarto.

El angosto pasillo estaba vacío, unos tibios rayos del sol de otoño se colaban por los cristales de tres altas ventanas rectangulares. Encontró una puerta a su derecha, que abrió para reconocer la casa, había un pequeño baño allí y aprovechó para asearse y arreglarse el cabello un poco.

Luego de eso atravesó el corredor y dio justo con una cocina. Le tomó un par de minutos encontrar una taza, un saco de té y azúcar, pero luego de un rato su bebida soltaba vapor sobre la mesada. Había una canasta con algunas masas dulces que su estómago le dijo que debía atacar. Cargó todo eso en una bandeja y se sentó a la mesa de la cocina. La puerta delantera estaba abierta y pudo ver una espalda, *su* espalda. Era el muchacho ese, sentado sobre los escalones que antecedian al porche.

A ella más bien le daba miedo ese chico; la forma en que la había besado sin siquiera conocerla, aprovechando que estaba dormida. Bueno, él debía conocerla y era ella quien no lo recordaba, pero aun así no se lo iba a permitir. Entendió que especial significaba que era su novio, que el tal Bastian era su novio, pero ella no lo sentía así y no iba a ponerse a actuar.

Mientras comía las galletas de vainilla y tomaba su té, se lo quedó observando por el espacio abierto en la puerta. Parecía estar concentrado en algún punto distante; aunque no pudiera verle el rostro, era seguro que miraba el mar porque este ocupaba todo el horizonte como una tela flameante que se envolvía y desenvolvía en el viento.

Una vez que terminó de desayunar, Amelie dejó todo limpio sobre la mesada y un tanto nerviosa atravesó el *living*. La madera se sentía áspera debajo de sus pies descalzos. Quería ver la inmensidad del mar desde afuera, contemplar el cambio de los colores de la marea desde el exterior y no a través de un cristal o un marco de madera.



Apenas puso un pie en la galería, las tablas crujieron y eso hizo que el chico se pusiera rígido, enderezó su ancha espalda, pero ni siquiera volteó para mirarla. Se quedó en su lugar como una estatua.

Ella miró hacia su izquierda, había uno de esos bancos que pendían con cadenas de los tirantes del techo y se movía en un vaivén. Estaba frente a una de las ventanas de la casa. La brisa no era del todo fresca, pero podía sentir que le acariciaba las piernas y se colaba por cada espacio abierto de su atuendo. Se sentó en aquel banco y observó el agua azul ondularse bajo el cielo impoluto bañado de luz dorada mientras ella se mecía. Bastian no se había movido de su lugar aún.

—¿Ho... Hola? —susurró o más bien su voz le jugó una mala pasada y salió casi imperceptible. Amelie aclaró la garganta y volvió a hablar—. Me gusta... el mar. Se ve precioso. Es inmenso y los destellos sobre el agua son bonitos. ¿Es siempre así?

El chico tragó saliva audiblemente, sus músculos se tensaron bajo esa ajustada camiseta blanca que llevaba puesta. Exhaló fuerte, como tomando coraje, y giró su cabeza para mirarla finalmente.

Sus ojos eran tan verdes y profundos que miles de cosas parecían moverse allí dentro. Comparado con ellos, el mar le resultaba insignificante. Eran bellos y la miraban de lleno, como si hubieran anhelado aquel momento por siglos.

Amelie se sonrojó un poco y acomodó su cabello detrás de su oreja y volvió a ver el mar porque Bastian parecía traspasarla con la vista. La hacía sentir tan expuesta. Fue allí que entendió que la situación no era únicamente difícil para ella. Si ese chico era realmente su novio, le debía doler mucho lo que estaba pasando. Recordó el terror en su mirada cuando ella no pudo reconocerlo cuando sus labios se habían tocado la noche anterior, pero de ella no había fluido ni una clase de sentimiento lindo. Era más, hasta podría haberse sentido un pervertido gracias a su reacción tan exagerada al apretarse contra la puerta. Pero no podía pretender, no lo iba a hacer, simplemente no

lo recordaba y no le nacían las ganas de besarlo. Era imposible, eran dos extraños.

El chico giró su cuerpo y, recostando la espalda contra la baranda, subió sus pies al escalón y encerró sus rodillas con esos brazos gruesos que tenía.

—Cuando compré la casa lo hice porque pensé que te gustaría ver el mar todos los días al despertar —comentó. El fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios y luego desapareció tan pronto como había llegado. ¿Qué cosas de un pasado perfecto debía estar recordando?

—Espero haberte agradecido por eso, de verdad —dijo ella. No tendría que haberlo hecho. No quería hablar, no deseaba darle esperanzas y, sin embargo, lo estaba haciendo—. Si no lo hice antes porque tal vez no me gustaba el mar en aquel momento, la nueva persona que soy ahora te da las gracias. Es realmente maravilloso. ¿Compraste una casa para una novia? Supongo que tú y yo...

—Sí. La compré para los dos y porque te... —Se interrumpió, seguramente midiendo las palabras, aunque ella sabía en lo que terminaba la oración—. Perdón, no quiero hacerte sentir incómoda. Es el primer día y tengo que acostumbrarme.

—Lo siento. Es mi culpa... lo de anoche, me tomaste por sorpresa. Yo no te conozco... recuerdo, eso está mejor. No te recuerdo y me asustaste. Pero prometo que no te voy a decir cosas horribles o tratarte mal ni nada de eso. Me voy a la habitación, me duele la cabeza —informó ella y se puso de pie. Él la miró un segundo a la cara, pero luego bajó sus ojos lentamente por su cuerpo, recorriéndola despacio hasta llegar a sus piernas.

«Recuerda verte menos provocativa la próxima que quieras marcarle un límite», se dijo a sí misma sacudiendo la cabeza.

—Gracias —dijo él, más relajado—. Eso me haría mucho bien. Yo quiero ayudarte, ¿sabes? Pero no te voy a presionar para que recuerdes nada. Iré al pueblo a comprar comida y hablaré con nuestros amigos para decirles que estás bien. Ellos aún no saben nada y deben estar preocupados.

—No quiero ver a nadie más por ahora, perdón —interrumpió ella y se abrazó la cintura.

—Eso era lo que iba a decir, les pediré que no te presionen o insistan con venir hasta aquí. Les diré que estás bien, pero necesitas tiempo. ¿No tendrás problema quedándote sola?

—Sí, no te preocupes. Puedes ir, me meteré en la cama —respondió ella con una sonrisa amable y se apresuró a volver a su refugio. Si bien la casa era pequeña, el recorrido le pareció interminable, pero ni bien llegó a destino cerró la puerta de la habitación, se cubrió con la manta y se puso a llorar dejando que las lágrimas fueran ríos desbordados en sus mejillas y mojaran la almohada. Estaba sumamente frustrada, quería dormir y despertar recordándolo todo. Pero eso no sería posible, no era algo que ella sola pudiera solucionar.

\*\*\*

Bastian la había seguido de manera imperceptible hasta la puerta de la habitación. Parecía tener prisa por encerrarse allí y escaparse de él. Sabía que no debía reparar en esos detalles, pero se veía tan linda con esa ropa azul que exponía sus piernas y su cabello rojo, que acariciaba sus hombros. Había pasado por tantas cosas y estaba radiante como una estrella. La escuchó llorar, de seguro ahogando el llanto con la almohada, y eso hizo que sus puños se cerraran y golpearan una pared antes de alejarse de la casa. Estaba convencido de que la frustración de ambos en el mismo lugar podía crear un agujero negro capaz de absorber el mundo entero.

Se subió al auto y se alejó de Playa Calma a toda velocidad, y se sorprendió de cuánta tranquilidad aquel simple hecho le producía. El ruido del motor era fuerte y el viento que se colaba por la ventana le despeinaba el cabello. Más temprano se había cubierto de la vista de Amelie para no molestarla, para que se sintiera cómoda si deseaba andar por la casa, pero, como siempre, ella

igual lo había visto sentado sobre los escalones de la galería. Podría haber perdido la memoria, pero no su habilidad de ver ángeles, porque todavía seguía siendo uno. Ella siempre iba a verlo.

Gracias a la Guardia Divina sabía lo que Amy le había contado a su familia sobre su propia desaparición o visita al Inframundo los días anteriores, y había sido bastante ingeniosa. Les había dicho que su padre había aparecido y lo había contactado para que viajara a Las Colinas. Él iba a aprovechar eso para decirles que, en una excursión de montaña, Amelie se había caído y se había golpeado la cabeza gravemente. Sería difícil retener a Nadia, pero se trataba de la salud de su amiga. Lo entenderían o al menos confiaba en eso. Mentiras y más mentiras entrelazadas como hilos pegajosos de una gran tela de araña. No quería pensar qué sucedería cuando todo aquello se derrumbara.

Sus compañeros de guerra le recordaron el Paraíso y su fallido intento de llegar a él temprano por la mañana. Se había levantado del sofá, su improvisada nueva cama, cuando el sol todavía no iluminaba el mar para ponerse de pie sobre la arena. Había invocado a los guardianes del Portal y al principio parecía que lo habían dejado atravesar el velo que separaba los mundos, pero se quedó flotando en un espacio de luz blanca y nunca llegó a las cuatro torres de cristal de Mikah. Si lograba hablar con Dios, se tendría que aguantar todo lo que tenía para decirle, pero, por lo visto, Él se había adelantado cerrándole el paso. No le quedaba otra opción más que esperar a sus hermanos para lograr algo. El infierno le había dado la bienvenida casi con un banquete y el lugar al que siempre había pertenecido, el que lo había salvado de una humanidad complicada, cerraba los portales para él. Odiaba empezar a sentir que Aaron no estaba del todo equivocado con algunas cosas que decía, pero no quería dejar que esas semillas de dudas germinaran en él.

En ese momento, cuando sintió el viento ingresar con más fuerza por las ventanas bajas de su Chevy azul, tuvo ganas de extender las alas y volar alto, muy alto. Fundirse entre las nubes y luego dejarse caer en picada, en espirales veloces hasta atravesar el mar. El veneno demoníaco que antes le habían

inyectado se había sentido horrible, era espeso y lo había quemado por dentro. ¡Qué bien se sentía haberse liberado de esa peste! Tenía ganas de volar otra vez.

Nadia había vuelto a Puerto Azul desde la capital porque era fin de semana y estaba sentada sobre el césped verde lleno de hojas marrones y rojas junto a Alexis. Estaban en el jardín delantero de la casa de los Herman. Bastian estacionó el auto y los observó por un momento, añorando aquella luz y esas sonrisas. Parecían partículas suspendidas en el tiempo, en un mundo donde no había amenazas demoníacas ni divinas. Si hubiera tenido el poder de crear un portal a un mundo perfecto, se los hubiera llevado junto con Amelie para vivir allí por siempre. Pero ese lugar no existía lamentablemente. Ahora conocía tres mundos y ninguno de ellos era perfecto.

—Hey, chicos —saludó sonriendo de manera genuina y sus botas marrones patearon el colchón de hojas secas. Nadia dio un salto y por poco tiró a Bastian al suelo al acercarse corriendo hasta él. Abrazos de oso, abrazos de Nadia.

—Pensé que ya no te veríamos. ¿Dónde está Amy? ¿Por qué no vino contigo? —cuestionó mirando hacia el vehículo, esperando tal vez que su amiga estuviera escondida en el interior para jugarle una broma y apareciera dando un grito, pero ella nunca lo hizo.

Bastian apartó a la chica de cabellos rubios de manera gentil y le besó la mejilla. Luego recibió un apretón de Alexis, que se apareció de la nada y se quedó allí, abrazándolo un buen rato. Y su mente viajó al momento en que lo había cargado en sus propios brazos hasta el interior de su casa, esa tarde en Playa Calma, cuando sus ojos parecían muertos y su cabeza caía de lado sobre su pecho. Entendió que tenía que buscar un lugar en el planeta Tierra para que no hirieran a quienes quería. No podía volver a pasar.

—¡Awww! Hora del *bromance*. Me muero, son tan lindos —chilló Nadia y los dos se separaron para mantener las formas.

—Perdón, eso fue jodidamente extraño —confesó Al con un leve rubor en

las mejillas como si no entendiera qué había pasado.

—Está bien, no voy a negar que los echaba de menos —confesó Bastian con naturalidad sorprendiéndose de esa cosa que hacían los varones humanos, esconder sentimientos. Las chicas se abrazaban si problemas, los chicos enseguida extendían la mano para marcar hasta dónde se podía llegar. No pensó que todavía quedarían cosas que le llamaran la atención.

Se sentaron bajo un árbol a conversar, más bien era Bastian el que debía hacer un monólogo y contarles sobre lo genial que era su padre y lo hermosa que era la ciudad de Las Colinas. Y que estaba feliz por alguien a quien había inventado, alguien que ni siquiera lo había querido como hijo, y por una ciudad fantasma.

—¿Y Amelie dónde está? ¿Por qué no vino contigo?

Nadia otra vez, insistente, intrigada y preocupada. Hora de volver a mentirles a sus amigos. Se estaba volviendo bueno en eso. Alexis se había puesto curioso e impaciente también. Los primeros saludos fueron calurosos, la charla amena, pero había algo que estaban pasando por alto: su amiga.

—Está bien... —Casi se atragantó con la escena de ella al despertar gracias a su beso robado—. Fuimos a una excursión en las montañas hace unos días porque Las Colinas está junto a la cordillera. Es bellissimo y el paisaje desde arriba es sorprendente. Mi padre quería que cono...

—Basta de rodeos, hermano —interrumpió Alexis—. Ya nos podrán mostrar fotos y contar sobre eso, pero en serio, no hemos sabido nada de ustedes por mucho tiempo. Unos pocos mensajes súper raros de Amy solamente. Esto me huele mal, Bastian. Que estés hablando aquí de tu viaje, obviando preguntas acerca de tu novia, es muy raro.

—Amelie cayó, no desde una altura importante, pero suficiente como para golpearse la cabeza de manera seria, quedar inconsciente varias horas y perder la memoria —confesó, levantando un dedo para detener a Nadia—. Es temporal, no tiene otros daños cerebrales ni lesiones en el cuerpo. Por eso nos demoramos en volver. Ella estuvo en observación en un buen centro médico.

Pero les voy a pedir que no la presionen, que no vayan hasta la casa por unos días. Cuando ella esté lista les aviso y ustedes, por favor, me llaman antes de mostrarse por allá.

—No voy a poder, es mi amiga. Las personas recuerdan más fácil cuando se rodean de sus recuerdos y gente querida. No me sirve para nada lo que estás diciendo —dijo Nadia y se puso a llorar. Se levantó del suelo y corrió al interior de la casa haciendo volar hojas secas a su paso.

—Perdón, hermano, pero es algo grave. Nos deberías haber dicho apenas sucedió. Ya pasamos por algo así con ella y salimos adelante. Que ahora tú estés junto a ella es genial, pero no nos alejes y actúes como si fueras el único que puede ayudarla.

¡Boom! La bomba le hizo explosión en el rostro. Las palabras del muchacho rubio volaron como dardos y dieron justo en el blanco.

—Alexis, no puedo quedarme a discutir. Si la quieren, respeten eso. Ya volverá a ser la que era, seguro en unos días pide por ustedes. —El chico de ojos verdes suspiró. No iba a decirles que la misma Amelie no quería verlos porque eso les hubiera dolido—. Casi me saltó al cuello cuando la besé la primera vez que abrió los ojos luego del accidente. No sabes lo que se siente, hermano. No quiero que pasen por eso tampoco y no es justo para ella que la obliguemos a recordar.

—Tengo que ir con mi novia —informó el otro muchacho, que lo había escuchado atentamente, pero aun así se mostró frío y se perdió tras la puerta.

Bastian pateó las hojas con rabia antes de alejarse al mercado. Allí compró comida para casi una semana y unos chocolates que a Amelie le gustaban. No iba a presionarla, pero tal vez algunos detalles sutiles podían ayudarla, como había dicho su amiga. De alguna manera la traería de vuelta. Aunque, como había dicho Alexis, Bastian no era el único que podía ayudarla.

## 2. Espinas y cuervos

Frente a ella se abría un sendero pedregoso. Este era extenso y zigzagueaba como una enorme serpiente blanca para desembocar en un bosque que debía cubrir miles de hectáreas de terreno. Porque no había nada más allá que sus ojos vieran, que no fueran copas de árboles amontonadas bajo el cielo nocturno.

Amelie había salido de la cama sin que el muchacho de ojos verdes se diera cuenta. Lo había visto sumido en un sueño profundo en el sofá del *living* y en puntas de pie se había alejado de la casita junto al mar. Todavía era de noche y había llegado hasta allí descalza, motivada por alguna extraña voz que le susurraba cosas al oído.

Las pequeñas piedras blancas y grises eran filosas y se incrustaban en las plantas de sus pies, pero no la lastimaban al punto de sangrar. Dolía un poco recorrer aquel camino, pero no tenía miedo. Quería perderse en la arboleda interminable de ramas entrelazadas y hierbas que se mecían en la brisa. Aire fresco venía desde el bosque. Le producía una buena sensación; se sentía encontrada allí, aunque sonara extraño. Tal vez aquel sitio era su verdadero hogar y no el que ocupaba con el chico que decía ser su novio. Comenzó a caminar un poco más de prisa, siguiendo dos enormes mariposas azules que aleteaban delante de ella mostrándole el camino. Habían surgido de la nada, pero eso la había hecho sonreír y moverse aún más rápido, estirando sus manos para alcanzarlas, aunque no lograra tocarlas. Atravesó algunos árboles



posando sus dedos en los agrietados troncos para luego fundirse en la oscuridad.

Aplastó la hierba con sus pies y se quedó viendo un canal de agua clara que la luna pintaba de blanco, brillaba con luz plateada como una gema. Era un lugar hermoso, para nada terrorífico, como hubiera pensado. Aunque algo había cambiado de repente. Las mariposas se convirtieron en animales más grandes. Se transformaron en cuervos frente a sus ojos, dos aves que la observaban apostadas en ramas retorcidas como dedos puntiagudos de brujas en cuentos de hadas. De pronto, esa sensación positiva que había sentido antes y la belleza se habían alejado tan rápido como el aleteo de las aves, que la asustaron al graznar.

Miró hacia adelante, la niebla se movía al ras del suelo como una nube que había decidido bajar a la tierra. Los troncos de los árboles, las ramas y las espinas formaban un gran trono que alguien ocupaba apoyando sus brazos en dos ramas retorcidas.

—Hija, me encontraste por fin. La sangre busca la sangre —dijo la voz de Darío Roger y el corazón de Amelie saltó en su lugar porque se acordó de él y sus ojos comprensivos. Corrió hasta su papá tan feliz como cuando era una niña, como cuando él venía del trabajo y ella bajaba las escaleras con rapidez para abrazarse a sus piernas. Se quedó inmóvil aferrada a él hasta que pronto se dio cuenta de que aquel no era Darío ni quería abrazarla. Era otra persona; otra cosa, mejor dicho; ese rostro bello pero malvado que se distorsionaba en un grito al ver una espada de luz azul clavarse contra su trono y cubrirlo en llamas.

—¡No! —gritó y, sentándose sobre la cama, miró a todos lados con desesperación. Apoyó una de sus manos en su pecho, que se movía de forma agitada, y trató de controlar la respiración. Estaba en la habitación y todavía los rayos del sol la hacían clara. A pesar de aquel tibio sol de otoño que se metía en el lugar, escalofríos la recorrieron de pies a cabeza, así que decidió levantarse y darse una ducha caliente para quitarse de encima aquella fea

sensación.

No tomó en cuenta el tiempo que se pasó bajo el agua, pero se dio cuenta de que debía salir de allí cuando las yemas de sus dedos se habían arrugado como pasas de uvas. Se envolvió en una toalla y de nuevo en su habitación se puso ropa interior más una de esas tantas camisetas enormes que al parecer usaba para dormir. Se sentó a un lado de la cama y abrió el cajón de la mesa de noche solo por curiosidad y para darse algo que hacer. Encontró un pañuelo blanco, había algo envuelto allí, que parecía delicado; era una pequeña gota de cristal que atrapaba la luz. La envolvió otra vez con sumo cuidado para no romperla y porque tal vez no le pertenecía a ella. No quería que el muchacho creyera que andaba husmeando entre sus cosas.

Y se encontró pensando en él. Parecía tan atento, protector y apuesto, no iba a negar eso. Sin dudas sus ojos verdes eran atractivos y su cuerpo fuerte. Escuchó ruidos en la puerta principal y eso le produjo miedo. De todos modos, salió de la habitación y caminó junto a la pared del pasillo. Se detuvo en la esquina y asomó su cabeza para ver la espalda de Bastian, quien estaba cerrando la puerta con llave.

—Oh, eras tú... —dijo en un suspiro y se sintió más tranquila, pero no se movió de su lugar—. Por un momento pensé que era algún extraño que trataba de entrar. Aunque cualquiera podría ser un extraño para mí.

—Lo siento, no quise asustarte. Pensé que todavía estarías durmiendo —dijo él y levantó dos bolsas plásticas de color blanco y le sonrió. Eran enormes y cargaban alimentos que comenzó a ordenar en la cocina sin demasiada prisa.

—¿Puedo ayudarte con eso? —preguntó ella, acercándose hasta la mesada, y tamborileó los dedos sobre la superficie de mármol porque estaba nerviosa. Arriba de esta se encontraban las alacenas. Tenían tres compartimientos y unas pequeñas perillas redondas y plateadas.

—Por supuesto —respondió él con una sonrisa encantadora y le dio una lata de conservas—. En aquel compartimiento de la izquierda ponemos las latas.

En el del medio, las cajas y en el último, los frascos. Somos bastante organizados, ahora que lo pienso. Lo demás y todo lo que puede echarse a perder van en la heladera.

—Hum, no llego hasta allí. Necesito un banco —dijo Amelie, tratando de alcanzar el estante de la izquierda en puntas de pie. Pensó en utilizar una silla, pero pronto esa idea se esfumó y ya no pudo pensar en nada. Las manos de Bastian le apretaron la cadera de forma segura y la elevaron por el aire para que pudiera guardar las latas. Sus pies quedaron flotando a centímetros del suelo y se sintió como una niña pequeña. Cuando terminó su tarea, que ni siquiera se dio cuenta cuándo fue, la dejó en el piso con cuidado.

Amy percibió que su rostro ardía y donde él había puesto sus manos le quemaba, parecía que todavía estaban allí, sosteniéndola. ¿Qué demonios era aquella sensación? Parecía familiar, pero era tan lejana como un barco conocido perdido entre la niebla en el horizonte. Se alejó un poco de la mesada ante su atenta mirada.

—No volveré a hacer eso. Lo prometo. Yo solo me dejé llevar. Tengo que acostumbrarme a nuestra nueva forma de vivir —confesó él y comenzó a disponer todo para cocinar espaguetis con salsa rosa. La cocina se inundó de deliciosos aromas luego de varios minutos; cebolla, orégano y tomate. Y algún tipo de hierba que producía un olor amargo, pero para nada desagradable.

—He comprendido que es difícil para ti también... —dijo ella casi en un susurro, retomando la conversación y cruzando los brazos sobre el pecho. Bastian no dijo nada, así que sintió que había hecho una afirmación demasiado obvia. Pero luego él habló.

—No te preocupes por mí, en serio. Ahora se trata de ti —dijo el muchacho luego de varios minutos, cuando Amelie se había sentado en una de las sillas alrededor de la mesa redonda.

Después de un tiempo en silencio y cuando la comida estuvo lista, él puso dos platos sobre la mesa y con elegancia dejó caer la salsa sobre la pasta.

—¿Te gusta cocinar? ¿Y yo? ¿Cocino de vez en cuando? —preguntó entretenida; tomando con la mano un poco de queso rallado que había en un recipiente, lo dejó caer como nieve sobre su comida.

—Te sale muy bien la carne asada con ensalada de verduras —comentó él, sonriendo un poco antes de agarrar el tenedor y comenzar a comer. Una leve sombra oscura de vello facial le cubría la mandíbula y alrededor de sus labios rojos. Se veía tan masculino y atractivo.

—Me alegra saber que al menos hacía algo. Ahora siento que me la paso encerrada en la habitación. Por eso quise ayudarte a ordenar lo que compraste. Para hacer algo diferente al menos —dijo comenzando a comer también. La comida estaba realmente deliciosa, los sabores danzaban en su paladar y se sentía bien almorzar con alguien, salir de la cama y compartir una linda charla.

\*\*\*

Bastian se la quedó mirando, parecía tan concentrada mientras comía que hasta le resultó tierno. Un rebelde mechón de cabello rojo se empeñaba con salirse desde detrás de su oreja y él se moría por estirar el brazo y ponerlo en su lugar. Vio cómo sus pequeños labios rosados se amoldaban al vaso de cristal y su propia boca lo quemó pidiendo a gritos besarla otra vez. Ella levantó sus ojos de miel y los bajó al instante, sonrojándose. Hacía eso hacía mucho tiempo; cuando apenas se habían conocido, se sonrojaba por cualquier cosa y luego con la confianza que crearon había perdido esa costumbre. Pero ahora se avergonzaba otra vez. Parecía como si estuvieran conociéndose nuevamente.

«¿Y si conoce a otro chico y se enamora de él?», pensó de repente. Era inevitable y también era una de las cosas que había estado reprimiendo y escondiendo en el fondo de su mente. Podía pasar, si ella no recordaba nada y seguía con su vida, podía enamorarse de alguien más. Se propuso ser ese

nuevo chico, estar allí para ella y enamorarla de nuevo.

—Te traje algo, Amelie. Un postre, si se puede decir así.

—No era necesario que me compraras nada.

Bastian se puso de pie minimizando lo que ella dijo con un gesto de su mano y buscó en una de las bolsas que había quedado sobre la mesada. Extrajo una caja de cartón rojo con letras doradas. Era chata, pero estaba llena de bombones de chocolate rellenos de dulce de leche y nueces. Eran sus preferidos. Puso la caja en la mesa y quitó la tapa.

—Yo creo que sí era necesario —aseguró él y tomó uno para animarla. Lo puso entre los labios y mordió suavemente. El dulce de leche no era espeso, entonces se deslizó desde su boca hasta su mentón y eso lo hizo reír. Uso su dedo para limpiarse y lo succionó, vio que ella se había quedado observando cada uno de sus movimientos con interés y luego apartó la vista.

Amy tomó un pequeño bombón redondo y apenas lo posó en su lengua de seguro sintió el amargo pero delicioso sabor de la golosina, porque cerró los ojos y lo disfrutó con calma, como si fuera su último chocolate.

—Gracias... Bastian. Son exquisitos —dijo y cerró la caja—. ¿Puedo tenerlos en la habitación?

Aquello pareció tomarlo por sorpresa. Debía ser la primera vez que lo llamaba por su nombre en todo ese tiempo y no era para nada malo sino hermoso. Era tan extraño todo el asunto. La conocía completa, pero también parecía una nueva chica de la que volvía a enamorarse otra vez, de sus gestos y su forma de hablar o sonrojarse.

—Sí, son tuyos. La habitación también, así que no debes temer apariciones no deseadas ni a ladrones de chocolate —bromeó él con mejor humor—. Yo trabajo en un taller reparando autos con tu amigo Alexis. Y tengo que pasar la tarde trabajando con él. Ese papel pegado a la heladera con imán tiene mi número de celular, si te sientes mal, me llamas. Tu teléfono está sobre la mesa de luz, también tienes mi número grabado allí.

—¿Alexis? Juro que intento recordar, pero se me hace imposible. Es

frustrante —comentó ella, comenzando a lavar la vajilla.

—Nadia es tu mejor amiga. Ella y Al, como le decimos, son novios —explicó Bastian, deseando agregar «como nosotros», pero no podía—. Hablé con ellos más temprano, cuando te sientas mejor me dices y tal vez puedan venir a verte. Así harías algo diferente.

—Está bien. Además, creo que necesito empezar a ver gente de a poco y salir un rato de la casa. Hum... ¿volverás muy tarde? —preguntó Amelie. Al parecer, no quería quedarse sola por mucho tiempo. El agua caía y el detergente creaba espuma sobre los platos.

—Depende del trabajo que tengamos, pero estarás bien aquí, debes creerme. Y siempre estoy de vuelta para la cena.

—Te puede el estómago —bromeó Amelie y lanzó una risilla para luego ponerse seria, como si hubiera dicho algo malo—. Perdón, no debí decir eso.

Bastian se rio sacudiendo la cabeza y tomó sus llaves de una canastita sobre la heladera.

—Está bien, me viste devorar el almuerzo. Creo que te causé una mala primera impresión —comentó él y ambos se sostuvieron la mirada.

—No. Gracias por aguantarme. No sé qué se debe sentir que alguien no te recuerde y, aun así, estás aquí sin mandar todo al demonio.

—Nunca abandonamos a la gente que amamos, Amelie, y yo te amo. Tal vez no lo recuerdes y ni siquiera lo sientas, pero yo te amo y tenía que decirlo, al menos las palabras lo hacen real —dijo penetrándola con la mirada y luego se marchó apresurado para no tener que ver su reacción.

\*\*\*

—Lo siento, yo quiero recordarte, pero no puedo. Lamento herirte de esta manera —susurró completamente triste por lo que le debía estar produciendo a Bastian y se marchó a leer un libro en la cama. Había encontrado unos estantes junto a la estufa, que tenían muchos libros apilados.

Las horas pasaron acompañadas del ruido de las olas en el mar y del viento que, de un momento a otro, se había hecho presente. Y a medida que el sol se fue ocultando, porque lo hacía más temprano que semanas atrás forzado por unas nubes negras de lluvia, Amelie se quedó dormida escuchando las gotas repiquetear contra el cristal y el techo de la casita. El libro cayó de sus manos hacia el suelo y quedó con sus páginas abiertas. Las pesadillas llegaron con la tormenta oscura también. Se presentó ante ella el sendero pedregoso otra vez, el extenso bosque, las espinas y los cuervos. Pero lo peor de todo era ese hombre.

Se despertó sobresaltada y para olvidarse de la sensación se fue a la cocina a preparar un té. Los cerezos se iban quedando sin pétalos rosados de a poco, pudo verlos a través de la puerta de vidrio trasera. Al rato llegó Bastian como había prometido. La encontró sentada en el sofá, mirando el cuadro de la mariposa sobre la estufa. El televisor estaba encendido, pero los ojos de Amelie se habían quedado observando el azul de las alas enormes.

—Hola. ¿Cómo te sientes? —preguntó Bastian y se sentó cerca de ella, en el otro sofá.

—Bien... creo. No hice nada para comer, lo siento. No tengo mucha hambre.

—No te preocupes, comí algo con Alexis en el taller. ¿No será por los chocolates que te di?

—No... —Ella sonrió y subió las piernas al sofá, preocupándose por ocultar los muslos con su camiseta, esa que tenía el gatito gracioso estampado—. Aunque ahora que lo dices, me dieron ganas de comer bombones. ¿Estás cansado?

—Bastante. Solo quiero una ducha y dormir. Ese motor de hoy nos dio una buena paliza, pero lo dejamos listo. Estas son las heridas de batalla —comentó mostrándole sus manos, que parecían tener restos de grasa y aceite, y cicatrices de alguna que otra cortadura.

—No te quitaré más tiempo entonces. Deberías descansar —dijo ella y se

puso de pie, viendo el sofá donde estaba el muchacho. Había una almohada en uno de los extremos y una manta roja toda arrollada en el otro. Y Bastian era enorme de cuerpo, no podía estar durmiendo allí, soportar el estrés de la situación, trabajar y terminar durmiendo apretujado en aquel sillón. Lo estaba haciendo por ella.

—No lo haces, me gusta... hablar contigo. Te sonará rarísimo, pero me parece estar conociéndote de nuevo —comentó él, mordiéndose el labio inferior.

«Deja de hacer esas cosas», pensó Amelie. La manera que tenía de mirarla, todo lo que hacía para cuidarla. Podría olvidarse de que había perdido la memoria, de su vida anterior y comenzar una nueva con aquel muchacho. Pero había ruido en su cabeza, quería saber quién era. No podía olvidarse de su pasado así como así.

—¿Me prometes que me darás la oportunidad de tener la primera cita contigo? —preguntó él, con la voz más dulce del mundo y una mirada llena de esperanza—. Me viene torturando la idea de que, caminando por la playa, podrías encontrarte un chico y...

—¿Qué? Ay, no, no te tortures con eso. Lo último en lo que pienso ahora es en chicos. En serio. Buenas noches —asintió ella y se alejó porque no quería tener esa conversación. Dejó la puerta de la habitación entreabierta y escuchó el agua de la ducha caer con fuerza por mucho tiempo. Imaginó las gotas calientes deslizarse por el cuerpo del muchacho y sacudió la cabeza. Cuando por fin terminó, los pasos de Bastian recorrieron el pasillo hasta su precaria cama. Pensar en eso y en sus pesadillas la hizo tomar una decisión bastante arriesgada.

Salió de la cama y atravesó el corredor hasta el *living* sintiéndose un tanto nerviosa. Se asomó por sobre el sofá despacio para no despertarlo abruptamente. Bastian estaba recostado sobre su espalda, con los brazos debajo de la cabeza y los ojos cerrados. Solo llevaba puestos unos boxers blancos que se le ajustaban bastante, así que no quiso detenerse a mirar



demasiado.

—Bastian. ¿Estás dormido? —susurró muy despacio, y sus ojos verdes tan luminosos como faroles se encendieron. Rápidamente, se cubrió con la frazada.

—No, no lo estaba. Solo descansaba. Pensé que tú dormías —dijo él, un tanto incómodo apretando el extremo de la manta.

—Yo quería decirte que... puedes venir a dormir en la habitación, en la cama —comentó Amy y salió corriendo como una niña que ha hecho una travesura.

Amelie estaba en un extremo de la cama, cubierta hasta el pecho, y lo miraba con detenimiento. Bastian apareció con una almohada y su manta roja. Aquel chico le parecía una verdadera escultura. ¡Y esos *boxers*! Podría convertirse en la amante y que engañara a la antigua novia que había tenido, que era ella misma, y eso sería realmente raro.

—Hey... ¿puedo? ¿Estás segura?

—Sí, es tu cama también. Es injusto que duermas en el sofá, debe ser incómodo.

El chico se acostó en el otro extremo de la cama y se cubrió hasta debajo del estómago. No debía sentir demasiado frío. Disminuyó la intensidad de la luz de la lámpara y la habitación quedó en una penumbra casi dorada.

—Gracias. Si en algún momento te llega a molestar, vuelvo a mi habitación —bromeó él y al reírse su pecho se infló y pareció aún más grande.

—A menos que ronques o des patadas. O tal vez lo haga yo —dijo ella y relajó los músculos un poco. Ahora entendía realmente que compartían esa cama como pareja y que debían pasar ciertas cosas allí que no sería bueno imaginar en ese momento—. Además, yo tengo un poco de miedo estando sola en el cuarto, para ser honesta.

Eso hizo que él se pusiera sobre uno de sus lados, y apoyara la cabeza sobre una de sus manos y el codo sobre la almohada para mirarla mejor.

—¿Qué te hace sentir así? ¿Quieres contarme?

—Nada. Bueno, sí, mis sueños son bastante feos y me dejan intranquila. No me gusta despertarme sola y sobresaltada después de ellos. Vas a quedarte toda la noche, ¿verdad? No tienes que hacerlo, pero me sentiría mejor.

—Por supuesto, no voy a moverme de aquí. Duerme tranquila y vas a ver que no soñarás nada feo si estoy junto a ti. Buenas noches —dijo él, le dedicó una dulce sonrisa y se dio vuelta para darle la espalda. Ella se quedó viendo cómo la poca luz tocaba su piel y las formas que su espalda tomaba con el movimiento de sus músculos.

«Debo ser privilegiada de tener semejante ángel guardián», pensó ella y sonrió, pero los relámpagos que iluminaron la habitación y dibujaron rostros sobre la ventana le quitaron los pensamientos alegres. La lluvia comenzó a caer de manera imperceptible y luego azotó el techo de la casa y las paredes. El tiempo estaba así desde hacía varios días, el sol iluminaba un poco por las mañanas y las tardes se cargaban de nubes oscuras en el cielo.

Amelie dio vueltas y suspiró frustrada porque no podía conciliar el sueño. Fue cuando estaba a punto de protestar que escuchó su voz ronca. No se movió de su posición, pero había decidido hablar.

—¿Qué te sucede? ¿No puedes dormir?

—Lo siento, no quería despertarte. Los relámpagos y los truenos me ponen intranquila, me asustan un poquito —confesó. ¿Se habría asustado de las tormentas su yo anterior?

—Ven aquí, vamos a arreglar eso —dijo Bastian. En un segundo se había dado vuelta para verla. Su brazo se extendió y la enredó por la cintura para atraerla hacia él como si siempre hubiera hecho eso. Su cuerpo estaba tibio y era inmenso, la protegía como una coraza. Amelie se quedó de piedra, su antigua versión seguro disfrutaba de aquella proximidad y de la piel caliente del muchacho al tocar la suya. De seguro le besaba el cuello y el centro del pecho, donde el corazón latía con fuerza. Pero ella se quedó inmóvil tratando de no pensar en la poca ropa que ambos llevaban al dormir y las partes del chico que estaban tan cerca de ella.

—No vas a golpearme por haber hecho eso, ¿verdad? —preguntó él, de lo más tranquilo.

—Supongo que ni siquiera te dolería.

—No, pero toda esta situación es peor que un golpe... —dijo y Amelie trató de decirle algo para reconfortarlo, pero sintió que un velo se posaba sobre ella de repente y salido de la nada. No notaba su cuerpo y sus párpados se volvieron tan pesados que tuvo que cerrar los ojos. Al instante se había dormido y la tormenta se había reducido a un simple temor de niña.

### 3. Los desterrados hijos de Eva

Lo sucedido la noche anterior realmente se transformó en un sueño hermoso en el que se había sentido tranquila y protegida. Él había logrado eso: espantó sus pesadillas e hizo que se fueran lejos para no atormentarla. Pero al despertar ya no pudo sentir la calidez de sus brazos ni su aliento sobre la mejilla. Bastian de seguro se había marchado al taller a trabajar temprano por la mañana. Sentada en la cama observó un cielo gris de otoño y nubes gordas de negro algodón que se arremolinaban en lo alto. No llovía en ese momento, pero el panorama no era alentador.

El desayuno fue más bien aburrido, solo se limitó a mirar la taza de té y el vapor que ascendía en forma de espirales. No tenía demasiado apetito, así que se quedó allí sentada y, encendiendo la televisión, dejó el volumen lo más bajo posible. Cuando cuatro golpes fuertes en la puerta la sobresaltaron, el mundo real volvió para reclamarla.

—¿Sí? ¿Quién es? ¿Bastian, eres tú? —interrogó desde el interior, con una mano apoyada sobre la puerta principal. Era raro que él volviera y llamara a la puerta, siempre lo veía tomar sus llaves de la canasta que estaba sobre la heladera. Hubiera deseado tener una mirilla para observar quién estaba del otro lado y tampoco se animó a acercarse hasta la ventana para husmear. De todos modos, no iba a reconocer a la persona dada su condición, pero al menos sabría a qué se enfrentaba.

—Soy Nadia, tu amiga. ¿Puedo verte, Amelie? Me iré si quieres, no tienes

que abrir si te da miedo —comentó una voz de mujer. Sonaba bastante preocupada y había un dejo de duda allí. Eso la llenó de nervios. Recordó su nombre, Bastian se lo había mencionado. Era la novia del chico con el que trabajaba.

Tomó la perilla dorada y lentamente abrió la puerta para contemplar a la muchacha parada en el porche. Era alta, bastante más alta que ella, llevaba su largo y fino pelo rubio suelto. Tenía un rostro amigable, ojos claros y bonitos. Y mientras hacía su observación todo su cuerpo se le vino encima y dos brazos la apretaron fuertemente.

—Perdón, perdón. Bastian dijo que no debíamos molestarte. Pero soy tu amiga, no puedo quedarme sin hacer nada. Me hace sentir impotente. Aproveché que Al estaba trabajando porque él también me prohibió venir a verte y va a regañarme a lo grande, pero simplemente no pude... —explicó la chica, hablando cerca de su oído. Amelie se quedó dura, con sus brazos a los costados del cuerpo sin saber muy bien qué hacer. De seguro, aquella muchacha esperaba que su abrazo fuera correspondido, aunque realmente no le salía eso de fingir emociones por quienes había olvidado.

—Está bien, yo quería... —confesó Amelie; apartándose de Nadia amablemente, dejó que ella la tomara de las manos—. Comencé a pensar que necesito pasar tiempo con las personas que formaban parte de mi vida y hablar con ellas para tratar de recordar algo. Ven, vamos a sentarnos. Y no quiero que nadie se enfade contigo por venir a visitarme. Podría hablarle a él si quieres. Bastian sabe de mi decisión de verlos ahora.

Las dos se acomodaron en el sofá y Nadia no podía dejar de mirarla. Eso puso a Amelie un poco inquieta porque no sabía qué esperaba la otra muchacha. El silencio que se creó era bastante incómodo y los gestos de la otra chica le indicaron que nunca había sido así entre ellas, que toda aquella situación era extraña.

—¿Así que Bastian no dejó que vinieras antes? —preguntó para tratar de entablar algún tipo de conversación, aunque el tema no fuera del todo

agradable—. En realidad, fui yo... No quería ver a nadie. Supongo que para no decepcionarlos o algo así. Aunque él se haga el fuerte, sé que no debe ser nada fácil que alguien no te recuerde y tener que compartir el espacio con esa persona.

—No deberías sentirte así. No tienes que cumplir con las expectativas de nadie tampoco. Es que nos preocupamos porque te queremos, es normal —dijo la chica rubia y esbozó su primera sonrisa del día.

—Lo sé. He pensado en darme otro golpe en la cabeza para ver si recupero la memoria. Tal vez arrojándome del techo de la cabaña o algo. Pero ya destruí un auto en el accidente —bromeó ella y los ojos de Nadia se abrieron de par en par.

—¿Un auto? ¿Qué accidente? —cuestionó la chica y su expresión parecía desenchajada.

—Sí, fue un accidente en auto. Pensé que Bastian les había contado detalles, pero tal vez no quiso preocuparlos. No debe ser lindo que te den detalles tan específicos.

—Tienes razón. No sabíamos nada y de seguro él lo hizo para no preocuparnos... —dijo aquello sin sonar demasiado convencida.

Cuando Amelie se dispuso a preparar café, vio de reojo que Nadia tomaba su celular de un bolso rojo que había traído colgando en su hombro. Envío un mensaje, al menos eso parecía, y lo volvió a guardar. En unos minutos Amelie tuvo todo listo y lo llevó a la mesita del *living* en una bandeja de madera con flores pintadas sobre ella.

—¿Y tú que haces? Supongo que no vives encerrada como yo. —Amelie rio colocando una de las tazas cerca de Nadia. También había una pequeña canasta con galletas de vainilla.

—Estudio Psicología en la capital. Y vengo de visita los fines de semana y en vacaciones. Recuerdo cuando nos despedimos hace unos meses. No te das una idea de lo que extraño pasar tiempo contigo y Alexis. Mira... —comentó Nadia y, volviendo a tomar su teléfono, buscó algo para mostrarle a Amelie

—. Este es el famoso Al, mi novio y tu amigo.

Amelie tomó el celular y se lo quedó observando, tal vez deseando que algún recuerdo decidiera despertar, pero nada sucedió. Solo vio un muchacho apuesto con el cabello rubio un poco largo, que le caía sobre sus ojos.

—Es lindo y parece bueno —dijo sonriente y le devolvió el celular.

—Lo sé y lo es. ¿Y qué piensas tú de Bastian? —preguntó Nadia y, tomando la taza, le dio un sorbo al café con los ojos puestos en ella. Amelie casi se atragantó con el suyo.

—Es como demasiado. En todo sentido, demasiado... —Se rio y sacudió la cabeza—. Me cuesta explicarlo, pero es increíblemente guapo, me cuida todo el tiempo y está presente en cada detalle. No dudo que esos bombones que me regaló sean mis favoritos. Sin contar que a veces tiene que soportar mi indiferencia. Ayer él estaba bastante preocupado, ¿sabes?

—¿Por qué? ¿Qué le preocupa, aparte de toda esta situación? —preguntó su amiga interesada.

—Piensa que, como no lo recuerdo, en algún momento conoceré a otro chico caminando por la playa, eso dijo, y me enamoraré.

—Bueno, es una posibilidad. Lo entiendo. No te imagino con otra persona que no sea él, pero comprendo que piense eso.

—Como le dije a él, en chicos es en lo que menos puedo pensar y, si lo hiciera, está justamente él. No creo que ninguna otra chica dejara pasar a semejante hombre.

Las dos lanzaron una carcajada y se quedaron en silencio un segundo, mirándose como locas, y volvieron a reírse otra vez.

Pasaron una tarde alegre a pesar de que la oscuridad se cernía sobre Playa Calma cuando Nadia decidió marcharse, prometiendo visitarla al día siguiente y acompañarla a recorrer Puerto Azul. Amelie salió de la casa y caminó con la otra muchacha hasta la ruta donde su auto estaba estacionado y se despidió saludando con la mano en el aire. Cuando giró sobre sus pies y enfrentó el mar, notó algo extraño en las pequeñas olas que había en ese

momento. No se movían hacia ella como era de esperarse, sino que iban de costado, dirigiéndose hacia la izquierda. También escuchó el graznido de varios cuervos que planeaban sobre su cabeza y siguió su movimiento con los ojos, estaban marcando una trayectoria. Se topó con una gran arboleda a lo lejos. Algo le decía que debía ir hacia ese lugar, que todas las respuestas y los recuerdos que en vano buscaba en sus amigos los encontraría en la profundidad de ese bosque. ¿Podía ser el lugar de sus sueños? Fue justo cuando apoyó un pie sobre un punto de la arena, uno en el que había estado hacía tiempo, una vez que tuvo un rostro blanco de labios rojos y ojos oscuros frente a ella, que algo se despertó. Decenas de palabras brotaron en su mente, se arremolinaron allí adentro con furia y le mostraron imágenes del pasado.

«Ven a verme y toda la verdad te será revelada. Necesitarás de mí para entender sobre tu pasado y la cuna de tu sangre, así que no me ignores. No ignores las palabras de la bruja, Amelie Roger, o te perderás en la oscuridad de tu mente para siempre y no habrá nadie que de allí te rescate. Ni luz, ni oscuridad. Ni ángel ni demonio. Nadie de ellos podrá salvarte. Pero serás fuerte como una tormenta de verano. Lo siento, lo sé».

Fue un llamado fuerte y certero, como el impacto de un relámpago en un tronco viejo. Se abrazó a sí misma y caminó decidida por la costa hasta que la vegetación comenzó a crecer desde pequeñas plantas verdes que nacían junto al agua hasta transformarse en árboles de grueso tallo, y el mar se volvió un ancho canal que se introducía entre los árboles. Junto a él había un sendero pedregoso. Debía caminarlo.

Sus botas aplastaron las piedras grises y blancas que se esparcían por el camino. Las ramas de los árboles se movían en un eterno y suave vaivén mientras que algunos búhos blancos la miraban con interés. Sus redondos ojos amarillos eran faroles que iluminaban el lugar. Eran misteriosos pero bellos al mismo tiempo. El agua del canal se movía a su paso como llevándola hasta el punto exacto. Podía sentir que alguien la esperaba y



rogaba que no fuera el ser de sus pesadillas. No quería que aquello se convirtiera en realidad.

De repente, se vio parada en un claro, un círculo perfecto delineado por los troncos de los altos árboles que acariciaban el cielo con sus copas.

—Amelie Roger... —dijo una voz de mujer que le era familiar. Una figura, que vestía una larga capa negra con capucha, salió de entre los árboles y así lo hicieron otras más que la rodearon—. No has ignorado mi llamado.

La mujer se quitó la capucha y sonrió. Era hermosa y, parándose con autoridad, sobresalía del resto. Aquellos ojos negros consumían la oscuridad del bosque.

—Yo, yo no sé quién eres, pero sentí que debía venir. Palabras con tu voz se repiten en mi cabeza y necesito saber la razón —dijo la muchacha tocando una de sus sienes con la yema de los dedos y miró disimuladamente al resto de las personas. No se quitaban sus capuchas, así que eran solo figuras negras y sin rostro en la espesura del bosque. Pero al parecer no querían hacerle daño.

—Mi nombre es Ada y pronto recordarás todo. Lo que fuiste, lo que hiciste, lo que eres y serás, si estás decidida a hacerlo. Será una larga noche, Amelie. ¿Estás dispuesta a adentrarte en su oscuridad?

—Sí... —Tragó fuerte y asintió—. Necesito volver a ser yo. No solo por mí, sino porque no quiero lastimar a quienes me aman. ¿Quiénes son ustedes?

—Los desterrados hijos de Eva. Los que clamamos, suspiramos, gemimos y lloramos en este valle de lágrimas —respondió Ada con un dejo de burla en la voz y se dispuso a perderse entre los árboles otra vez. Amelie supo que tenía que seguirla. Los demás se desvanecieron como humo, pero podía ver que la mujer caminaba delante de ella pues llevaba un farol que sostenía en lo alto con su mano.

Los grillos, el ulular de los búhos y el correr del agua en el canal fueron su compañía en aquella extraña caminata. La capa de Ada tocaba el suelo y a medida que avanzaban comenzaron a surgir construcciones a ambos lados del

canal. Pintorescas casitas de madera con luces sobre los umbrales y ventanas se alzaban en el corazón del bosque. Era toda una ciudad perdida y oculta, que culminaba con un edificio más grande.

Era una casa de dos pisos, con barandas de madera y una alta torre desde la cual salía el tronco de un árbol enorme, cuya frondosa copa verde protegía la construcción como un doble techo.

—Esto es... impresionante —exclamó Amelie y apuró el paso para seguir a Ada, quien parecía dirigirse hacia aquel edificio. Una a una las personas que habitaban el Bosque Oscuro salieron de sus viviendas para observar a la recién llegada. Había alguien esperando en la gran puerta de doble hoja. Era un muchacho joven y alto, pudo apreciarlo a la luz de las dos antorchas que ardían junto a la entrada. Tenía cabello castaño y enrulado. Llevaba ropa negra, guantes de cuero y una capa. Ada abrió la puerta del lugar y el chico tomó la mano de Amelie para darle un beso casi imperceptible, pero de todos modos sintió la calidez de sus labios en su piel. Aquel gesto la dejó confundida.

—Ni se te ocurra, Stefano. Creo que ni con el bloqueo mental que tiene podría olvidarse del ángel. Hay cosas que están destinadas a ser, muchacho, y otras que no. Cuanto más temprano aprendas eso, menos van a dolerte algunas situaciones —advirtió Ada y el joven se rio descaradamente ante la atenta mirada de Amelie, restando importancia a lo que decía la mujer. Sus ojos azules eran bellos y las facciones de su rostro, atractivas y masculinas. Debía tener la edad de Bastian o ser un tanto mayor.

—Solo estoy siendo cortés con la invitada. Para que luego no se diga que los hijos del Diablo no tenemos modales y andamos por los bosques vestidos de cabra asustando gente. —Asintió con la cabeza a modo de saludo y se dirigió al interior del lugar. Esas palabras que había mencionado la asustaron un poco. ¿Quiénes eran realmente aquellas personas? ¿Por qué vivían ocultas en el bosque? Terminó por creer que, además de haber perdido la memoria, se estaba volviendo loca.

—No te asustes, niña. Ven, adelante. Los demás están llegando.

Amelie miró hacia atrás una vez más y observó seres que caminaban hacia aquel lugar envueltos en niebla y capas largas. La luna blanca y redonda se había instalado en la espesa oscuridad del cielo.

Cuando ingresó a la casona se encontró con un gran salón construido en madera clara con algunas vetas más oscuras. Lo que más llamó su atención fueron dos hileras de largas bancas de madera porque la imagen era muy parecida a una iglesia. En medio quedaba un largo pasillo que terminaba en una especie de altar bajo el tronco grueso del árbol que crecía allí dentro. Ada acompañó a la muchacha de cabellos rojos hasta el altar y se puso de pie a su lado. Había allí una mesa de patas altas con una copa dorada.

Amy miró a la congregación. Hombres, mujeres y niños, con extrañas ropas, se acomodaban en los asientos. Llevaban collares de piedra y ramas de árboles. No podía decir que estaban sucios, pero tenían su pelo descuidado y un aire salvaje en los ojos, que se clavaron en ella. A su derecha y cerca de una de las ventanas, estaba el muchacho que la había recibido, mirándola de manera entretenida. ¡Qué arrogante era!

—Buenas noches, amigos. Gracias por venir —saludó Ada a las personas, que le respondieron con un estruendo de voces—. Habíamos estado esperando que la chica humana llegara hasta nosotros para conocer la verdad de su sangre.

«¡Dios mío! ¿En qué me metí?», pensó ella deseando por alguna razón, a pesar de que no lo conociera demasiado, que Bastian estuviera allí y se la llevara lejos.

—Una humana bendecida por Dios y por el Oscuro. Una humana que ha visitado el Inframundo y ha vuelto con vida. Una muchacha que ha olvidado lo que allí vio... —anunció Ada y tomó una pequeña botella de cristal celeste que estaba sobre la mesa, escondida detrás de la copa. Esta contenía un líquido oscuro como la tinta. Quitó el pequeño tapón de corcho y vertió un poco en el cáliz de oro. También había allí una caja rectangular plateada que

Amelie no había visto antes. Ada la abrió despacio, sobre terciopelo azul descansaba una larga aguja que tomó entre sus dedos. Se picó el dedo índice de la otra mano con la punta del objeto y dejó caer unas gotas de sangre en el recipiente dorado.

Amelie se puso verdaderamente nerviosa. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué clase de rituales estaba haciendo esa misteriosa mujer? Y la manera en que había hablado de ella, bendecida por Dios y por el Oscuro. Quiso dar un paso y bajar del altar, pero alguna fuerza se lo impidió. Por más que tratara de gritar o moverse, no lo lograría y lo comprendió con pesar. Una lágrima rodó por su mejilla por la fuerza que estaba haciendo.

—No debes temer, Amelie. Verás cosas que tal vez te asusten, pero no estamos aquí para lastimarte. Confía en mí —aseguró Ada y se acercó a ella con el cáliz. Metió un dedo para mojarlo en el líquido rojo y con él trazó algo sobre su frente. Volvió a mojar su dedo y humedeció los labios de la muchacha muy despacio. Aquello sabía a hierro, alcohol y menta, y tenía una consistencia aceitosa. Luego posó la copa en su boca entreabierta y dejó que solo un poco de aquel líquido ingresara en su cuerpo.

Era demasiado fuerte su sabor. Le quemó la lengua, la garganta, y todo el recorrido hasta llegar al estómago fue ardiente. El aire se escapó de sus pulmones y su columna se torció hacia atrás en un ángulo imposible. Amelie se quedó flotando en el aire con los ojos puestos en el tronco del árbol que ascendía, mientras su cabello se movía como si estuviera bajo agua. Escuchó un murmullo, eran las voces de aquellas personas y con ese sonido parecían seguir una melodía que la llevó a un sueño profundo por el que se dejó envolver.

Luego de que sus ojos le impidieran ver por un rato, se volvieron a abrir en otro mundo. Podía ver un árbol allí también, pero no era frondoso ni verde, sino que estaba quemado, tenía ramas puntiagudas y estaba segura de que, si alguien posaba su dedo sobre él, podría desintegrarlo en el viento caliente que azotaba aquel lugar. Miró sus pies y sus brazos. Estaba cubierta por una capa

de niebla negra, que era tan espesa como la brea. Luego le dolió el cuerpo, allí donde una bola de energía oscura la había impactado en el Inframundo, y cuando levantó sus ojos se encontró con una vasta extensión de arena clara que iba más allá de lo que podía ver. En el horizonte todo era borroso y había más de esos horrendos árboles calcinados, que se inclinaban casi al ras del suelo. ¿Qué lugar era aquel? En el viento parecía escucharse un lamento antiguo y cansado, como si alguien se quejara o llorara.

Y pudo verlo, era él, a quien se había enfrentado en las cuevas del Inframundo. Venía hacia ella como un príncipe hermoso, vistiendo su mejor traje bordado en hilos de plata, y su capa se arrastraba por la arena y flameaba como una enorme bandera escarlata. En sus redondos ojos claros podía verse a ella misma como una figura débil y asustada.

Empezó a sentirse nerviosa y a llenarse de terror porque Aaron se presentaba ante ella así como así y esa vez no tenía una espada con la cual defenderse. Eso lo recordó al instante. Al hombre y la espada de luz que ella misma había empuñado. Pero también era consciente de que hasta hacía unos minutos había estado en otro lado, un poco asustada, pero a salvo, con esas personas del bosque. No podía estar en ambos lugares al mismo tiempo. Allí estaba sucediendo otra cosa.

—¡No te acerques un paso más! —ordenó Amelie en voz alta y extendió su mano. El hombre de cabellos rubios sonrió torciendo un lado de su boca hacia arriba y se detuvo a unos metros de ella. Viento que acarreaba granos de arena se movía entre ellos con toda libertad.

—Esto es solo tu mente, querida. No deberías temerme. Más bien, sí, deberías tener miedo. Me encanta ver el terror en sus rostros. —Lanzó una risilla entretenida y puso su cabeza de lado levemente para observarla—. No todos pueden revivir un recuerdo olvidado e interpretarlo de manera tan libre como estás haciendo en este momento, Amelie Roger. Es una habilidad que no tienen los humanos. Si bien te han abierto un portal esas brujas del bosque, tú eres la que le da poder y mantienes esta visión viva.

Fue justo en ese preciso instante, cuando el sol se hizo más intenso en la línea del horizonte y cuando Aaron dijo «humanos» en ese tono tan despectivo, que vino a su mente lo que había borrado cuando escapó con Bastian en sus brazos del Inframundo.

—¡No! No puede ser... —exclamó cayendo de rodillas y numerosas lágrimas surcaron su rostro porque los recuerdos la invadían—. Yo tuve padres de verdad, unos padres que me amaron, fueron gente buena y pura. Yo no soy tu...

—Hija —completó él y, cruzando las manos tras la espalda, entrelazó sus largos dedos—. Y no digo que tus padres humanos hayan sido malas personas, solo que deberías alegrarte de tener un padre mejor. La sangre que corre por tus venas no es ordinaria.

—¿Tú y mi madre? ¿Cómo? —preguntó mientras sus cabellos rojos volaban en el aire caliente. Hizo hasta lo imposible para reprimir sus náuseas y no vomitar allí mismo.

—Oh no, hay métodos más rápidos y eficaces que los que estás pensando. Pero dejemos eso para otro día. Ya vas a aprenderlo todo cuando quieras engendrar —dijo poniéndose serio y se acercó a ella. Con su dedo índice levantó su rostro por el mentón para que lo viera—. ¿Seguirás jugando con ángeles de alas negras o te unirás a los de tu raza?

Amelie no encontró otra respuesta más que lo que dijo a continuación.

—Ángel de la guarda, dulce compañía...

El viento rugió con fuerza y la envolvió en un torbellino de arena que la devolvió a la realidad. Su espalda tocó el suelo de madera y sus ojos se abrieron para observar el rostro de Ada, que la miraba con comprensión, y el murmullo de los presentes invadió sus oídos.

—Soy un demonio. ¿Era eso lo que mi mente trató de ocultar? Soy hija de Aaron y soy un maldito demonio.

—No es tan así, querida —respondió la mujer de cabellos oscuros con una mirada comprensiva. Ahora se había creado un silencio estremecedor en la

gran sala.

—¿Entonces?

—Eres como nosotros... una bruja.

## 4. Una noche en el bosque

—Nos está mintiendo, estoy segura —soltó Nadia sin poderse contener. Estaba acostada sobre la cama, con su cabeza apoyada en el estómago de Alexis, que acariciaba su cabello con ternura.

—¿De qué estás hablando, nena? No entiendo nada de lo que dices — cuestionó él mientras sus ojos se iban cerrando de a poco. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por seguir despierto.

—Amelie no se golpeó la cabeza al caer de una montaña. Fue en un accidente de auto...

—¿Cómo demonios sabes eso? —preguntó incorporándose de nuevo, como si el sueño que antes quería atraparlo se hubiera esfumado en un segundo —.Tú fuiste a verla, ¿verdad? Bastian dijo que no debíamos...

—Es mi amiga. Mi hermana, Alexis. Y la tuya también, antes de que Bastian llegara. Él nos está mintiendo —interrumpió Nadia poniéndose de pie para quitarse las zapatillas. Se quitó los *jeans* y la camisa, y buscó una camiseta cómoda para dormir. Todo ante la mirada de su novio.

—Está bien, está bien. Pero esa posibilidad no es muy creíble. Alguno de los dos tiene la versión equivocada.

—¿Por qué? —interrogó ella quitando las mantas para meterse en la cama y Alexis la atrapó entre sus brazos. Él se había alistado para dormir minutos antes que ella.

—Porque Amelie no sabe conducir. Intenté enseñarle con mi auto una vez



cuando tú estabas en la capital buscando un apartamento para rentar. Es pésima y tendría que tomar el examen de manejo diez veces para aprobarlo.

—Es verdad... Nunca quiso manejar... Entonces, no entiendo nada de nada. Aquí hay algo muy raro. Ella no puede mentir porque está en esa condición. Alguien le metió esa idea en la cabeza. No voy a parar, Alexis, no voy a detenerme hasta que lo descubra —aseguró Nadia e infló las mejillas con aire para dejarlo escapar con fuerza al instante, como siempre hacía cuando estaba frustrada.

—No te lo voy a impedir, pero ahora vamos a dormir, niña globo —bromeó Alexis y entre cosquillas, caricias y besos se quedaron dormidos.

\*\*\*

—Esto es una maldita broma, ¿verdad? ¿Cuándo se convirtió mi vida en un episodio de *Salem*? —preguntó Amelie, pero no había un tono de enojo en su voz, sino confusión o tal vez resignación porque su vida no se había vuelto una broma, sino que era demasiado real.

—¿Qué sabes de Salem? —preguntó Ada con interés.

—Nada. Solo que es una serie de televisión bastante rara y retorcida que miro por la noche —respondió ella, se incorporó con la ayuda de sus manos y escuchó la carcajada estridente de Stefano. Podía sentir que sus ojos azules y penetrantes la miraban analizando cada movimiento. Luego sus pasos se acercaron y la tomó de un brazo y colocó su mano en la parte baja de su espalda para ponerla de pie. Aquello le envió una familiar sensación por todo el cuerpo.

—¡Bastian! —chilló porque su corazón pareció explotar ante aquel contacto y toda su mente dibujó el rostro del chico que amaba y unos hermosos ojos verdes. Se soltó de Stefano y quiso correr, atravesar el bosque para buscarlo, pero la mano de Ada la detuvo. La mujer la miraba seriamente y no le iba a permitir huir.

—¿Así que todos los recuerdos han vuelto? Lo siento, Stefano, te lo dije — comentó luego con una sonrisa pícaro mirando al muchacho, que se alejó a una habitación tras el altar—. Tenemos que hablar, Amelie. Luego puedes volver con tu novio, pero necesitas entender todo esto y comer algo. Esos juegos de la memoria debilitan a cualquiera.

—Estoy bien y tenemos tiempo de hablar... —replicó y, justo cuando iba a dar un paso más, se sintió mareada y, si no hubiera sido por el rápido movimiento de Ada, se habría ido de cara al suelo. Sus manos de uñas largas se aferraron a los brazos de la muchacha y la hicieron girar para conducirla a la habitación a la que el muchacho de cabello castaño se había ido antes.

Cuando ingresaron allí, notó que se encontraba en una pequeña cocina. Tenía una ventana que daba al bosque y unos cuantos faroles pendían desde los tirantes de madera. Stefano estaba calentando sopa sobre la llama de hornalla y no olía para nada mal. Además, el lugar estaba cálido y se sentía acogedor.

—Siéntate —indicó Ada señalando una de las sillas de madera y buscó un vaso de agua y un pedazo de pan que se veía delicioso y esponjoso. En verdad, aquel trance la había debilitado o también podía ser que no se hubiera alimentando bien esos días. Se perdía en sus pensamientos y fabulaciones, y se olvidaba del mundo real.

Observó a Stefano poner la sopa en un cuenco del color de la arcilla y luego acercarse a dejarlo en la mesa junto a una cuchara de madera. Pudo ver trozos de verdura, que flotaban en el líquido salado, y algo de carne también.

—¿Por qué hacen esto? Ni siquiera me conocen —dijo ella y tomó lo que le ofrecían y se dedicó a comerlo lentamente. Los otros dos se sentaron frente a ella y la observaron con suma atención—. ¿Qué? ¿Qué les pasa? Es incómodo que te vean de esa manera al comer —protestó ella con la boca llena.

—Puede ser que no te conozcamos demasiado, pero eres una de nosotros y eres importante —dijo Stefano y la interrumpió antes de que dijera algo más

—. Aunque quieras negarlo y te lleve tiempo aceptarlo.

—No lo entiendo, trato de hacerlo y debería estar llorando por haberme enterado de algo así, pero me cansé de hacerlo. He llorado bastante — comentó y tomó la cuchara de madera. La sopa sabía bien y le calentaba el cuerpo. Hacía más frío en la profundidad del bosque.

—En la situación en la que tú estás, yo lo vería como una ventaja —dijo Ada cruzando los dedos de sus manos sobre la mesa.

—Dime cual es esa ventaja porque no logro verla todavía.

—Bueno... —Los ojos de Ada se pusieron blancos y decenas de utensilios de madera se levantaron de las repisas y comenzaron a flotar en el aire por un segundo antes de volver a su lugar al igual que el color oscuro de su mirada —. A tener poderes le llamo una ventaja.

—¿Qué?! —exclamó Amy dejando caer la cuchara—. ¿Yo puedo hacer algo así?

—No ahora, pero sí con entrenamiento y práctica —respondió Stefano con una sonrisa enorme.

—La Guardia Divina me entrenó en la lucha. ¿Ellos no saben de mi verdadera naturaleza? ¿Nunca se dieron cuenta?

—No. Perciben con facilidad la esencia de los demonios, son entrenados para eso, pero no logran identificar a brujos tan fácilmente y menos a una que no se ha manifestado aún —respondió Ada—. Pero te vendrá bien tener entrenamiento en lucha y magia, Amelie.

—¿Por qué? No pienso volver al Inframundo.

—Lo sé, pero el Inframundo vendrá a la Tierra en cualquier momento. Una gran batalla se avecina y nada detendrá a Aaron ahora. Lo que tú lograste, tu forma de irrumpir en su reino, solo debe ser comparable con la frustración que sintió al caer.

—¿Caer? ¿Quién es Aaron en verdad? —preguntó la chica y bebió un poco de agua fresca.

Stefano se recostó contra el respaldo de su silla y se cruzó de brazos,

mirando la noche estrellada que vestía el cielo a través de la ventana. Simplemente, dejó que su compañera hablara.

—Él es tu padre, el mío y el de los demás que son como nosotros. Fue un ángel poderoso una vez y hermoso también, eso todavía sigue siendo cierto en ocasiones. Cuando Lucifer cayó, en cierto modo, Aaron ocupó su lugar en el Paraíso. Pero de eso no te vas a enterar en la Biblia o en la iglesia. No es algo que los humanos puedan saber.

—¿Qué hizo para que Dios lo hiciera caer?

—Lo mismo que hacen algunos cuando llegan al poder y lo mismo que hizo Lucifer antes que él. Se volvió menos comprensivo, ordenaba a los ángeles de rango inferior, no quería dialogar. Era encargado de dirimir desacuerdos entre los ángeles.

—Una especie de juez —supuso Amelie.

—Eso mismo. Y su error fue desterrar a un ángel y, cuando Dios lo supo, porque es solamente él quien puede hacer eso, se llevó una terrible decepción. Ya lo había hecho con Satanás y volver a vivir lo mismo creo que no lo hizo dudar. Aaron cayó, pero no en la Tierra, como debería ser, tal vez estuvo aquí un segundo, pero luego la oscuridad del Inframundo lo abrazó, como lo hace con todos los malos. Cuantos más, mejor. Al menos eso es lo que sabemos nosotros; si hay otra verdad, no la conocemos.

—Quisiera poder decirte que lamento que hayamos matado a tu hermana, Zaira —dijo Amelie bajando la vista. Ada no tenía comparación con la que había mencionado.

—Yo tampoco lo lamento. No es que hayamos jugado a las muñecas y nos hiciéramos trenzas la una a la otra. Tenemos la opción, Amelie, hacer que nuestro padre demonio nos inicie o escaparnos a vivir en el Bosque Oscuro y ser desterrados. No somos ángeles, humanos ni demonios, somos hechiceros.

—¿Qué dice Dios respecto a eso?

—Nada. Nosotros no tenemos la culpa de haber sido engendrados. Aaron engañó a mujeres, envenenó sus cuerpos para que cuando fueran fecundadas

esas crías nacieran con una intención oscura.

—¿Es por eso que siempre pude ver cosas extrañas?

—Sí. Y por eso puedes ver ángeles por más que se oculten de la vista de los demás. Tienes un don que abre tu mente al mundo de lo paranormal.

—Todo esto es demasiado para procesar, pero te agradezco que me lo hayas contado. Al fin sé lo que soy. Tal vez no es la mejor noticia para alguien que recupera la memoria, pero finalmente no me siento tan perdida —dijo esbozando el fantasma de una sonrisa y luego bostezó.

—Creo que deberías descansar —dijo el muchacho y se puso de pie—. Si me permites, puedo acompañarte a una habitación en el piso de arriba. Prometo que mañana te acompañaré a tu casa. Si no conoces el bosque, podrías perderte.

—Hum... No sé... —dijo ella dubitativa, pero en verdad se sentía cansada—. Está bien. Puedes acompañarme. Buenas noches, Ada —dijo y se puso de pie. Antes de salir de la cocina tocó el hombro de la mujer rápidamente y siguió a Stefano.

\*\*\*

Primero fue el golpe en el pecho, tremendo y duro, sin compasión. Su armadura de oro puro cayó al suelo junto con los brazaletes adornados por joyas. Produjeron el ruido de miles de campanas.

Luego fue la Espada Celeste. El cristal de hielo se derritió en sus manos, y le chamuscó la piel. Dio un grito de dolor, no tanto por el padecimiento físico, sino porque era Él quien lo estaba haciendo todo y lo miraba a los ojos. Alguna vez se habían amado. Ahora tenía vergüenza y un dejo de tristeza en la mirada.

Después vino el fuego, que arrasó con todo aquello que alguna vez fue o conoció. Su color no era como el fuego de los mortales, sino intensamente azul y diáfano. Lo envolvió como un torbellino justo antes de la Caída.

Cabeza hacia abajo, brazos abiertos, cruz invertida. Sus cabellos largos y rubios comenzaron a ser acariciados por el fuego, que quería jugar con ellos. Se vio despojado de sus ropas y botas de guerra, solo un pedazo de tela blanca con tizne le cubría la cintura.

Lo último dolió más. El fuego se llevó sus alas blancas y con ellas todo rastro de quien era, sin eso ya no pudo reconocerse a sí mismo. Las llamas las envolvieron en su espalda, las volvieron negras y luego se desprendieron en un estallido de chispas radiantes que llenaron el cielo nocturno de los humanos.

Aaron no fue el único, algunos fieles amigos también cayeron como lágrimas de sangre.

Su cama fue la arena, y su abrazo, el viento caliente del desierto.

Fueron desterrados del Jardín; caídos.

Por su culpa, por su culpa, por su gran culpa.

Fue el ejemplo que el Altísimo usó para que ningún otro puro se corrompiera.

Como fue escrito por Vineth en el «Libro de los Caídos», en los volúmenes de *Historia del Paraíso*.

\*\*\*

—Por aquí... —dijo Stefano extendiendo su brazo enguantado para señalar la escalera que estaba junto a la puerta de entrada. Amelie asintió y comenzó a subir los escalones crujientes, y luego atravesaron un pasillo que tenía varias puertas barnizadas. El muchacho se detuvo junto a una de ellas y la abrió con la mano.

—Gracias —dijo Amelie al ingresar y vio allí una pequeña cama y una silla junto a ella. Había una ventana por la cual se podían ver las copas de los árboles, que se movían con la brisa nocturna. Más arriba, titilaban las estrellas en el cielo oscuro.

—Dejaré esto por si tienes frío —comentó él y se dirigió a una cómoda de donde extrajo una manta azul de lana—. ¿Necesitas algo más? ¿Te gustaría que me quede contigo?

Sus ojos azules captaron algo de luz de luna y brillaron como gemas puestas al sol. El cuarto estaba iluminado únicamente por una llama naranja, que titilaba dentro del farol que estaba sobre la silla junto a la cama.

—Yo creo que con eso es suficiente. —Aclaró su garganta—. A la frazada me refiero. Además, me acompañarás mañana a través del bosque, con eso queda saldada tu cuota de amabilidad.

Amelie le dedicó una sonrisa y tomó la manta, parecía cálida y su textura era suave al tacto. Se sentó sobre la cama y observó al chico pensando en si no había mujeres que le llamaran la atención entre los suyos.

«¿Por qué se tiene que fijar en mí?», se preguntó y bajó la vista a sus manos. Esa situación le recordó a su excompañero de secundaria, Leo. Todo había aparecido dentro de su cabeza de un momento a otro.

—Una vez que tengo la oportunidad de ser caballero, no me lo permiten —bromeó y sonrió. Sus ojos se achinaron un poco. Recostó su espalda contra la pared y se quedó mirándola—. Debería irme, ¿verdad?

—Yo creo que sí, Stefano. Eres muy amable, pero no hay otra intención de parte mía. Estoy muriéndome por volver a ver a alguien más —confesó con el tono más amable posible.

—Bien. Nos vemos mañana, espero que sepas montar a caballo. Buenas noches —saludó sonriente y cerró la puerta antes de alejarse por el pasillo de madera crujiente.

Amelie se acercó a la pequeña ventana para observar la noche y escuchar sus ruidos. Apoyó su mano sobre el cristal y pronunció el nombre de Bastian como una plegaria que viajó a través del tiempo y el espacio para llegar a él y decirle que estaba bien, que lo recordaba y que quería volver a estar a su lado.

Más tarde se durmió con el canto de los grillos y el ulular de los búhos, tapada con la frazada que Stefano le había dado.

## 5. Esencia

—¿Dónde te metiste? —se preguntó Bastian sumamente preocupado y, de haber tenido uñas largas, se las hubiera mordido y comido todas gracias a los nervios. No había visto a Amelie por varias horas y ya la luna se reflejaba enorme y blanca sobre el mar. Había estado por más de veinte minutos tratando de llamar a Nadia, pero no se animaba. Marcaba el número y volvía a colgar mirando la pantalla del celular. No quería que supieran que su amiga estaba perdida, quería poder arreglar él solo aquel nuevo inconveniente. Sumado a eso, sabía lo exasperados que se ponían Alexis y Nadia cuando a Amelie le pasaban cosas y ellos no se enteraban. Ya lo había vivido con lo del relato del falso accidente en las montañas. Y era justamente eso lo que le decía que debía hacerlos partícipes de las novedades, tal vez se ablandarían un poco con él.

—Está bien, aquí vamos... —dijo suspirando hondo, sentado en los escalones de madera del porche de la casa, iluminado por un farol que pendía de una viga de la galería. El tono de espera sonó tres veces cuando se cortó abruptamente.

—*Hola, Bastian. Mira, si vas a regañarme por haber ido a visitar a Amy sin tu permiso, yo también tengo algo para decir...* —La voz de Nadia sonó chillona por el parlante dándole una información que no esperaba conocer—. *Te cuento que le hizo muy bien y que me gustaría visitarla otra vez. Al también quiere verla, está aquí dormido, me despertaste. ¿Bastian? Me estás*



*dejando hablar demasiado. ¿Qué pasó? Espera, es tarde...*

—Lamento despertarte, es que tenía la gran esperanza de que ella estuviera con ustedes. —Suspiró dejando que ella lo escuchara—. No la encuentro, Nadia. Han pasado horas ya. Recorrí toda Playa Calma, pero volveré a hacerlo. ¿Podrían mantenerme al tanto si por alguna razón aparece por tu casa?

—¿¿Qué?! ¿Y hasta ahora me lo dices? Bastian, tú eres el novio de mi amiga, ella te elige, incluso sin memoria debo confesar que en su corazón te elige, *así no te recuerde. Pero debes dejar de creer que solo tú puedes ayudarla. Vamos hacia allá. Inventaré algo con mamá porque no me voy a mover de tu casa...*

La voz de Alexis se escuchó y sonaba confundido. Sí, se iba a meter en un gran lío con ellos.

—Nadia, no es necesario...

—*Sí que es necesario. Además, me lo debes por mentirme.*

—¿Qué dices?

—*Las razones de la pérdida de memoria de Amelie. Sé la verdad.*

Ahí Bastian se llenó de miedo. ¿Sabía Nadia acerca de Aaron y el Inframundo? No, debía ser otra cosa. Era imposible que supiera algo como eso.

—¿A qué te refieres?

—*Que no se cayó de una montaña. Tuvo un accidente en auto. Si el resultado fue igual de pésimo, no entiendo por qué no dijiste la verdad. ¿En qué lo cambia?*

—Lo siento. Ya hablaremos de eso y les explicaré. Pueden venir un rato, pero luego vuelven a su casa. ¿Entendido?

—*No me iré de allí hasta que aparezca. The end. Nos vemos en un rato. Despierto a Alexis, que se quedó dormido de nuevo, y vamos.*

La comunicación se cortó y Bastian respiró hondo tratando de hacerse a la idea de que no era el único en la vida de la chica que amaba y que debía

abrirse todavía más. Realmente, apreciaba a esos dos chicos y no quería perderlos. Había algo que sí había aprendido cuando creyó ser humano: que no podía resolver las cosas por sí mismo todo el tiempo.

Se puso de pie y, quitándose la camiseta, la dejó en el porche y puso el celular encima. Cerró los ojos y pensó en su espalda, movió sus gruesos hombros en círculos y trazó con tinta negra un enorme par de alas que nacían como flores de sus omóplatos, la piel se rasgó y un hilo de roja sangre descendió por su piel antes de volverse invisible en un segundo. Dos mantos de plumas se extendieron y acariciaron el frente de la casa.

—*Occultum* —pronunció en latín, como tantas otras veces, y una nube negra hizo explosión a su alrededor hasta desvanecerse y hacerlo invisible a los ojos humanos. Una, dos y tres fueron las veces que sus alas aletearon mientras corría sobre la arena y, a un paso de tocar el agua del mar, sus pies dejaron la tierra y su cuerpo flotó en el aire. Subió a tirones primero para ganar altura y luego se estabilizó. Las enormes alas pintaron el cielo y recorrió todo el lugar, kilómetros y más, incansablemente con la vista entrenada para ver aquel cabello rojo que tanto adoraba.

Desde lo alto la ciudad se veía como un campo minado de luciérnagas y unos pocos autos se movían abajo. Qué pequeño e insignificante parecía todo comparado con el mar que también había sobrevolado días antes por puro placer. Mientras se dirigía a las vastas arboledas de los bosques que lindaban con la playa, pensó en Amelie y en sus ojos color miel, que podían ver ángeles y demonios.

—Vamos, pequeña. Encuéntrame tú. Sé que puedes hacerlo, sé que puedes verme. Me buscaste en el Inframundo y me hallaste. Hazlo ahora también —dijo como un deseo, una plegaria que se perdió en el cielo, el mar, los árboles y la brisa cálida.

Siguió buscando casi por una hora y media e, incluso si hubiera podido fatigarse, no se hubiera detenido. Voló en círculos por las torres de la catedral de Puerto Azul, con lo que asustó a las palomas que dormían en el

campanario, y emprendió el regreso a la casita solitaria de la playa.

Cuando se acercó pudo ver el *jeep* amarillo que Alexis usaba ahora y distinguió dos cabelleras rubias cerca del porche. Él se había dejado el pelo más largo y el rostro con algo de barba por recomendación de Nadia. Había dicho que tenía que probar un estilo más *salvaje*. Ambos miraban alrededor y conversaban. Se detuvo a unos metros de altura de ellos y un tanto lejos, pues el aleteo podía crear viento sospechoso y la noche era tranquila como para una ráfaga así.

—¿Decidió ir a nadar o qué? —preguntó Nadia luciendo exasperada y mirando en dirección al mar. Habían visto su camiseta y el celular abandonados en el porche—. ¿O salió a buscarla desnudo para seguir mostrando esa imagen de héroe que se las puede arreglar solo? ¡Bastian!

—No seas tonta, amor. Debe estar desesperado con todo esto —dijo Alexis, que siempre era más calmo y reflexivo, cuando ambos escucharon una voz en el viento murmurando algo raro.

—*Finis...* —pronunció Bastian y esperó la explosión de humo negro y a que esta desapareciera y lo volviera visible otra vez.

Las cabezas de sus amigos se movieron en su dirección en perfecta sincronía. Nadia no tardó en caerse sobre su trasero por el susto o el impacto que se había llevado, y Alexis permaneció inmóvil y pálido como si fuera el próximo en caerse, pero apuntando hacia él con un dedo índice, mientras su cabello rubio flotaba en la brisa. Aun así, ambos lo miraban con ojos enormes y trataban de abrir la boca, aunque no salía sonido.

El muchacho de cabello oscuro voló despacio para no asustarlos más de lo que estaban y, descendiendo con gracia, hizo que sus pies tocaran la arena y decenas de hojas y granos de arena volaron a su alrededor. Sus alas se plegaron y descansaron en su espalda, la punta de ellas tocaban la tierra.

—Ba-Ba... Bastian. ¿Qué mierda es esto, hermano? Tú... No. ¡Esto no puede ser! —exclamó Alexis señalándolo todavía sin quitarle los ojos de encima. Nadia se puso de pie y se acercó despacio al ángel—. Amor, no te

acerques...

—Bastian, date la vuelta —dijo Nadia adoptando una expresión decidida y pareció que su miedo se iba yendo de a poco o era buena escondiéndolo.

—Lo que digas. Y no voy a herirlos, no seas idiota, Al. No tienen razón para tener miedo de mí. Hay cosas peores en las sombras —dijo girando despacio—. Yo soy del grupo de los buenos.

—Lo dice un tipo con alas que aparece de la nada. Ni siquiera sé si esto es real —dijo Alexis tragando fuerte y tratando de controlar la respiración.

Nadia se acercó lo suficiente como para extender su mano y que la yema de sus dedos acariciara la capa de plumas en la espalda de Bastian. Eso hizo que el muchacho sintiera un escalofrío. Sus alas se conectaban a lo más profundo de su ser y no muchos tenían la posibilidad de tocarlas. La única que lo había hecho antes había sido Amelie.

—Estoy segura de la respuesta, pero, Bastian, ¿qué eres? —cuestionó Nadia quitando su mano mientras el chico giraba para verlos otra vez y sus alas desaparecían por completo. En la voz y ojos de Nadia comenzaba a haber comprensión, al menos eso intuyó él, como si las piezas se juntaran y dieran coherencia al rompecabezas, y ciertas dudas del pasado ahora encontrarán respuesta

—Soy un ángel que se cansó de ocultar la verdad a sus amigos... —dijo tranquilo y sonrió de manera genuina—. Gracias a tus reclamos, Nadia. Me hiciste ver que no puedo solo, que no puedo seguir mintiendo para ocultar mi verdadera naturaleza. Es parte de mi esencia y de la locura del mundo en el que ambos estamos metidos.

—¿Por qué tardaste tanto en contarnos? —preguntó Alexis cruzándose de brazos, pero no en gesto defensivo sino relajado, tratando de entender.

—Porque por un momento pensé que rompía reglas y atraía a quienes quería a un mundo peligroso, y la verdad es que el mal los atrae a todos como un gran agujero negro.

—No sé de qué hablas, pero quiero saberlo todo y, como no pensamos

movernos de aquí, prepararé té y nos contarás. Tengo muchas dudas, preguntas, situaciones confusas que ahora se me vienen a la mente —propuso Nadia y jugó con su cabello de forma nerviosa.

—Y se los quiero contar, vamos adentro. ¿Al? —preguntó Bastian posando su mirada verde en el muchacho rubio, que se había quedado de piedra otra vez—. Siento que Nadia está aceptando esto rápido. Tú no dejarás de ser mi amigo, ¿verdad? Si necesitas tiempo para comprenderlo y no quieres verme, lo entenderé.

—¿Qué? —preguntó el otro incrédulo—. Solo pensaba que tengo un amigo que podría ser parte de los Vengadores y no voy a perdérmelo por nada. Y me debes un vuelo.

—¿Quieres que te cargue en mis brazos, guapo? —bromeó Bastian levantando sus cejas repetidas veces y Nadia lanzó una carcajada antes de ingresar en la casa.

—Ni lo sueñes. Mejor me quedo en el suelo —respondió Alexis y sonrió pasando su brazo por los hombros de su amigo, y así entraron a la casa.

\*\*\*

—Igual, no estoy para nada tranquila —expresó Nadia, poniendo una bandeja con una tetera y tres tazas de porcelana sobre la mesita de café del *living*—. Amelie ¿dónde estará? La buscabas, ¿verdad? ¿Volaste para buscarla cuando nos encontraste?

Bastian se puso serio y entrelazó los dedos; apoyando los codos sobre las rodillas, se inclinó hacia adelante, pensando. Los tres se habían acomodado en los sillones que rodeaban la mesa.

—Sí, la busqué, pero no pude hallarla. Es como si se hubiera escondido. De todos modos, tengo dos razones para creer que está bien.

—¿Cuáles? —preguntó Alexis con urgencia tomando la taza de té que Nadia le alcanzaba.

—Soy su ángel de la guarda, puedo sentir que está viva, aquí... —explicó llevando dos dedos al centro de su pecho y los puso donde latía su corazón—. Un lazo me une a ella y, si se rompiera, me daría cuenta al instante, me volvería fuego azul y volvería con Dios. Eso significaría mi muerte y no estoy muerto. Ella está viva.

—Bastian, hay cientos de cosas que tienes que contarnos y trataré de contenerme para no preguntártelo todo esta noche, como lo de ser su ángel guardián, pero ¿cuál es la otra razón? —dijo Nadia y dio un buen sorbo a la infusión dulce.

—Hace un tiempo, cuando me entregué al Inframundo por ella para que dejaran de acecharla los demonios, les pedí a mis tres hermanos guerreros que la cuidaran y creo que aún lo hacen. Si algo malo le hubiera pasado, hubieran aparecido para informarme y tampoco lo han hecho.

Los otros dos se quedaron mudos con las tazas a medio camino de la boca. Bastian sabía que debía explicar.

—Amelie no tuvo un accidente en las montañas y no se golpeó la cabeza. Tampoco fue un accidente de auto. ¿Qué auto podría tener? Ni siquiera sabe manejar.

—Te lo dije, Nadia. No era posible esa opción —comentó Alexis sonriendo como si hubiera ganado una apuesta o algo—. ¿Entonces?

—Lo de mi padre y todo eso fue una mentira y les pido perdón por ello —dijo decidido a contar toda la verdad—. Todo lo malo que le ha sucedido a ella, como la muerte de su familia, tiene que ver con que ella debía morir también, pero la salvé de ese destino porque me enamoré de su amiga. Entonces, los demonios tuvieron el derecho a reclamar su alma, ya que el ángel no lo hizo. Allí apareció Zaira y...

—¡Carajo! ¿Cuánto lleva en esta situación? —cuestionó Alexis dejando la taza sobre la mesa. Parecía que ya ni ganas de beber tenía.

—Mucho tiempo, por eso sus estados de ánimo. Los abrazos que parecían despedida. Logramos vencer a Zaira, pero la marcó antes de ser eliminada.

Los demonios no iban a dejarla en paz, así que me entregué por ella. Si conocen a su amiga, saben lo cabeza dura que puede llegar a ser.

—Tú lo dijiste —agregó Nadia con una media sonrisa y su expresión mostraba que estaba hipnotizada por el relato, todo aquello que no conocía de Amy—. Espera, ¿dijiste Zaira? ¿La de la escuela?

—Esa misma. El tema está solucionado con ella. Volviendo a Amelie, ella de alguna manera hizo bajar a la Guardia Divina, mis tres hermanos de la guerra. Una de ellos, Mina, curó a Alexis cuando... —dijo Bastian y de repente se dio cuenta del error. No debería haber mencionado eso.

—¿Curó? ¿De qué lo curó? —cuestionó Nadia con expresión de incredulidad.

—Mi sueño... —dijo Alexis mirando a un punto fijo sin importancia y luego a Bastian de nuevo.

—¿Qué? —dijeron los otros dos a la vez y miraron al rubio, que pasó sus dedos por su melena y tenía los ojos perdidos, como si estuviera viendo cosas.

—Es confuso, yo no sé lo que significa en realidad, pero varias noches seguidas, luego de un desmayo que tuve el día que vine a ver cómo estaba Amelie cuando rompieron las ventanas de la casa, soñé con aves negras que me atacaban y me herían de muerte. Podía verme desangrado sobre la arena, pero luego una luz blanca y un canto se hacían presentes, y las heridas se cerraban y volvía al punto de inicio, a mirar el mar desde la arena. Y a lo lejos, sobre el mar podía ver a una mujer ¡y sus ojos eran tan claros!

—Tu mente lo disfrazó, Al —explicó Bastian viendo cómo Nadia apoyaba su cabeza en el hombro de su novio y le acariciaba la espalda—. El día de los vidrios rotos fue un ataque de un demonio. Uno que te hizo volar por los aires en una explosión mortal. Mina te curó de eso. Fue allí que decidí entregarme para saldar la deuda. Para que nunca más ninguno de ustedes saliera lastimado.

—Y Amelie dijo que te habías ido a buscar a tu padre. Se aguantó todo

aquello —comentó Alexis y lo miró a los ojos—. ¿El Inframundo es el Infierno?

—Una porción de él. Amelie logró entrenarse, les dijo que se había ido conmigo, pero se preparó para luchar usando espadas celestes, son armas muy poderosas de los ángeles. Mis hermanos le obsequiaron la espada que usé cuando era parte de la Guardia Divina y, aunque no lo crean, me rescató. Hacia el final, cuando intentábamos huir, una bola de energía oscura la impactó antes de que nos sacaran de allí y su mente se cerró por completo. Algo tiene que haberle dicho Aaron con sus métodos.

—¿Aaron? ¿Quién es él? Dios, esto es eterno —comentó Nadia impaciente.

—Es un ángel caído como Lucifer, pero un poco menor. Es líder del Inframundo que ocupa esta parte del continente, donde estuve cautivo. Se viene una batalla, chicos, es inminente. Lo que hizo Amelie... la espada quedó clavada en las cuevas oscuras, la luz perforó ese nido del mal, eso fue una declaración de guerra.

—Nos van a matar a todos, ¿verdad? —preguntó Alexis, aceptando esa realidad y mirando a Bastian a los ojos.

—Los ángeles no vamos a rendirnos sin pelear. Dios tiene una legión imponente de guerreros, pero, cuando eso suceda, quiero que ustedes y sus familias estén con Amelie y conmigo. A salvo.

—Lo haremos. Pero no más mentiras, Bastian. Ahora te conocemos, te aceptamos, te queremos como a un amigo y tienes que tenernos al tanto de todo —dijo Nadia.

—Lo prometo, sinceramente —dijo él, llevó su mano primero al corazón, luego a sus labios y por último la extendió hacia sus amigos. Había olvidado aquel gesto de promesa entre los ángeles, pero simplemente surgió allí, frente a Nadia y Alexis. Tal vez ellos no lo entenderían del todo, pero Bastian los creía una parte importante de su vida.

Probaron con llamar a su celular y este sonó como un eco lejano en la habitación con vista al mar.



—Bueno, tenía que probar... —dijo Nadia, encogiéndose de hombros, y comenzó a juntar los elementos que habían usado para tomar el té.

Luego de un par de horas de charla, todavía en la oscuridad de la noche, Alexis y Nadia se durmieron abrazados en el sofá. Él estaba detrás de ella y su mano descansaba en la cintura de su muchacha. La nariz de Al y parte de su rostro se perdía en el cabello rubio de su novia. Bastian se los quedó observando y sonrió, pero además sintió una leve punzada en el pecho, como una astilla que se clava sin que te des cuenta y luego te lo hace notar. Ansiaba tener un momento así con Amelie, uno que fuera real, un instante en el que ella lo conociera de verdad luego de tantos meses. Extrañaba verse reflejado en sus ojos. En pocas palabras, la extrañaba a ella entera.

Con cautela y gracia se puso de pie, buscó una frazada en la habitación y atravesó la puerta principal. La galería estaba iluminada por unas luces navideñas de color blanco que siempre quedaban encendidas y que Amy había enredado en las barandas del porche frente al sillón de madera que pendía con cadenas del techo.

Así se quedó por horas hasta que Nadia fue a buscarlo, pero no hubo novedades. Alexis también despertó y la convenció de volver a su casa para descansar mejor. Antes de marcharse hizo que Bastian prometiera que apenas supiera algo los llamaría.

Se quedó solo y se acomodó otra vez cubriéndose el torso desnudo con la frazada y miró el mar. Era como los demonios: aunque no se viera por la oscuridad de la noche, seguía moviéndose entre las sombras. Todo ese tiempo durante el que Dios le había quitado sus poderes —o se los había borrado por un tiempo o incluso solo le había hecho creer que ya no era ángel—, se había acostumbrado a ciertas cosas de ser humano. O podía ser que en el Inframundo todas esas sensaciones mundanas hubieran vuelto. Pero ahora sentía frío como en ese instante de la noche, también calor durante la tarde cuando el sol era fuerte. y sueño, justo como en ese instante. Meciéndose en el sillón colgante, mientras la brisa marina le revolvía el cabello, Bastian se

durmió de a poco pensando en su pelirroja.

El mar lo arrulló por horas y, cuando abrió los ojos porque sintió algo cálido en sus labios, el corazón le dio un vuelco y no pudo reaccionar. Era ella, su rostro blanco y la nariz bañada de pequeñas pecas como estrellitas, su labio inferior atrapado por sus dientes superiores porque se lo estaba mordiendo y los ojos más dorados que había visto, donde por fin pudo verse a sí mismo con la claridad y nitidez de un espejo. Era su Amelie.

—Bastian...

## 6. Espejos del alma

La luz tibia y casi naranja del sol acarició el rostro de Amelie. Los rayos traviosos de un sol que escalaba el cielo y el verde de las copas de los árboles del bosque se colaron por la pequeña ventana de la habitación que le habían asignado la noche anterior. Dio un par de vueltas y se estiró, extendiendo los brazos por sobre la cabeza. Se había dormido tan profundamente que no recordaba dónde estaba. Se sentó despacio y se acomodó el cabello atándolo en una cola de caballo alta. Gracias a Nadia y su tratamiento recomendado, había aprendido a tener el cabello decente y su pelo siempre estaba liso, sin ondas como antes. Tres rostros y luego otros dos más se pintaron en su mente como una acuarela al recordar a su amiga.

Salió de la cama con un salto y divisó una puerta que antes no había visto. Era un pequeño baño donde pudo asearse. Bajó las escaleras, pero no encontró a nadie en el gran salón.

Abrió la puerta de doble hoja para salir al exterior y caminó hacia el claro donde había dos imponentes caballos negros que rascaban el suelo con sus patas. Ada se montó sobre uno que tenía una manchita blanca en la frente y Stefano alistó el otro esperando que Amelie se acercara. Los dos animales ya estaban preparados para el viaje.

—No pensaste que iba dejarte montar sola en una de estas bestias —dijo el chico mostrando una sonrisa de dientes blancos y acarició el costado del animal, que moviendo su cabeza sacudió sus brillantes crines. Le quedó en

claro que iban a compartir el medio de transporte.

—Honestamente, no sé qué me pone más nerviosa, si el caballo, que es enorme, o tú y esa sonrisa tan rara —susurró Amelie pensando que no podía ponerse a hacer un berrinche en ese momento. Tenía que aceptar la ayuda de esa gente y volver a encontrar a los suyos.

—¿Qué dijiste? —preguntó él extendiendo la mano y Amelie la tomó. Por suerte, no la había escuchado, ya que estaba ajustando unas tiras de cuero alrededor del animal para mantener en su lugar la silla que montarían. Pronto las dos manos del muchacho se posaron en su cintura y la levantó en el aire con fuerza. Cruzó una de sus piernas a través del lomo del animal y quedó sentada sobre la silla aferrándose a las crines del corcel. Era alto, demasiado alto para su gusto, y temió caerse. Stefano se agarró de alguna parte de la montura y con habilidad, o ayudado por ciertos conocimientos de la magia y los elementos, saltó a una altura considerable y se ubicó detrás de ella con extrema facilidad. Su torso se pegó a su espalda y eso casi la hizo saltar y abandonar todo.

—¿Qué dijiste antes de montar? —preguntó él nuevamente muy cerca de su oído.

—Decía que gracias por ayudarme. No podría hacerlo sola —respondió tragando fuerte cuando sintió al chico detrás de ella. Se quedó congelada cuando sus brazos la encerraron para tomar las riendas. Vio a Ada sacudir la cabeza con una sonrisa ladina e hizo que su caballo comenzara andar tan solo con acariciarlo y mencionar su nombre.

El Bosque Oscuro no era tan horrendo ni lúgubre durante el día. Seguía teniendo árboles de ramas retorcidas y puntiagudas, pero podían apreciarse más los pájaros de colores posados sobre ellas y las enormes mariposas azules que tanto le gustaban. Eso la hizo sonreír y sentir una calidez familiar que hacía mucho que no estaba con ella. Anduvieron junto a un fino arroyo de agua clara, que corría en la dirección opuesta a la que ellos iban y se chocaba contra las piedras cubiertas de musgo. El sol atravesaba el agua y se

hacía notar en destellos dorados. También los rayos de luz iluminaban complicados diseños de telas de araña, que se tejían entre los árboles.

A medida que los troncos y las plantas fueron desapareciendo, la maleza se transformó en césped y luego de varios minutos la arena por fin se dejó ver cubriéndolo todo. El corazón de Amelie comenzó a palpar a otro ritmo y deseó que el caballo fuera más rápido, pero su compañero y Ada cabalgaban despacio. Aunque luego de un tiempo reconoció la inmensidad del mar y sus olas de espuma blanca, como también la paleta de colores que era el cielo justo después del amanecer. Pronto divisó la casita de madera perdida en la inmensidad que era el mundo y unas lucecitas blancas que seguían encendidas. Cuando los animales estuvieron cerca, pudo ver a Bastian, cubierto con una manta y con la cabeza a un lado. Estaba dormido. Sabía que la había estado esperando y ella lo esperaba hacía aún más tiempo porque volver a tenerlo sin recordarlo era lo mismo que nada. Allí estaba su ángel. ¿Qué cosa no haría él por ella?

Apartó los brazos de Stefano, que la miró sorprendido, volviendo a cruzar la pierna se sentó de lado sobre el caballo y se impulsó hacia adelante. Cayó sobre la arena sin darse un golpe, con seguridad en sus piernas, recordando el entrenamiento que había tenido justo en ese lugar. Corrió rápidamente los pocos metros que la separaban de Bastian. Respiró hondo y apoyó una mano sobre la baranda de madera para subir los escalones. Se paró frente a él, que estaba profundamente dormido, y se inclinó hacia abajo. Le sostuvo el rostro con sus dos manos y acercó la cara. Sus labios se encontraron como imanes y sintió su pecho estallar. Reconocía en el corazón, la mente y el alma, en cada parte del cuerpo, que quería tenerlo cerca.

—Bastian...

\*\*\*

—¿Amelie? —preguntó él un tanto confundido. Luego de la pérdida de

memoria, ella nunca lo había besado y tampoco mirado de esa forma. También pensó que ella no era real por un segundo, pero sus ojos eran espejos del alma, que por fin lo reflejaban. Ella asintió, apretándole una mano le dio a entender que finalmente se encontraban de verdad. No como aquella vez, cuando Bastian había vuelto del Inframundo y su beso le fue indiferente. Ahora se volvían a reunir: ella lo reconocía.

El muchacho la tomó de una mano y atrayéndola hacia su cuerpo, que irradiaba calor, hizo que ella se sentara sobre su regazo, y la abrazó contra su pecho fuertemente. Aprisionándola allí, hizo un escudo para ella, para que nunca se la llevaran y se quedara siempre escuchando los latidos de su corazón sobre el arrullo del mar. Con dos dedos levantó su rostro desde la barbilla y la observó como quien mira a una gema brillante.

—Eres tú... Te busqué en el infierno. Me hice fuerte para mostrarte que puedo sola también. Y no quiero que nunca, nunca más me dejes cuando las cosas se pongan feas, y yo tampoco lo haré. Logré comprender que tú y yo siempre vamos a encontrarnos en todos los mundos que existan, pero debemos dejar de hacerlo. Tenemos que dejar de perdernos antes.

Bastian la escuchó y la miró como embelesado. ¿Quién era esa mujer que hablaba de esa forma? Sonrió, acarició sus mejillas con sus dedos pulgares y la acercó a él para besarla apasionadamente. Fue un beso hecho de amor, semanas de extrañarse, perderse y volverse a encontrar. Si hubiera podido tener el poder de controlar el tiempo y haberlo detenido justo en ese instante, no hubiera dudado. Se hubiera quedado besando sus labios húmedos por siempre.

Y de repente un rayo de luz violeta cayó sobre la arena y entre chispas de colores más una explosión de arena mojada apareció la Guardia Divina.

Sus labios se separaron y Amelie giró su cabeza para mirar hacia la playa. La mano de Bastian se instaló en su cintura y disfrutó de la caricia del cabello rojo sobre su rostro.

—¡Qué precisión para arruinar este momento! Espera, ¿y aquellos dos

quiénes son? —preguntó el muchacho cuando por fin pudo prestar atención a los acompañantes de Amelie. Finalmente, la realidad volvía para que dejara de lado su alegría.

—Son Ada y Stefano. Son brujos como yo —respondió Amelie de manera natural. Se había quedado concentrada viendo la aparición de los tres ángeles y los había recordado de repente.

—¿Qué dijiste? Amelie... —cuestionó Bastian girando a la muchacha para que volviera a verlo y, tomando sus brazos con sus fuertes manos, la movió un poco para sacarla del ensueño en el que parecía estar. La Guardia Divina, con sus apariciones, solía provocar ese tipo de cosas.

—¿Sobre qué? ¿Qué dije acerca de qué?

—Que son brujos como tú. ¡¿De dónde sacaste eso?! No eres una bruja.

Y, aunque no quisiera reconocerlo, el rostro de Aaron se le vino a la mente en flashes de luz oscura, sus silencios y sonrisas, que decían más de lo que dejaban ver. El poema que Gael había recitado sobre abrir portales al Inframundo con la sangre adecuada.

—Me lo dijeron ellos, lo vi en mi mente, soy hija de Aaron. Por alguna loca y retorcida razón, soy una especie de bruja con sangre demoníaca. ¡Y a mí que me gustaba tanto *Sabrina, la bruja adolescente!* —comentó sonriente, pero a Bastian no le pareció gracioso en absoluto y ella suspiró—. Perdón, eso no fue divertido. Puedes preguntarles a ellos cuando sepamos qué hace la Guardia Divina aquí.

Aunque Bastian hubiera querido ponerse a pensar un poco más sobre lo que Amelie le dijo y tratar de entender de dónde salía todo eso, en ese momento no tenían tiempo. Había cierta tensión en la playa y unos pocos metros separaban a los ángeles de los brujos a caballo. Las miradas sacaban chispas, sobre todo la de Lana, quien con gracia y una agilidad increíble ya tenía los dedos enredados en el puño de su espada y Bastian bien sabía que podía hacerla volar por el aire sin que nadie se diera cuenta.

El muchacho de cabellos oscuros tomó la mano de Amelie fuertemente

como si se le fuera a escapar como agua entre los dedos y caminó hacia donde estaban los demás.

—¿Qué los hizo venir justo ahora? Llegaron tarde —arremetió el chico de ojos verdes con la mirada fija en los ángeles—. Los estuve llamando por horas, Amelie ya apareció, gracias a ellos, supongo.

—¿Y ustedes ahora se rodean de demonios? ¿Qué pasa aquí? —cuestionó Lana, a punto de desenvainar su espada cuando la mujer, que luego todos —menos Amelie, que ya la conocía— supieron que se llamaba Ada, lanzó una carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—Les molesta no saber qué somos, por eso piensan que, si nos matan, tal vez cometerían un error porque saben que no somos demonios —dijo Stefano en tono burlón y Gael lo apuntó con su ancha espada—. Y no te estoy leyendo la mente, así que puedes quedarte tranquilo. Solo sabemos cómo piensa un ángel.

—Hechiceros. El domo protector reveló la presencia de algo oscuro, pero no son demonios, sentiríamos su esencia al estar al descubierto frente a nosotros. Son brujos... —explicó Mina.

—Muy buena deducción. Una que es inteligente —dijo Ada—. Al igual que la protegida de Bastian. Es una bruja que ya recuerda todo gracias a mí. Su bloqueo mental estaba relacionado con el hecho de que Aaron le había dicho que era su padre. Fin de todas sus dudas.

—¡No puede ser! —exclamó Mina bastante sorprendida.

—Sí, puede ser. Ocurre cuando Dios destierra a un ángel, que se convierte en demonio y cae a la Tierra. Deberían mantenerlos en celdas en el Paraíso. Serían más fáciles de controlar si lo piensan —comentó Ada bajando del caballo. Su largo vestido negro tocó la arena—. Pero nosotros no vamos a pelear contra los ángeles. Una batalla se acerca y esta vez hemos decidido participar. Vamos a ayudarlos.

—No me hagas reír —dijo Lana tajante. La verdad, no era sorpresa una reacción así por parte de ella—. Tenemos un enorme ejército de ángeles



guerreros muy entrenados para la guerra. Ustedes no podrían sumarle nada. Gracias.

—Lana... —dijo Amelie, quien soltando la mano de Bastian se acercó a los ángeles. Su cabello rojo flotó en la brisa—. Debes perder el orgullo y aceptar la propuesta. Los conozco, no son demonios o cosas malas, son personas con ciertos poderes, como yo. Aunque tenga solo la capacidad de ver seres de luz y sombras por ahora. Ellos saben cómo son los demonios, podrían ser de gran ayuda. Yo sé cómo son y déjame decirte que una legión de malignos puede ser devastadora. No vendría mal un poco de ayuda.

Bastian la observó hablar, había seriedad en sus ojos y estaba abrazando su propio cuerpo. Se veía hermosa bajo el sol de la playa y tan... madura. Eso era, haberse enredado en aquel mundo la había hecho crecer enormemente.

—Permíteme decirte, Amelie, que esta no será tu guerra. Te agradecemos por haber irrumpido en el Inframundo, pero tus servicios ya no son requeridos —dijo Lana, casi fulminándola con la mirada. Bastian bien sabía que no le gustaba ser desautorizada frente a otros.

—¡Ay, Lana! ¡Por favor! Hace rato dejé de comprarte tu papel de chica ruda, en serio. Hace unos meses te lo creí, ahora no —comentó Amelie sonriendo y la otra mujer puso los ojos en blanco—. Y te equivocas con eso de que no es mi guerra, la ha sido desde el principio. Llevo la sangre de Aaron, quién engañó a mi madre y nos hizo creer una historia falsa, se metió en mi vida en cada ocasión que pudo. Yo voy a ponerle fin a esto y nadie me va a tener escondida en ningún lado. Estaré en la primera línea del ejército cuando se desate la batalla.

Los dos brujos la miraron sonrientes y Bastian se quedó todavía más sorprendido. La idea no le gustaba del todo. Sabía que lo había rescatado del Inframundo y tenía que preguntarle cómo lo había hecho, pero el desenlace de una batalla milenaria era algo sumamente diferente.

—Amelie, con todo el respeto y el aprecio que te tengo, tu paso por el Inframundo fue una mezcla de suerte y tu preparación. Esta vez, todo el mal

va a estar junto y no es lo mismo —comentó Mina con su dulce voz.

—No importa, voy a entrenar otra vez y aprenderé magia con Ada —dijo mirando a la bruja, que sonrió complacida y asintió—. Así solo pueda hacer flotar piedras, lo voy a intentar. Por alguna razón, siento que todo lo que viví, todo lo que me ha ocurrido termina en esto. Este es mi papel y de nadie necesito el permiso para decidir si lo cumplo o no.

—Así se habla. Y nosotros estaremos allí para apoyarte, preciosa —dijo Stefano con seguridad mientras Ada volvía a montar su caballo—. Y tampoco estamos pidiendo permiso, solo informando que seremos parte de la guerra.

—¿Preciosa? ¿Qué le pasa a este? —dijo Bastian dando un paso, pero la mano de su novia lo detuvo.

—Nos vemos pronto, Amelie, cuando estés lista solo envía un cuervo... —dijo Ada y guiaron los caballos otra vez por donde habían llegado, para perderse a todo galope en la lejana espesura del bosque.

Lana resopló y, poniendo sus manos en su cintura, dejó los brazos en jarra.

—¿Y cómo llegamos a este punto?

—Gracias a Dios... —dijo Bastian y todos lo miraron sin entender su frase—. Él tiene que ver con todo esto. Sus manejos, los hilos que mueve, todo lo que sabe, las cosas que no dice, pero Aaron sabía. Cuando fui al Inframundo, Aaron sabía lo de Amelie, obviamente, pero también supo que yo no había dejado de ser ángel.

—¿Qué? Bastian... tú... —exclamó Amelie con los ojos como platos y el chico entendió el porqué de esa reacción.

—Olvida las reglas rotas y el pecado, sí, te acostaste con un ángel, Amy —comentó con una sonrisa pícaro y le guiñó un ojo para volver a ponerse serio—. Aunque tú debes aclararme por qué ese tipo te dijo preciosa. ¿Qué pasó cuando estuviste con ellos?

—No seas tonto, Bas. Incluso con la terrible pérdida de memoria, de alguna manera buscaba encontrarte. Si le vas a dar relevancia a lo que dijo Stefano

es que no confías en mí —dijo sacándole la lengua y los dos se rieron—. Y por fin te olvidaste de tus códigos secretos.

—Es que todo eso ya no importa. Recuerdo nuestras primeras semanas juntos, la charla sobre romper reglas en mi auto bajo la lluvia torrencial a la salida del colegio, la forma en que aquello torturó nuestra relación desde un principio, todo eso ya es historia. No importa porque los que crearon las reglas las usan a su antojo, las modifican, las rompen y las vuelven a crear.

—Hermano... —dijo Gael con cautela—. Así empezaron a hablar los caídos.

Bastian lanzó una carcajada y sacudió la cabeza, mirando con amabilidad al ángel rubio.

—No tengas miedo. No me he vuelto oscuro ni nada de eso. Y será la última vez que use este poder. Lo haré para terminar esta batalla, sea cual sea el resultado. Si debo morir, quiero que sea como un hombre y, si tengo que seguir viviendo, quiero que sea sin alas. Realmente, luché por ese derecho, pero Él no me lo dio en verdad. Díganle que lucharé su batalla para poder conseguir mi humanidad. Me gustaría decírselo en persona, pero no me permitió la entrada a Mikah, los guardianes me dejaron en el limbo cada vez que quise entrar —dijo convencido, mirando a los tres ángeles a los ojos y luego suavizó sus facciones para ver a Amelie—. Y, si no les molesta, necesito estar a solas con ella.

Amelie le sonrió sonrojándose un poco y se acercó para tomar su mano y entrelazar los dedos con los de él. Era increíble cómo ese simple acto, cuando no se tiene por mucho tiempo y se vuelve a recuperar, puede ser el gesto más hermoso de todos.

En un estallido de luz blanca los ángeles desaparecieron de la faz de la Tierra y los dejaron solos con el inmenso mar frente a ellos y todas las cosas que debían contarse.

## 7. En casa

De la mano caminaron hasta la hamaca en la galería y Bastian sentó a Amelie sobre su regazo otra vez y la abrazó fuerte por la cintura hundiendo su cara en su cabello rojo. Aquello hizo que se estremeciera. Tomó la manta que había quedado toda revuelta y los cubrió con ella.

—Te extrañé, Bas. Sufrí mucho cuando te fuiste y una vez que pude salvarte ya no pude recordarte. Ha sido todo tan complicado siempre. —La chica suspiró con lágrimas que comenzaron a llenarle los ojos y él la miró al rostro. Sus dedos acariciaron su mejilla, y se quedaron viendo por un largo rato hasta que Bastian limpió una lágrima con su dedo.

—Lo siento mucho. Todo: el haberte dejado pensando que podía solucionarlo por mí mismo y el hecho de que Aaron haya elegido a tu mamá para sus planes. Por eso creo que me encomendaron tu cuidado en un principio —comentó trazando los labios rosados de Amelie con un dedo y ella aprovechó para besar la yema de su dedo con suma dulzura.

—No tienes la culpa, al fin de cuentas. Creo que vamos a tener una historia muy interesante para contarle a nuestros nietos algún día. Sea como sea que termine todo esto —comentó ella y ambos sonrieron sin dejar de mirarse.

—Estás diferente —comentó él recorriendo sus brazos bajo la manta y acariciándolos. Las manos de Amelie se fueron a su duro pecho y lo tocaron como si necesitara comprobar que esa vez era real, que lo tenía frente a ella por fin.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno. Yo siempre vi todo lo bueno que había en ti —respondió él y la observó con detenimiento—. ¿Qué te hicieron mis hermanos? No recuerdo mucho del Inframundo porque no era yo en ese momento, pero sí sé que tú me salvaste.

—Ellos me enseñaron a luchar, a usar una espada y atacar, a defenderme. Estuviste más de un mes allí abajo y no hubo momento en el que no dejara de entrenar para poder salvarte. Por la noche me dolía tanto el cuerpo que solo una ducha caliente me calmaba, pero lo hacía por ti.

—Y te salió bien. Perfecto, diría yo —comentó Bastian besando la nariz de la chica—. ¿Mataste algún demonio ahí abajo? ¿Te costó llegar?

—A dos, esos guardias de la entrada, luego fui bastante sigilosa y en el palacio escuché a otros dos hablar sobre ti. No dijeron tu nombre, pero supe que se referían a ti, así que fui por donde habían venido y te encontré. Lo peor fue lo de Aaron...

—Lo sé. El muy desgraciado sabía todo. Sabía que yo era un ángel, que Dios me hizo creer que ya no lo era la vez que fuimos al cerro. Y sabía de tu origen, por supuesto. No quise creerlo cuando me lo dio a entender. Es como si hubiera estado esperando el momento.

—No hablemos más de eso. No quiero más oscuridad en este momento. Estás aquí y yo también. Eso es lo que me importa —dijo sonriendo ampliamente y relamió sus labios frente a su atenta mirada.

Y él ya no pudo contenerse porque sus labios se estrellaron y Amelie, dejando que la manta cayera al suelo, se acomodó en su regazo. Las manos del chico apretaron su cintura con seguridad y se dirigieron a su trasero. Sus cabellos rojos volaron en la brisa y en sus brazos fuertes, dejando la puerta delantera abierta sin preocuparse por eso, la acarrió hasta el *living*. Entre risas y besos, cuando la ropa había desaparecido por completo, por primera vez en mucho tiempo se sintieron ellos mismos otra vez y estuvieron en casa.

\*\*\*

—Grim, ¿en cuánto tiempo crees que estemos listos si trabajamos a toda máquina? Pensé que el fuego del infierno tendría el material listo antes — cuestionó Aaron luego de caminar con las manos juntas tras la espalda y sus dedos entrelazados. Estaba recorriendo un gran campo subterráneo donde el calor de los pozos llenos de fuego y azufre lo azotaba todo. El ruido del metal que chocaba contra la piedra y el trabajo de los demonios herreros ponían la música. El maligno se detuvo cerca del comandante, que vestía una armadura de plata sobre su gran torso. Era un hombre alto de pelo blanco y espalda cuadrada. Llevaba en su mano un látigo hecho de púas de hierro negro y dos cuernos torcidos sobre los hombros.

—A lo sumo dos semanas, mi señor —respondió haciendo una reverencia con la cabeza. Ambos estaban parados en una especie de risco, que permitía ver debajo el movimiento de los trabajadores que armarían a los ejércitos del mal.

—Muy bien, creo que es hora de mandarle a Dios un mensaje. Varika será capaz de hacerlo —dijo esbozando la sonrisa de esos que se traen horribles planes entre manos—. Es en la que más confío de todas.

Con un simple estallido de humo negro, Aaron desapareció del lugar y se encontró en un largo corredor de columnas de oro. Había puertas a cada costado, que eran entradas a las habitaciones de sus demonios más leales y de alto rango. Tocó dos veces a la puerta junto al balcón y esta se abrió inmediatamente. Observó a la mujer que, recostada en su diván de patas retorcidas, devolvía su mano al estómago pues antes la había movido en el aire para abrir la puerta. De todo el Inframundo era una de los pocos demonios, sino la única, que no se molestaba en hacerle reverencia o tenerle miedo.

—Varika... —susurró Aaron, flotando hasta la muchacha de cabellos púrpura y ondulados que lo miraba con una sonrisa enorme. Con gracia se

puso sobre ella y, acomodando el pelo a los costados de su blanco rostro, observó aquellas pupilas tan llenas de negro sin ningún tinte de claridad. Sus labios le acariciaron la mejilla despacio y sus manos apretaron la cintura de ella.

—¿Qué vienes a pedirme? Nunca me tratas así a menos que necesites algo —dijo ella con una voz calma y profunda, poniendo las manos en el pecho del hombre, marcándole un límite como si disfrutara de desafiarlo.

—Mentirosa —replicó él y con su índice trazó los carnosos labios de Varika, quien derribó las barreras entre ellos mordiéndoselo de modo juguetón suavemente—. Tú sabes que no es así. ¿No eres acaso a quien más protejo en todo mi reino? —agregó haciendo que sus dedos jugaran en el comienzo del pecho de la muchacha y trazaran una línea recta hasta llegar a su estómago. Ayudaba mucho que su vestido tuviera un gran escote.

—Me tenías abandonada con todo eso del ángel que se entregó por la humana y su transformación —dijo haciendo pucheros y mirando hacia un lado, haciéndose la ofendida.

—¿Estabas celosa de Bastian? —preguntó Aaron entretenido y levantó su mentón para que ella volviera a mirarlo—. Justamente por eso vengo.

—¿A seguir hablando de él? —preguntó ella sin temor a mostrarse molesta.

—No, ese ya no me importa. Nos encargaremos de él llegado el momento. Necesito que te metas en el Paraíso y elimines a los dos guardianes del portal, así tendremos libre acceso para hacer pasar nuestro ejército o a una parte de él.

Varika alzó sus cejas púrpuras, bastante sorprendida ante aquello, y amagó a sentarse en el rojo diván, entonces Aaron se movió para dejarle lugar y, sentándose junto a ella, tomó sus manos entre las suyas.

—Estás loco, Aaron. Vas a lograr que masacren a tu ejército, eso si no me matan a mí primero —respondió tajante y se soltó de sus manos para ponerse de pie—. ¿Crees que si tengo éxito van a quedarse tranquilos?

Varika caminó por la gran sala mientras su vestido blanco con apliques de

hilos plateados acariciaba la roca negra y fría en el piso. Estaba descalza y su cabello largo y púrpura le llegaba casi a la cintura. Se sostuvo de una baranda junto al gran ventanal sin cristales que formaba un arco y miró el cielo rojo de aquel pequeño infierno. Tres enormes criaturas con alas como dragones y colas en puntas afiladas sobrevolaban un volcán.

Giró sobre sus pies y mantuvo sus manos detrás de ella, aferrada a la baranda, y miró al hombre.

—¿Qué hay en juego para mí si lo logramos? No deseo perder mi vida de lujos por algo arriesgado si no voy a ganar nada al final.

—Tú ocuparás el trono junto al mío y ambos gobernaremos los mundos celestiales, demoníacos y terrenales. Dos líderes solamente para tres mundos. Te convertiré en una reina, la más bella e importante de todas, y nuestra oscuridad lo cubrirá todo. Como la sangre lo hace cuando abandona la herida.

Ella sonrió complacida dejándose convencer por sus venenosas palabras y caminó hasta él, quien quitó los breteles de sus hombros y dejó caer el vestido al suelo. Desnudó su cuerpo ante Aaron y se amaron de la forma en que los demonios lo hacen: con pasión, rabia y fuego.

\*\*\*

Por la mañana unos rayos tibios de sol lograron atravesar la ventana y, acariciando su rostro, lo hicieron sentir cálido. Amelie se despertó sonriente al principio, envuelta en sedosas sábanas negras, pero luego perdió toda felicidad al no encontrar a Bastian junto a ella en la cama.

—No, no. ¡Otra vez no! —dijo desesperada y con las sábanas como vestido atravesó el pasillo, donde la impactó el olor a tostadas y café. Vio por un segundo la musculosa y desnuda espalda de Bastian, quien giró su cuerpo y la miró sorprendido—. ¡Bastian!

—Nena... ¿por qué gritabas? Casi arrojé el café —dijo él dejando las tazas sobre la mesa y atrapó a Amelie, que saltó a sus brazos. Él todavía no se



había vestido, solo llevaba puestos unos *boxers* negros. Sus manos se cerraron con fuerza detrás de la espalda de ella.

—No gritaba...

—Sí, lo hacías. ¿Pesadillas?

—No... —dijo mordiéndose el labio y miró hacia los ojos verdes del chico, un tanto avergonzada—. No te encontré en la cama cuando desperté y pensé que...

—No lo digas. —Puso un dedo sobre sus labios para que no dijera las palabras y, levantándola en sus brazos, la apretó fuerte contra él.

—¿Me puedes abrazar todo el día así? —preguntó ella sonriente y le llenó el rostro de besitos mientras se reía.

—Por mí lo haría toda la vida, pero creo que Nadia y Alexis se sentirían incómodos de saber que estoy abrazando a mi casi desnuda novia —respondió él besando su nariz con ternura.

—¿Qué? ¿Vienen hacia aquí?

—Llegarán en un momento y tienen muchas ganas de verte. Anoche estuvieron aquí un rato, pero luego Alexis convenció a Nadia de dormir en su casa.

Rápidamente, se apartó de Bastian y corrió hasta su habitación tratando de no pisar las sábanas que la envolvían y caer al suelo.

El desayuno fue de los más ameno y romántico. No pudieron quitarse los ojos de encima en ningún momento y las sonrisas enormes no se fueron de sus rostros, se habían quedado allí pintadas deseando vivir por siempre.

\*\*\*

—¡Amelie! —exclamaron a dúo Nadia y Alexis al verla abrir la puerta y cuatro brazos se enredaron alrededor de ella. El chico rubio le besó la cabeza y su amiga la apretó fuerte como sabía, lo que la hizo sentir en casa. ¡Con qué facilidad se olvidaban esos hermosos gestos tan simples, pero tan

gratificantes! Volver a tener aquellos abrazos y ese afecto la llenó de felicidad.

—¡Chicos! Me están aplastando... —susurró y, sonriendo ampliamente, entrelazó sus dedos con los de Nadia y miró a Alexis—. ¡Diablos! ¡Sí que los extrañé mucho!

—Eh... ¿puedes maldecir habiendo un ángel presente? —cuestionó la rubia, observando a Bastian, que estaba recostado contra la pared junto a la ventana delantera mirando la escena.

—No va a dejar de hacerlo, ya lo intenté —bromeó Bastian y se sentó en uno de los sillones.

—¿¿Qué?! ¿Ellos saben lo que eres? —preguntó Amelie completamente incrédula y sin dar crédito a lo que acaba de escuchar.

—Bastian nos contó. No, me corrijo... —comentó Alexis, quien sentándose en el otro sillón dejó el sofá para las chicas—. Lo vimos. El espectáculo de él, que apareció en una explosión de humo, sus alas y todo eso. Mierda, nunca pensé que me escucharía diciendo algo así y, peor aún, que lo vería y lo creería.

—¡Bastian! —exclamó Amelie tal vez un tanto molesta—. Podrías haber esperado un poco. ¿Saben lo difícil que fue para mí callar semejante secreto todo este tiempo? Y ustedes saben que los secretos y sorpresas no son mi fuerte.

Los demás se rieron mirando a Amelie, que relajó su rostro y se unió a ellos.

—¿Y qué se siente vivir en pecado? —preguntó Nadia como al pasar jugando con sus uñas. Amelie y Bastian tragaron fuerte, y aquella reacción sacó una carcajada a la rubia—. ¡Estoy bromeando! Realmente, me parece genial todo esto. Quisiera saber cómo serán sus bebés...

—¡No! —exclamó Bastian con voz alta y haciendo un gesto con su mano para que Nadia se detuviera—. Lo siento, no quise ser tan dramático, pero, por favor, no bromees con eso.

Amelie se puso tensa por dos razones. La primera tenía que ver con que nunca había pensado en tener hijos con Bastian porque se consideraba demasiado joven todavía y la segunda razón era el repentino comportamiento de su novio.

—Perdón. Es que no iba a bromear con eso, solo me intriga, ¿es incluso posible para un ángel ser padre?

—Es posible... —dijo Amelie recordando un viejo relato que creyó olvidado y se dio cuenta de que el tiempo volaba—. Se llaman néfilims esos bebés producto de ángeles y humanos. Pero pueden estar tranquilos que eso es algo que ni siquiera tengo en planes. Resolvamos una cosa a la vez. ¿Bastian? ¿Les dijiste del peligro que se avecina?

—Eso quería que lo hiciéramos juntos y planifiquemos algo. Te tuve en cuenta, amor —dijo él sonriente y guiñándole un ojo y ella, como no hacía en mucho tiempo, se sonrojó, pero sopló un beso con sus labios en su dirección.

—¡Dios! Dejen eso para cuando estén solos, ¿sí? —dijo Alexis, poniendo los ojos en blanco—. Me interesa más lo del peligro inminente.

—¡Ay, por favor, Alexis! Yo tuve que aguantar los últimos años de secundaria viendo a Nadia limpiarte la salsa de tomate de la pizza de tus labios, besarte, jugar con tu pelo y no sé cuántas otras cosas —replicó Amelie sonriente y luego se puso seria para que Bastian pudiera explicar.

—Chicos, yo realmente creo que a esta altura nada debería parecerles una locura, pero pronto se desatará una guerra... —comentó Bastian entrelazando los dedos e inclinándose hacia adelante, mirando a sus amigos a los ojos.

—¿Guerra en plan terrorista o mística? —preguntó Nadia subiendo los pies al sofá y abrazando sus piernas.

—Una batalla entre ángeles y demonios. Algo que por milenios viene preparándose y finalmente va a hacer explosión y tiene que ver con todo lo que ha pasado con Amy y conmigo. Digamos que fuimos la gota que rebasó el vaso —explicó el chico de ojos verdes y agregó una sonrisa un poco fuera de lugar teniendo en cuenta el mensaje que estaba dando.

—¿Y a qué viene esa sonrisa de maniático, hermano? —cuestionó Alexis mirándolo un tanto sorprendido—. La verdad es que no sé si salir corriendo en este preciso momento y tú te sonríes con las noticias.

—Lo siento, es que recordaba cosas —se excusó encogiéndose de hombros y observando a Amelie con una mirada fija y verde. Ella entendió que se acordaba de todo lo que habían vivido juntos hasta convertirse en esa gota que había colmado la copa.

—Lo que queremos decir es que vamos a tener que escondernos. Todavía no decidimos dónde, pero tenemos que escaparnos de aquí. Clara, Héctor y tu papá, Alexis, tienen que venir con nosotros —dijo Amelie y, pensando por un segundo, exhaló—. Aunque no sé cómo vamos a convencerlos de todo esto.

El padre de Alexis, Bruno, había mejorado bastante de salud y había vuelto a trabajar en el taller con su hijo. ¿Cómo contarles aquel gran secreto sin que los tomaran por locos?

—Simple. Como Bastian nos convenció a nosotros. Que muestre sus alas, vuele o haga algo sorprendente. Ante la prueba supongo que tendrán que creer —propuso Nadia de lo más natural y el gesto del ángel no mostraba demasiada convicción.

—No sé, ya han sido muchas personas a las que les he revelado mi naturaleza. ¿Qué sucede si eso trae complicaciones?

—¡Bastian! —reprochó Amelie, mirándolo fijamente—. A esta altura ya no importan las benditas reglas. Miles de veces te he dicho que ver para creer. Los humanos no van a creerte si no pueden comprobarlo.

—De acuerdo con Amelie —asintió Alexis—. Sería como creer en las brujas y en el dicho de que las hay...

Bastian abrió los ojos más de lo normal por un segundo y el silencio que se había creado se interrumpió por una estridente carcajada que dejó a los demás perplejos. El chico se rió un segundo más y miró a su novia cubriéndose la boca con la mano.

—Creo que vas a tener que contarles algo a tus amigos.

—¿Amy? ¿Estás embarazada? —preguntó Nadia girando su cuerpo para mirarla.

—¿¿Qué?! No, ¿cómo sacas esa conclusión con lo que ya se ha dicho? ¡Dios!

—Es que la otra opción sería pensar que eres una bruja... —agregó Nadia mirando a Bastian, luego a su amiga y así de manera interminable sin que nadie le aclarara el panorama—. ¿Bien? ¿Por qué tanta seriedad? Hablen de una vez.

—¡Felicidades! Adivinaste, pueden regalarme un gato negro para Halloween —dijo Amy aplaudiendo y esbozando una sonrisa falsa que se desvaneció al instante. Se puso de pie para apresurarse a ir a su habitación. No le había gustado la carcajada de Bastian tampoco, para ella no era una broma. Un demonio había usado a su madre, les había hecho crear y creer una historia que en un segundo se hizo pedazos con el accidente. Y tal vez muy en el fondo de su corazón y mente le parecía más noble revelar que era un ángel, un ser claro, y no una bruja. Pensar en la palabra, en las películas que había visto, la hizo reírse contra la almohada, pero fue una risa que incrementó para terminar en llanto. Hacía pocos días había vuelto a ser ella otra vez y recién ahora cada pieza caía en su lugar. Lloró por su familia perdida, por su inocencia interrumpida y por las mariposas azules que se alejaban llevándose sus fantasías de niña. También derramó lágrimas por la Amelie que correteaba con su hermana para hacerle cosquillas o se molestaba en el transporte escolar. Lloró por todo lo que había tenido que vivir y por lo que aún quedaba por delante. Lloró por ella, porque había sido débil y ahora era fuerte y eso sí la hacía orgullosa, había crecido en un mundo de luces y sombras. Simplemente lloró para sacar afuera todo lo que le molestaba y no volvería a hacerlo jamás.

\*\*\*

—¡Qué idiota! —dijo Bastian y suspirando fuerte se echó hacia atrás en el sillón—. Y ni se te ocurra ir al cuarto, Nadia. Puedo bloquearte el paso en tan solo un segundo.

—¿Puedes decirme entonces qué demonios acaba de pasar? Porque no lo entiendo sinceramente —cuestionó ella sin máscara, nada de bondad o cordialidad en su rostro. Estaba seria y quería respuestas. Alexis solo se limitó a morder su labio inferior bastante nervioso.

—Hay un demonio líder, Aaron. Él y Dios. No sé cómo decirlo... —dijo Bastian pateando un almohadón que había en el suelo—. Hay ángeles caídos que se dedicaron a procrear hijos con humanas. Las seducen y engañan para fecundarlas, y luego les inventan una vida a través de la sugestión y los sueños, y quienes están alrededor de esas mujeres creen esa historia.

—Aaron hace esas cosas... —dijo Alexis y Bastian asintió.

—Sí. Esos niños nacen con capacidades especiales, dones para la hechicería. Y Aaron hizo eso con la madre de Amelie. Ella se enteró en el Inframundo y por eso su mente se bloqueó, hasta que un grupo de brujos en el bosque destrabaron sus recuerdos. La Guardia Divina no pudo, ahora entiendo por qué la bruja Ada pudo hacerlo, Amelie es de su misma naturaleza.

—¿Nunca fue hija de Darío? —preguntó Nadia con un labio que temblaba levemente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero su cara de horror era aún más impactante.

—No, nunca. Solo de su madre es hija de sangre. Es por eso que ella siempre pudo verme incluso cuando me cubría para que los humanos no lo hicieran, ella siempre atravesaba la niebla porque las brujas tienen esa capacidad.

Sin esperar órdenes Nadia se puso de pie, caminó hasta la habitación y cerró la puerta tras su espalda.

—No se te ocurra detenerla —comentó Alexis y se paró para caminar un poco con las manos en la cintura, como si estuviera pensando—. Amelie es

una hermana para nosotros. Es correcto que Nadia haga lo que sienta y esté ahí con ella.

—Lo sé, por eso ni siquiera hice el intento. Hubiera preferido siempre que se quedara en el mundo de ustedes y no en el mío. Aunque eso me hiciera trizas.

—No digas esas cosas. Si pasó así es porque tenía que ser. Lo vamos a superar juntos. ¿Vas a enseñarme a pelear o qué? Porque yo no me voy a quedar como un tonto viendo cómo todo pasa. ¡Vamos! —cuestionó el rubio con una sonrisa pícaro en los labios. Tal vez lo hacía para sacarlo de su estado y lo había conseguido.

—No me vendría mal descargar un poco de tensión. Ven, vamos afuera.

Los dos salieron de la casa y dejaron a las amigas charlar en la cama. Sobre la arena, aquel día soleado, Bastian y Alexis, usando ramas secas a modo de espadas, se divertieron luchando como si fueran niños que imitaban a sus héroes preferidos.

## 8. Grietas en el cristal

La mano de Nadia acarició el cabello rojo de su amiga. Se quedaron en silencio un buen rato luego de conversar y de que Amelie volviera a contarle lo que antes les había dicho Bastian, pero con más detalle, con todo lo que le había pasado en el Bosque Oscuro.

Nadia se quedó en silencio sin saber qué decir. Muchas veces las palabras sobraban y era más importante un silencio que frases vacías y viniendo de ella, que siempre tenía algo que decir, el que se quedara callada significaba bastante. Pero a veces el silencio era tan grande que era necesario romperlo. Entonces esa vez fue Amelie la que decidió hablar.

—Perdón por haber estallado así, no ha sido fácil para mí, Nadia. Yo no creo que puedas imaginarte todo esto sin haberlo experimentado —dijo ella aún con la cabeza sobre la almohada y limpiándose el rostro con las manos. Muchas lágrimas habían bañado sus mejillas minutos atrás.

—Creo que has tenido toda la razón del mundo para estallar. Y la verdad es que la muerte de tu familia para nosotros fue solo la punta del iceberg. No sabíamos que detrás de todo aquello había más cosas terribles.

—¿Recuerdas la vez que reaccioné como una idiota cuando fuimos a los muelles y mencionaba a Zaira? Parecía loca ese día y te enojaste conmigo —dijo ella, sentándose sobre la cama finalmente, hombro a hombro con su amiga, su hermana.

—Sí... lo recuerdo. ¿Qué fue eso en verdad? Me descolocaste aquella vez.



—Me pareció ver a Zaira, pero no sabes que ella era en verdad un demonio que estuvo acosándome por meses. Bastian la mató antes de ese incidente en el puerto. No te asustes. Se convirtió en humo negro y él la atrapó en una esfera de cristal y la envió al Paraíso. Supongo que tienen alguna especie de prisión para ellos.

—Juro que, si Bastian no nos hubiera mostrado quién es, realmente pensaría que estás loca. Pero ahora estamos todos locos, así que no te sientas mal —bromeó Nadia y eso hizo sonreír a Amelie genuinamente—. Vamos a ver qué hacen los chicos, ¿quieres?

—Sí, vamos.

Las dos salieron de la casa y se quedaron mirando la escena desde el porche con sus manos sobre la barandilla de madera mientras sus cabellos flotaban en la brisa de Playa Calma. Bastian y Alexis estaban jugando con unos palos de madera que utilizaban como si fueran espadas y el ángel siempre ganaba con sus movimientos haciendo que el otro se cayera en la arena. El rubio, cansado de aquello, arrojó el palo a lo lejos, se lanzó sobre Bastian y enredó su cintura con los brazos para hacerlo caer. No pudo moverlo ni un centímetro de su lugar por más que lo intentó. Bastian se quitó la camiseta y sus alas se extendieron tras su espalda, apretó a Alexis contra su pecho y abrazó el torso de su amigo. Golpeando los talones contra el suelo, se elevó a toda velocidad en espirales escuchando los gritos de terror de Alexis mientras él reía a carcajadas y Nadia corría por la playa como si pudiera rescatarlo. Amelie no pudo evitar reírse y siguió a su amiga para tranquilizarla porque había comenzado a dar saltitos tratando de tomar a Bastian por el pie como si eso fuera posible.

—¡No le va a hacer nada! Te lo dice alguien que ha viajado mucho de esa manera —dijo Amelie lanzando una risilla y poniendo su mano sobre la frente para cubrirse del sol. Vio a los dos ascender y desaparecer entre las nubes.

—¡Se esfumaron, Amelie! ¿Qué pasó? —dijo Nadia tirando de la mano de

su amiga, bastante nerviosa.

—Bastian los ocultó de la vista humana, pero puedo decirte que los estoy viendo girar en el aire. Mi novio se divierte; el tuyo, no tanto por lo aferrado que está a Bastian y ahora están bajando a toda velocidad.

Una explosión de humo los reveló justo en el momento en que sus pies tocaron la playa. Alexis casi se desplomó, pero Bastian lo atrapó sosteniéndolo por la cintura con un brazo.

—¡Idiota! Se me va a salir el corazón del pecho, estoy temblando como un miedoso —susurró Alexis casi sin aire y Bastian lo abrazó y posó una mano en su espalda. Algo debió haber hecho porque aquello que el muchacho había dicho sentir se fue de repente y pudo pararse por sí solo, dejando de temblar. Era lo que hacía con ella para que se durmiera o se quedara tranquila. Recordaba esas oleadas de calor.

—Ustedes se están tocando demasiado —comentó Nadia entrecerrando los ojos y Amelie miró a Bastian de forma pícaro.

El chico de cabellos oscuros abrió los brazos moviéndose de forma lenta pero amenazadora hacia la rubia, que lo miraba confundida.

—¿Quieres un abrazo volador tú también? —preguntó él levantando una ceja y Nadia se escondió detrás de la espalda de su amiga.

—Bastian, déjalo ya. Los vas a asustar —dijo Amy, pero aquello no fue un reto ni por asomo. Le había divertido bastante verlo en aquella faceta más pícaro y que se relacionara así con sus amigos.

Luego de reproches, bromas y risas, se despidieron prometiendo verse pronto para decidir ciertos asuntos importantes cuando tuvieran más información. Aquella noche el cielo se vistió de oscuridad y la tormenta visitó Playa Calma.

\*\*\*

Varika se paró en el centro de la torre del palacio de Aaron, allí donde los

cielos eran rojos y el aire caliente se arremolinaba. Su cabello púrpura y sus labios carnosos y morados resaltaban entre tanta oscuridad. Llevaba puesto unos pantalones negros ajustados, un par de botas hasta las rodillas y un pequeño top de cordones cruzados sobre el pecho. Desde sus hombros nacía una capa blanca, que acariciaba la piedra debajo. Tenía también ornamentos dorados en sus brazos, espirales de oro, y unos cuantos anillos. Pero lo más llamativo de todo eran los símbolos antiguos y extraños que llevaba pintados en los brazos, en su frente y en cada una de sus mejillas. Representaban ojos y puertas hechos con pintura roja, o eso era lo que parecía a simple vista. No era un tinte artificial, era sangre de ángel; uno de los elementos más poderosos que los demonios podían usar a la hora de abrir portales hacia el Paraíso. Eso Aaron lo sabía muy bien y era el beneficio que tenían los caídos, saber cosas de su pasado que podían jugarle en contra a Dios.

Hubiera sido imposible que con su naturaleza demoníaca Varika pudiera atravesar la puerta, pero con los símbolos que Aaron conocía y con aquella preciada sangre lo lograrían, al menos, harían el daño suficiente. El ángel usado para aquella maldad se hallaba a unos metros de ellos, tendido sobre el suelo, y su garganta era un mar carmesí que bañaba el mosaico y manchaba sus rizos dorados. No había sido difícil encontrar a ese guardián, era nuevo e inexperto, y a Varika le había resultado de lo más placentero usar su daga en su cuello.

Aaron levantó las manos y dijo unas palabras en un idioma antiguo, uno que le había susurrado la Oscura hacía tiempo. Eso hizo que el viento rugiera en las alturas y un hueco se abriera en aquel furioso cielo de nubes gordas. Varika soltó un gemido al notar que la piel del rostro le ardía donde tenía los símbolos. Debía haber funcionado.

—El portal está abierto, querida. ¡Ve! No sé por cuánto tiempo pueda mantenerlo y me odiaría si te quedaras del otro lado —ordenó el líder de los malignos y ella miró hacia ese agujero en el firmamento. Extendió sus brazos hacia los costados y, cerrando los ojos, dejó que los tatuajes en su piel

ardieran todavía más. Y elevándose a toda velocidad, atravesó el tiempo y el espacio para llegar a su destino.

Cuando el estallido de luz se detuvo y notó suelo firme bajo sus pies, se encontró en una especie de pedestal rectangular rodeado por cuatro torres de cristal altísimas y una fuente de agua tan clara que parecía estar vacía. Dos ángeles enormes, de gruesos hombros y buena estatura, con armaduras de plata y lanzas del mismo material se giraron a verla sorprendidos.

—¡Syrian! ¿Qué...?

—¡Es un demonio, Alhik! ¡Ataca!

Varika notó en sus ojos el reconocimiento que ellos hicieron de su esencia maligna, pero no les dio tiempo de dar un paso, apuntó a cada uno de ellos con sus dos manos. Dos bolas de energía negra y centellante impactaron contra sus pecheras, que estallaron en pedazos. La tinta negra comenzó a carcomer sus cuerpos y los hizo volar a metros del lugar. No tenía tiempo para contemplar su muerte, así que tomó su daga de vidrio oscuro y a una increíble velocidad clavó el arma en cada una de las torres, lo que generó huecos. Se quedó observando la última, donde aquel material tan claro se teñía de negro y se resquebrajaba hacia arriba. La luz del lugar comenzó a disminuir y desde las alturas empezó a caer una lluvia de cristales que al llegar al suelo producía el ruido de pequeñas campanas. Pero su sonrisa ante el logro desapareció cuando vio una sombra hacerse grande para volar por sobre unas montañas. Sin interés en querer averiguar qué era aquello, aunque lo imaginaba y por primera vez en años sintió terror, pronunció unas palabras y abajo, en el Inframundo, Aaron le abrió la puerta otra vez. Desapareció entre chispas naranjas mientras las cuatro torres se derrumbaban finalmente y se hacían añicos contra el suelo, y el Paraíso se sumía en tinieblas.

## 9. Mensajeros

La noche siguiente Nadia había arreglado una cena en su casa como hace tiempo no tenían. En algún momento había sido una especie de tradición para ellos. El gran comedor se vistió de elegancia y la vajilla de plata volvió a relucir nuevamente. Habían invitado a Amelie y Bastian, estaba el padre de Alexis también, un señor que, a pesar de la enfermedad que había tenido, se veía robusto ahora. Su cabello rubio estaba rapado, sus ojos eran igual de claros que los de Alexis y sus rostros se parecían bastante.

Clara apretó a Amelie en un fuerte abrazo en el momento que ella cruzó el umbral, habían pasado meses desde que se habían visto y también sucedió lo de la pérdida de la memoria. Si bien con Héctor sabían del asunto, no habían querido entrometerse y presionar a la chica para que recordara cosas. Más bien su hija se los tenía prohibido, aunque ella misma no había podido cumplir con el mismo pedido antes.

—¡Nena! ¡Pero qué hermosa estás! ¡Te ves tan madura! —exclamó la madre de Nadia, sonriente y, tomando la mano de Amelie en alto, la hizo girar sobre sus pies. Héctor se acercó a darle un beso en la cabeza a la muchacha de cabellos rojos y estrechó la mano de Bastian.

—Y ustedes tan amorosos como siempre. Me encanta tu vestido, Clara —asintió Amy con una sonrisa enorme y genuina.

—Díganme que esto no es una cena para anunciar un casamiento o un embarazo. Tenemos cierta historia con este tipo de cena y siento que en algún

momento ese será el anuncio —comentó Héctor guiñando un ojo a Bastian y se pasó la mano por el cabello. Parecía tan joven esa noche.

—O será que Nadia y Alexis tienen algo que decir —dijo Bruno, el padre de Alexis, con una sonrisa pícaro cuando ya todos estaban a la mesa. Clara y Nadia habían hecho pasta con una salsa que olía increíblemente bien y le daba un toque de color a la comida.

—Vas a ser abuelo de trillizos, viejo. Y nos mudaremos a tu casa porque Héctor no lo acepta —bromeó su hijo junto a Nadia y todos se rieron haciendo repicar sus cubiertos.

Comieron, bebieron y charlaron. Era una noche hermosa realmente, como era costumbre. Pero eso era en el mundo de los humanos, en esa pequeña burbuja, porque el mundo demoníaco había hecho una jugada y el celestial había recibido el golpe certero y como resultado aquello afectaría tan maravillosa velada.

Mientras Bruno hablaba de sus días de adolescente, Amelie comenzó a escuchar leves golpes en el vidrio de la ventana que daba hacia la calle. Frunció el ceño y disimuladamente miró, pero no vio nada. Bebió un poco de vino sonriendo ante el entretenido relato del padre de Alexis y al rato volvió a escuchar lo mismo. Giró su cabeza para ver, notando que Bastian también lo hacía.

—¡No puede ser! Justo ahora. ¿Con qué necesidad? —murmuró Bastian y todos lo miraron confundidos. Incluso Bruno quedó con la boca abierta a medio camino del chiste que estaba por hacer.

—¿Qué pasa, hermano? —cuestionó Alexis, que estaba sentado frente a su amigo y, como los demás, parecía no entender aquella repentina reacción.

—Nada, ya vengo... Discúlpeme un segundo. Sigán con lo suyo —se excusó. Apresurándose a salir al exterior, cerró la puerta detrás de sí.

—No es nada... —dijo Amelie tratando de sonar natural y tranquila, encogiéndose de hombros—. Se preocupa demasiado por su auto, le costó mucho repararlo y vi por la ventana a unos niños pasar junto a él y seguro

piensa que se lo rayaron o algo.

Eso había sido una gran mentira porque, al igual que Bastian, ella sabía que no se trataba de niños traviosos, sino de tres grandes pares de alas negras.

\*\*\*

—*Occultum* —susurró Bastian apenas cerró la puerta detrás de su espalda y sintió el abrazo del humo negro cubrirlo por completo. La Guardia Divina estaba allí también oculta de la vista humana y, si él solo hubiera estado sin escudo, la gente que pasaba por la calle habría pensado que estaba loco y hablándole al aire, así que decidió cubrirse también—. ¿Qué sucede? ¿Qué hacen aquí? ¿Cómo me encontraron?

—¿Hola? Primero, demasiadas preguntas. Segundo, no nos subestimes. Podríamos encontrarte donde sea —dijo Lana cruzándose de brazos y fue allí por primera vez que Bastian se percató de que llevaban sus armaduras de plata. Botas, brazaletes, pecheras y guanteletes. El equipo completo.

—Las torres del Paraíso fueron destruidas y los portales están abiertos. Tenemos que irnos ahora mismo a Mikah. Sigues siendo un ángel guardián, corres peligro aquí —dijo Gael en tono serio. Por primera vez Bastian estaba viendo muchas cosas. Nunca había notado la preocupación ocupar el rostro de su compañero de forma tan clara. Mina tenía una mano cerrada como si apretara algo en ella, sobre su pecho, y lucía más preocupada aún.

—¿Qué?! Eso es imposible. ¡Díganme que eso es imposible, por favor! —dijo Bastian consternado, deseando con el alma que así fuera, pero sus amigos no bromeaban. Nunca dirían algo como eso.

—No podemos mentir, Bastian. ¿Te parece que inventaríamos algo así? Syrian y Alhik perecieron de una forma terrible. Un demonio dejó su marca en esos huecos en sus pecheras. No pude hacer nada —agregó Mina sacudiendo la cabeza levemente y Lana apretó su brazo para reconfortarla. Ella sufría demasiado si no podía usar su don para curar a alguien.

—¿Un demonio? ¡Pero si ni siquiera yo pude llegar al portal hace días cuando quise ir a discutir con Dios! ¿Cómo puede ser que un demonio haya ingresado? Su sangre no lo permitiría.

—Aaron es responsable. Mataron a uno de los nuestros en la Tierra y usaron su sangre para algún tipo de rito con el que envió a uno de los suyos —explicó Lana cruzándose de brazos otra vez—. Las torres no delataron presencia maligna. Los guardianes murieron y el demonio envenenó el portal con una daga oscura. Dios puso guerreros allí y en los demás portales. También envió a buscar a los Hermanos Orfebres para que reconstruyan las torres. Llevará su tiempo y esperamos ataques o que todo el ejército maligno se presente de un momento a otro.

—Esa es la razón por la que tienen que venir con nosotros. No sabemos si Aaron planea hacer algo a la humanidad, por eso es que...

Justo cuando Gael estaba hablando los ojos de Bastian captaron un brillo extraño en las estrellas, una intensidad nunca antes vista. Entrecerró los ojos y reconoció lo que era. Decenas de ángeles guerreros con armaduras de plata habían aparecido en un estallido de luz, atravesaron el cielo nocturno y cayeron como una lluvia blanca de estrellas. Algunos aterrizaron en los techos de las casas junto a la de los Herman y otros, en el suelo, donde sus espadas se clavaron. Sus alas oscuras se extendieron detrás de ellos y rodearon las casas como si de escudos inmensos se trataran.

—Ya sé lo que vas a preguntar —interrumpió Lana dejando a Bastian con la boca abierta—. Los humanos tienen ángeles guardianes, pero han matado uno para su ritual, lo que quiere decir que no todos son guerreros como tú. Dios no quiere correr riesgos. Eso es algo que deberé tratar, todo ángel debe ser entrenado en combate.

—Entiendo. ¿Han mandado guerreros a todo el mundo?

—No, los otros Inframundos no registran actividad. Lo de Aaron es personal —respondió Gael—. Ahora, vamos.

—No voy a irme sin Amelie ni sus amigos y familia —dijo el muchacho de



cabello oscuro decidido, negando con la cabeza—. Nadia y Alexis lo saben. Habrá que convencer a los padres.

—¿Podrías hacer las cosas fáciles alguna vez, Bastian? —cuestionó Lana bajando sus manos para ponerlas en su cintura.

—Si crees que voy a dejarlos aquí mientras se desata el infierno, estás equivocada. Y tampoco voy a dejar a Amelie desprotegida aquí. Siempre han estado detrás de ella.

Lana hizo aletear sus alas para mostrar su molestia, con lo que levantó polvo y algunas hojas que había sobre el césped y que se azotaron contra las paredes de la casa mientras Bastian abría la puerta y los invitaba a pasar.

—¿Bastian? ¿Estás seguro? —preguntó Amelie al verlo ingresar seguido de Lana, Gael y Mina, que le sonrieron ampliamente. Los demás la miraron con interés y confusión porque obviamente no podían ver lo mismo que ella.

—¿Qué sucede? —cuestionó Héctor bastante impaciente y soltó los cubiertos—. Creo que es hora de que nos expliquen a todos porque esto se ha puesto demasiado raro.

—Y lo que te queda aún por ver, humano —dijo Lana materializándose frente a todos y sonriendo desafiante. La mano de Clara se fue al brazo de Héctor, quien se había quedado de piedra. Bruno tiró su copa al suelo gracias a sus manos temblorosas. Nadia y Alexis solo miraron con interés pues ya habían visto a Bastian hacer lo mismo.

—No se asusten, por favor —dijo una voz dulce y melodiosa, que flotó por la sala y se instaló en el cuerpo de los que estaban allí—. Somos ángeles y no vamos a hacerles daño. Solo queremos que vengan con nosotros para estar a salvo.

Había sido Mina, que se presentó ante ellos junto a Gael, quien miró a Nadia y le guiñó un ojo. Debía ser la primera vez en su vida que la chica se sonrojaba. Alexis se puso de pie al instante y señaló a Mina.

—Tú... yo te vi, me cantaste una canción, en un sueño... —dijo sonriente, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creerlo y lanzó una carcajada—.

Pensé que me estaba volviendo loco, pero tus ojos claros, tu cabello, tu voz. ¡Eres tú!

—¿Recuerdas tu desmayo, Al? El día que unos supuestos criminales atacaron la cabaña, no sucedió eso en realidad. Eran demonios, tú no lo viste. Uno de ellos te lanzó un conjuro. De no ser por Mina... —dijo Amelie poniéndose de pie para ir a abrazarla y luego miró a su amigo—. Ella te salvó, pero yo no podía contarte todo esto.

La muchacha de cabellos rojos miró a cada uno de los que se encontraban en el comedor a los ojos y tragó fuerte.

—Desde que me conocen he estado metida en una guerra entre ángeles y demonios. Había una razón para ello, no soy una humana común y corriente, por más que quisiera serlo. No voy a explicar eso ahora, pero lo que sí puedo decir es que un gran peso se acaba de ir de mis hombros. Estuve callando estas cosas por mucho tiempo. Dios existe y el mal también. Me enamoré de mi ángel guardián... —Señaló a Bastian, que se quitó la camisa para sorpresa de algunos y extendió su enorme par de alas, con lo que tiró un jarrón de porcelana de una de las mesas junto a la ventana. Este se hizo añicos contra el suelo.

—Lo siento por eso —se disculpó él y cerró sus alas para que no abarcaran el espacio—. Este soy yo, Bastian Amaro. Un ángel que se enamoró de su protegida, quien resulta ser parte de su familia, y les pido que vengan con nosotros a Mikah. Van a estar más seguros allí.

—¡Yo voy con ellos! —exclamó Nadia poniéndose de pie y se acercó para inspeccionar la armadura de plata de Lana. Con su dedo quiso tocar la espada, pero la mujer detuvo su mano a medio camino, entrecerrando los ojos.

—Ni se te ocurra, humana.

—Ven... —dijo Gael tomando la mano de Nadia y la llevó a la empuñadura de su espada, que pendía de un grueso cinto. Nadia acarició el ornamentado objeto con interés.

—Si vas a seguir los pasos de Bastian, te aconsejo coquetear con otra humana porque esta ya tiene novio, angelito. No te creas que no vi cómo le guiñabas el ojo antes —exclamó Alexis mirando al ángel rubio a los ojos. No necesitaba de una espada para defender lo suyo.

—Quédate tranquilo que los ángeles guerreros no somos tan débiles como los guardianes —bromeó Gael y miró a Bastian.

—¡Amor! —reprochó Nadia y giró para abrazar a su novio—. No seas descortés. Yo te quiero, aunque no tengas alas ni una gran espada.

—Prefiero tener grande otras cosas —dijo él lanzando una carcajada ante el desconcierto de los tres ángeles y Amelie abrió los ojos con espanto.

—¡Qué desubicado!

—¡Basta de bromas y cosas sin sentido! —dijo Héctor, poniéndose de pie junto a los otros dos adultos, lo que provocó que el silencio reinara impuesto con su seriedad—. ¿Qué es todo esto? ¿Qué pasa aquí?

—Señor... —dijo Mina, acercándose con una dulce sonrisa—. Somos ángeles de Dios, venimos a llevarlos a lo que ustedes llaman Cielo para que estén a salvo. Una parte del infierno ha decidido dar pelea y Amelie siempre ha sido presa de ellos. Con nosotros estarán mejor.

Bruno se dejó caer de rodillas ante Lana, que no supo qué hacer y miró a los demás buscando algo de ayuda. Poniéndose a llorar desconsoladamente, el hombre hizo que un nudo apareciera en la garganta de varios.

—Les recé a ustedes, dije las plegarias que los humanos escribieron sobre ustedes para que mi hijo creciera sano y para que mi enfermedad no me matara. No tiene a nadie más que a mí...

Lana suavizó su mirada de un modo increíble, debía ser la primera vez que veía cuán importante era la fe para algunos humanos que sí creían. Le ofreció sus manos a Bruno, quien las tomó agradecido, y lo ayudó a ponerse de pie.

—No están solos, pero ahora es tiempo de partir a un lugar más seguro. ¿Vendrá con nosotros, señor? —preguntó ante la sorpresa de los demás que conocían su faceta más dura. Bruno asintió varias veces y Alexis sonrió,

agradeciendo a Lana con un gesto de su cabeza.

—Voy a aprontar cosas —dijo Clara como si fuera lo más normal del mundo correr a armar bolsos para irse con personas que decían ser ángeles.

—No hay tiempo para eso, Clara. Tendrán todo lo que necesitan donde vamos —dijo Bastian amablemente y ella asintió.

—Necesitamos un lugar grande para poder transportarnos —dijo Gael inclinando la cabeza hacia un costado para ver la sala siguiente, que era el *living*—. Aquel espacio será suficiente.

—Si volar no te gustó, Alexis, prepárate para esto —dijo Bastian con una sonrisa traviesa.

—Es mejor si cierran los ojos y aprietan los dientes y, por lo que más quieran, no se suelten de las manos —indicó Mina.

Se pararon en una ronda sobre la alfombra de la sala de estar y pusieron una mano al medio. Era obligatorio tocar a alguno de los ángeles.

Los seres alados se miraron y asintieron y, una vez que estuvieron seguros de que los humanos estaban bien sujetos, invocaron en su mente las palabras e imágenes para dirigirse al portal.

El viaje no tomó más de tres minutos, pero cuando llegaron, sin prestar atención al lugar de momento, varios cayeron de rodillas sobre un césped verde para recuperar el aliento, menos Amelie, que tenía las manos de Bastian sujetas a su cintura. Eran los primeros humanos vivos en pisar el Paraíso en mucho tiempo; en miles de años, en verdad. Eso también marcaba el fin de una época.

## 10. Los funerales de Mikah

—**B**astian... ¿qué es este lugar? —preguntó Amelie observando las gruesas columnas de una extensa galería antes de girar sobre sus pies para mirar un poco más a su alrededor. Había árboles no muy altos de frondosas copas llenas de flores rojas. Parecían estar en un jardín bien delimitado por rocas blancas y se podía ver un mar a lo lejos. Un gran lienzo verde azulado, que se ondulaba bajo el cielo. Al otro lado se alzaban las montañas, que ocupaban el horizonte. Y también pudo ver casas blancas y pintorescas, con puentes sobre canales de agua. Se encontraban en el patio de un enorme edificio de dos plantas con techos azules.

—Es Mikah, la capital del Paraíso y una ciudad central. Aquí viví yo mientras me preparaban para ser ángel guardián. La mayoría de sus habitantes son guardianes en entrenamiento.

Los demás se pusieron de pie y observaban todo con ojos inmensos. Las construcciones y el paisaje que los rodeaba. No era diferente de lo que ya conocían, pero verdaderamente se sentían más cerca de Dios en ese lugar.

—¿Cómo es que hay luz sin las torres? Dijeron que estaban destruidas —preguntó Bastian viendo el cielo celeste y claro. ¿Era la mañana o la tarde? Nunca se había puesto a pensar en esas cosas. Desde que había pisado el Paraíso, no se había cuestionado ciertas cosas.

—Las torres tienen como función principal servir de portales y, como agregado, Dios canaliza su poder a través de ellas para iluminar el Paraíso. Ni

siquiera necesita de las torres, por eso es Dios, Bastian —bromeó Mina, señalando la extensa galería frente a ellos—. Vamos, les mostraré sus habitaciones para que puedan descansar. Luego puedo acompañarlos a recorrer el lugar si lo desean. Seré su guía turística.

—¿Dónde está Dios? —preguntó Bruno ansioso, mirando hacia todos lados, y Gael señaló hacia las montañas.

—Atravesando aquella cadena montañosa está su jardín, el primero de todos los jardines que existieron. De allí se extraen las semillas que se plantan en el Paraíso. Pero la única que lo conoce, por así decirlo, es Mina —explicó Gael y ella miró al padre de Alexis con una sonrisa, entrelazando sus dedos tras la espalda.

—¿Nos llevarás con Él durante el *tour*? —insistió el hombre.

—Digamos que esa será la parte restringida del recorrido. Lo vi hace mucho tiempo, no es muy sociable que digamos. Decide cuándo presentarse, no es tan fácil encontrarlo —explicó ella mientras atravesaban el patio cubierto de césped para llegar a las habitaciones.

—¿Cómo es? ¿Cuál es su aspecto? ¿Es solo una luz o tiene forma? —arremetió Clara, haciendo las preguntas que todos querían formular. Amelie seguía al grupo de cerca, con la mano de Bastian en la parte baja de su espalda, como si necesitara que la guiaran.

—¿Por qué debería ser solo de una forma? Es luz y toma apariencias cuando lo cree necesario. Cuando yo lo conocí era un enorme ciervo y en sus cuernos, que parecían ramas de árboles, se posaban pajaritos de colores. Pero sé que otros ángeles lo han visto tomar forma humana. Incluso Bastian, cuando fue llamado por él, creyó ver a gente muy querida. Pero ahora, a descansar, la noche llegará pronto aquí y tenemos que asistir a un funeral, lamentablemente.

Cinco humanos y una nueva bruja se miraron un tanto sorprendidos, pero los ángeles se vistieron de tristeza por primera vez en mucho tiempo, como si de repente un manto oscuro hubiera caído sobre ellos.

A los jóvenes les dieron una habitación con cuatro camas y destinaron otra para los adultos. Se encontraban separados solo por unos metros y las puertas daban directo a la galería de columnas, desde donde se podía ver y acceder al colorido jardín que habían visto al llegar.

Nadia y Alexis se acostaron en una misma cama, él se puso detrás de ella, posó una mano sobre su cintura y al instante se durmieron sin dar demasiadas vueltas.

Amelie se quitó sus botitas marrones para estar más cómoda y acarició su largo cabello rojo ante la mirada de Bastian, que le sonrió, se sentó junto a ella y la atrapó con un brazo. Reposó su cabeza sobre su hombro descubierto.

—¿No voy a poder verlos, cierto? —cuestionó con la mirada perdida a través del ventanal que ocupaba gran parte de uno de los lados del cuarto. Observó a seis hombres, supuso que eso eran por el tamaño de sus cuerpos. No pudo apreciar nada más porque llevaban largas túnicas negras y capuchas en la cabeza. Solo se veían sus manos trabajar en el aire. Las movían de manera extraña y hacían que un líquido claro ascendiera, se solidificara y poco a poco se convirtiera en la base de una torre que iba creciendo cada minuto.

—¿A quiénes? —preguntó Bastian, siguiendo la mirada de su novia.

—A mi familia...

—No será posible, Amelie. Lo siento. Deberías estar en su misma condición para verlos y tú estás viva. Y espero que sea así por muchos años más —susurró él, depositando un beso tierno sobre la cabeza de la chica.

—Pero... los fantasmas de los muertos... —dijo ella, sin temor a que Bastian pensara que estaba loca o se riera porque, luego de todo lo que habían vivido, ya no le importaba que pudieran pensar eso.

—¿Fantasmas? Los espíritus suelen ser almas en pena que murieron con tareas por terminar y tratan de aferrarse a eso. Ellos son una manifestación débil de lo que fueron en vida. El día que te encuentres con tu familia en Inah, la ciudad de las almas, será como si fueran de carne y hueso. Será mil

veces mejor que si los vieras como fantasmas.

—¿Tendrán la edad del accidente?

—Sí, porque no murieron de forma natural —respondió él acariciando con su nariz la mejilla de Amelie.

—¿Y eso que tiene que ver? No entiendo.

—Que si mueres de forma natural, al llegar a tu vejez, antes de entrar en Inah tu alma podrá elegir el momento de tu vida en la que fuiste más feliz y esa edad tendrás por siempre en el Paraíso. No es que tengas que pensarlo, de repente te darás cuenta. En cambio, quien muere de forma trágica, como tu familia, se queda en esa edad porque su alma no estaba preparada para ello. Es triste si lo piensas, pero no podemos tener todo lo que queremos.

—Lo entiendo, aunque sea doloroso. ¿Y tú? Sigues siendo un ángel, no vas a envejecer.

—Seré un ángel hasta que termine la batalla y, si salgo vivo de ella, le exigiré a Dios que me devuelva mi humanidad. Me sentí traicionado, ¿sabes? —dijo apretando los dientes y su rostro se puso tenso—. Quiero envejecer a tu lado de forma humana, esto ha sido demasiado para mí. Aceptar mis alas por primera vez me llevó a ti, pero ya no las necesito.

—Sabes que te amo más allá de los mundos que existan, ¿verdad? —susurró Amelie con una dulce sonrisa en sus labios y rápidamente se acomodó en el regazo de Bastian y sus labios se estrellaron como el mar contra la costa y no dejaron de besarse hasta perder la respiración.

Luego de su conversación en susurros, al igual que sus amigos, se quedaron dormidos. Más bien Amelie se durmió abrazada a Bastian, porque ahora que él había recuperado la conciencia de ser ángel ya no necesitaba siestas para reponerse.

Luego de dos horas un golpe seco en la puerta los despertó a todos. Era Mina, que cargaba en sus brazos una pila de telas claras prolijamente dobladas.

—¿Se puede pasar? —preguntó ella con su característico tono dulce y



amable, sin atravesar el umbral de la puerta.

—Sí, adelante —respondió Amelie, que ya se había incorporado mientras veía a Nadia frotar sus ojos. Había sido un par de horas, pero el sueño fue bastante intenso. Alexis peinó un poco su rubio cabello con los dedos y observó a Mina con interés.

—¿Qué es eso que traes ahí? ¿Es comida? —preguntó el rubio de inmediato y esbozó una sonrisa.

—Creo que puedes darte cuenta que no es comida. Es ropa para que usen en el funeral de los ángeles guardianes del Portal. No pueden presentarse vistiendo otra cosa —respondió la mujer ángel caminando con gracia hasta una mesita junto a la ventana, como si flotara, y dejó la ropa—. Dos vestidos para las chicas y dos pares de pantalones blancos y holgadas camisetas para los muchachos. Además, hay cuatro pares de zapatos blancos.

—Gracias, Mina —dijo Bastian y miró a su amigo—. Ya puedes cambiarte y vemos cómo te queda, Al. A Mina no le molesta observar.

—¡Bastian! —exclamó ella un poco avergonzada—. ¿Por qué no les cuentas la razón de esa broma si eres tan valiente?

—Ah no, ahora, que cuente —dijo Nadia y, poniéndose de pie, se acercó a la mesa. Tomó uno de los vestidos, acarició la tela con sus dedos y se lo puso sobre el torso para probarlo. Era de fina y delicada tela blanca con dos tiras trenzadas en color plateado para sujetarlo por los hombros y le quedaba un poco más arriba de los tobillos—. ¡Qué bonito!

—No tanto como lo que Bastian va a decirles, vamos, sin miedo... —dijo Mina soltando una risita.

—Bueno, resulta que cuando llegué al Paraíso el primer ángel que me recibió fue Mina. Ese día también trajo ropa para mí y... —Se detuvo para mirar a Amelie—. Me vestí frente a ella, estaba completamente desnudo.

—¡¿Qué?! Mina, no me contaste nunca eso —reclamó Amelie un tanto molesta con las manos en la cintura.

—¡Oh, querida! ¿Tú piensas que a mí... me atrae? ¡No! Los ángeles que no

rompemos reglas como Bastian no vivimos ciertas cosas como ustedes los humanos.

—Pero, si los ángeles necesitan ayuda con las armaduras, cuenten conmigo porque, si todos tienen el cuerpo de Gael, yo estaría dispuesta ayudar por el bien común y la salvación del mundo —bromeó Nadia girando sobre sus pies, lo que hizo flotar el vestido que todavía tenía sobre su torso.

—Y con ese comentario de pecadora acabas de ganarte pase directo al infierno, amor. Adiós salvación para ti. Que descanses en tu camita de fuego —dijo Alexis sacudiendo la cabeza y miró a Bastian de forma pícar—. Siempre supe que era un exhibicionista este chico.

—Y tú un mirón —se burló Bastian poniéndose de pie y buscó la ropa para Alexis. Dándosela en la mano, señaló una puerta en la habitación. Era un baño, donde había lugar para cambiarse—. No te preocupes que no vas a pasar por lo mismo. Ve y cámbiate. Hagámoslo todos. Es una falta de respeto llegar tarde a un funeral en Mikah.

\*\*\*

Jóvenes, adultos, humanos, una bruja y ángeles en su mayoría se congregaron en la plaza central de Mikah, donde una de las torres de cristal ya estaba casi lista y consagrada con símbolos extraños que brillaban con una tenue luz azul. Los hermanos orfebres habían trabajado sin descanso desde su llegada y aún tenían tres torres más que reparar o, más bien, que levantar del polvo.

Los seres del Cielo miraron con cierto interés y desconfianza a los recién llegados y eso puso a Amelie incómoda, tener tantos pares de ojos claros puestos en ella no era una sensación del todo reconfortante, así que dirigió su vista al cielo. Mina había dicho que ya era de noche, pero lo cierto era que el lugar no estaba completamente oscuro, algo de claridad flotaba por todos lados. Y el cielo precisamente no era negro, sino de color violeta oscuro y

había cientos de estrellas plateadas que brillaban intensamente. No era lo mismo observarlas desde la Tierra, allí se veían más grandes y refulgentes.

Sobre una tarima de piedra había dos objetos que al principio le parecieron extraños, pero a medida que se acercaron al lugar pudo entender lo que eran: dos embarcaciones de madera blanca con proas ornamentadas, que le recordaron el cuello de un cisne. Su tamaño no era inmenso, pero sí considerable. En el interior de ellas descansaban dos cuerpos cubiertos con delicadas telas blancas y cuyos sus ojos estaban cerrados. Sobre sus párpados había piedras azul transparente.

—Bastian... —susurró Amelie tirando de la mano de su novio, tenían los dedos entrelazados y quería llamar su atención—. ¿Quiénes son ellos? ¿Los conocías?

—Sí, amor... —dijo él mirándola con un poco de tristeza—. Se llamaban Syrian y Alhik, y eran los guardianes del Portal. Estaban aquí cuando llegué al Paraíso y fueron los primeros en abrirme paso a tu mundo otra vez el día que me designaron tu cuidado.

—Lo siento mucho, Bastian. Se ven tranquilos ahora, ¿verdad? ¿Hay vida para los ángeles luego de la muerte?

—La hay, en el corazón de quienes los amaron.

Amelie no pudo evitar sentir un nudo en la garganta y un vuelco en su corazón. En realidad, no los conocía, pero entendió que los ángeles no tenían algo más a lo que aspirar luego de la muerte, como los humanos. Hasta en eso Dios los había privilegiado y muy en el fondo de su mente pensó en Aaron y su enojo; en las reglas rotas y perdonadas a algunos, pero no a todos. ¿Era realmente todo blanco y negro? Dada su experiencia, se dijo que no.

Se acercaron marchando ocho ángeles, varones y mujeres, con botas de dura y brillante plata hasta las rodillas y capas azules, que flameaban en el viento. Cuatro para cada bote y, como si nada pesaran, los levantaron, los apoyaron en sus hombros y comenzaron a caminar en dirección al mar, ese que habían visto desde el jardín cuando llegaron. En todo el trayecto, los

ángeles que vivían en Mikah llevaron en sus manos unas luces blancas. Amelie no pudo distinguir qué eran ni su forma porque el resplandor era tal que, si miraba fijo la luz, se cegaba. Solo hubo silencio y un ángel de cabello más oscuro que el resto, una mujer, cantó en su lengua algo parecido a una canción de cuna. La melodía era bella y las palabras, que flotaron en la brisa, lo tocaron todo y se alojaron en sus corazones. Sobre el inmenso mar, que se movía tranquilo, depositaron los botes y el ángel cantor elevó su voz a medida que cientos de luces empezaban a flotar en el aire. Amelie y sus amigos vieron cómo las lámparas que los demás llevaban en las manos comenzaban a abandonarlos y seguían el lento viaje de las barcas hacia el horizonte.

La muchacha de cabellos rojos notó el vuelo de unas cuantas alas negras. Dos ángeles hombres se pararon sobre unas rocas grises cerca de la costa. Elevaron arcos plateados con flechas de fuego azul centellante y apuntando hacia arriba las dejaron ser libres. Miles de ojos siguieron su vuelo hasta que ellas impactaron en las barcas e inmensas llamas azules se encendieron y apagaron sobre aquella perfecta línea de mar azul y cielo violeta que se unían a lo lejos.

Luego de eso ofrecieron un banquete en un salón del edificio de columnas donde se estaban alojando. Los humanos comieron juntos y Bastian lo hizo con la Guardia Divina. Habían puesto largos mesones en forma de U y, en la parte que quedaba abierta en un extremo, había un improvisado escenario de poca altura donde algunos ángeles tocaban el arpa y otros instrumentos de cuerda y de viento, y producían unas bellas melodías.

—¿Pueden creer todo esto? Me parece que voy a dejar la psicología porque no seré la más indicada para aconsejar a pacientes luego de esto —bromeó Nadia y llevó a su boca un cuenco de piedra con forma de vaso. El agua era cristalina y refrescante. Para ellos habían dispuesto verduras y algunas carnes, aunque los ángeles comían solo verduras y no demasiado. Amelie llegó a cuestionarse el origen de esa carne, pero su cabeza ya no podía con tantos

misterios.

—¿Por qué no comen? Está delicioso —interrogó Alexis, con la boca llena mirando a los seres alados sin poder comprenderlo.

—Los ángeles no necesitan comer, solo beben agua si están cansados, cosa que rara vez pasa —explicó Amelie, recordando aquella explicación que Bastian le había dado. Parecía que se lo había dicho tanto tiempo atrás que era increíble que lo recordara ahora mientras jugaba con su tenedor y las verduras en el plato—. Así que supongo que están haciendo esto solo por amabilidad y para acompañarse ellos mismos en un día triste.

Cuando los demás se fueron a dormir, Bastian tomó la mano de Amelie y, tirando de ella, la alejó del pasillo y la llevó por el jardín. Corrieron entre las flores mientras se reían y luego él puso a Amelie contra un árbol y ella lo miró agitada. Arriba de su cabeza había flores rojas enormes que extrañamente se estaban abriendo y unas semillas de color naranja cayeron sobre ellos.

—¿Y qué te parece el Paraíso? —preguntó Bastian, apretando las caderas de Amelie con sus fuertes manos y sus labios húmedos se deslizaron por todo su cuello, subiendo y bajando de forma peligrosa. Un gemido abandonó la boca de la muchacha, pero no se detuvo.

—Pienso que no puedo pensar si haces esto, pero sí aparece una palabra en mi cabeza: pecado —dijo remarcando eso último y se apartó un poco de Bastian—. Así que, si hacerlo en el Paraíso es tu fetiche o fantasía, te cuento que no es la mía.

Amelie soltó una risita y le dio un tierno beso en los labios acariciando su mentón, y notó bajo sus dedos una corta barba que más bien era una sombra en el rostro del muchacho. Él la hizo girar sobre sus pies para que le diera la espalda y ágilmente llegaron al suelo para sentarse. Ella se vio encerrada por sus piernas y brazos, y sintió su barbilla reposar sobre su hombro.

—No voy a arriesgarme a que nos expulsen, amor —dijo con su voz ronca y le besó la mejilla—. Solo quería tenerte cerca, estar solos de verdad. Siento

que hace tiempo que no tenemos un momento para nosotros. Cada vez que quiero que lo tengamos algo sucede y es frustrante.

—Lo sé, mi amor —dijo ella tomando sus manos y jugó con sus dedos dando besos en las yemas de sus dedos—. Nunca fue fácil para nosotros y supongo que la parte final será más difícil aún. Pero prometo que cuando esto pase nos escaparemos tú y yo a una isla desierta, sin celulares ni conexión al mundo.

—Me gusta tu idea, te tomo la palabra —susurró él y metió su nariz en el cabello rojo para guardarse su perfume—. Te amo, preciosa.

—¿Más allá de los tres mundos que conocemos?

—Más allá de todo lo que te puedas imaginar.

## 11. Intrusos

La verdad era que no tenían forma de medir el tiempo allí porque el cielo púrpura se quedó pintado por mucho tiempo y lo que en la Tierra era parecido a la mañana en el Paraíso era un firmamento celeste sin sol. Los Hermanos Orfebres, que ya estaban trabajando en la segunda torre de cristal, hacían que el líquido claro se elevara en pequeñas olas hasta solidificarse y convertirse en un alto bloque, que parecía hielo transparente.

Si hubieran tenido que ponerle una medida al tiempo, tomando en cuenta las veces que durmieron, habrían dicho que habían pasado dos días cuando los intrusos llegaron haciendo sonar todas las alarmas. Sí, alarmas o algo parecido. Un sonido de trompetas que se dejó escuchar por todo Mikah y las otras ciudades divinas; era como el silbido del viento que se cuele por las hendiduras de puertas y ventanas en una casa, pero mucho más fuerte.

Así fue el despertar del supuesto tercer día. Bastian les pidió que se quedaran en su habitación y no salieran y, aunque obedecieron sus órdenes, se dirigieron al gran ventanal de la habitación para observar qué sucedía en la plaza central. Incluso los adultos se encontraban allí, se habían reunido todos ante el más mínimo indicio de peligro. El chico ángel abandonó el cuarto con una espada que había conseguido en la armería de Mikah en su mano.

—¿Qué está sucediendo allí? —preguntó Nadia, poniéndose en punta de pies como si eso le permitiera ver algo más que los otros no veían.

—No sé, parece que alguien llegó. Alguien que no es de aquí por su forma

de reaccionar —respondió Amelie entrecerrando los ojos para ver mejor. Había algo en ese tumulto que se le hacía familiar.

—¿Demonios? ¿Lograron atravesar el portal de nuevo? —cuestionó Alexis en un tono de alerta.

—No, ya estarían luchando si fueran demonios. El día que uno de ellos te atacó en Playa Calma, solo tomó un segundo para que Gael y Lana volaran a él y comenzaran a pelear. Esto es otra cosa —explicó la muchacha de cabellos rojos y dio golpecitos a su labio con su dedo índice hasta que vio que dos ojos se posaban en ella y una cabellera oscura flotaba en el viento—. ¡Ada! Son Ada y Stefano.

—¿Quiénes son ellos, Amelie? No entiendo nada —dijo Clara sentada en una de las camas moviendo su pie impaciente.

—Brujos como... yo.

—¿Qué es todo eso? ¿De qué más nos hemos perdido? —cuestionó Héctor poniéndose serio y, cruzándose de brazos, apoyó su espalda contra el cristal—. Estás bromeando, ¿verdad?

—Ojalá pudiera. Es muy largo de explicar, pero soy hija de una humana, mi madre, y de un demonio, Aaron. Eso me hace una bruja. Prometo que luego de que esto pase, y si salimos con vida, voy a sentarme a escribir un libro sobre todo lo que me ha pasado desde que conocí a Bastian. Por lo pronto, tengo que ir hasta la plaza o van a herirlos. Brujas y ángeles no se llevan bien, se mantienen a distancia prudente solo porque Dios está en el medio. Nadia, Alexis, vengan conmigo.

Los dos chicos la miraron con un gesto de sorpresa porque solían quedar fuera de todo ese otro mundo al que su amiga pertenecía, pero Amelie se había cansado de tener que mantenerlos al margen. Además, confiaba en que la situación no sería del todo peligrosa. Ellos asintieron como aceptando la propuesta y corrieron con prisa hasta el lugar. Sobre sus cabezas pasaron volando varios ángeles y los que ya estaban en el lugar voltearon al verlos llegar.



Irrumpiendo, Amelie se puso junto a Ada y vio la sonrisa pícaro de Stefano, que llevaba su cabeza alzada con orgullo como si les mostrara a los ángeles que no era menos que ellos. Justo Lana se encontraba hablando.

—... aprovechando que los portales están quebrados para entrar. ¿Qué se creen que hacen aquí? ¿Dónde dejaron sus escobas?

—Querida, me haces reír. Eres tan anticuada, pero una parte de todo eso es cierta: el Paraíso está más vulnerable —respondió la alta mujer de cabellos oscuros—. Primera respuesta, vinimos con un mensaje que tal vez quieran escuchar; ya que demonios se cuelan por sus portales, tal vez no sepan lo que está sucediendo. Segunda respuesta, nosotros también manejamos el poder de movernos en espacio y tiempo, y en diferentes planos. Que Dios los tenga aquí arriba solo les da jerarquía, nosotros tenemos mucho poder también y nos animamos a la magia oscura, que nos ha salvado en varias ocasiones, cosa que ustedes no hacen.

—Y por eso venimos a repetir nuestra oferta de prestar nuestro ejército —dijo Stefano con voz alta y clara.

—Eso se verá después. Me interesa más saber a qué se refería esta... mujer con eso del mensaje —dijo Lana cortante, con sus manos sobre su cintura.

—Los demonios han comenzado a moverse sobre la Tierra. Han hecho bien en custodiar Puerto Azul con sus ángeles, pero es una mera distracción. Los quieren ocupados para que manden más soldados y así atravesar un portal que han creado y aparecer en el Paraíso a tomar el control.

El murmullo de los ángeles no se hizo esperar. Por primera vez, Amelie pudo ver rostros llenos de preocupación, preguntas que brotaban de sus bocas, que por lo pronto no obtendrían respuestas.

—¿Cómo estás tan segura de esos planes? —cuestionó Lana, mirando fijamente a la otra mujer.

—Las arañas, las serpientes y los cuervos me lo susurran. Y antes de que te rías, te diré que son los mejores mensajeros. Solo hay que saber escucharlos —respondió Ada, pero no miró a Lana, sino a Amelie, y a la mente de la

chica vino aquel pájaro oscuro que había chocado contra la ventana de la habitación de su antigua casa.

—Pues nos haremos cargo. Y ustedes necesitan un permiso especial para estar aquí —dijo Gael, mirándose fijamente con Stefano. Amelie temió que chispas reales pudieran llegar a salir de sus ojos, encontrarse a medio camino y hacer volar Mikah por los aires.

Era cierto que ambos seres no lograban congeniar sin que existiera hostilidad entre ellos, pero creía que los ángeles lo hacían porque se habían acostumbrado a ver que los demás estaban mal y ellos bien. Ahora se sentía tocada, ella también era bruja y no había tenido la culpa de ser engendrada por un demonio. Los ángeles no podían estudiar, decirse tan inteligentes y creer que los hechiceros eran algo inferior solo por eso.

De repente, sintió las incontrolables ganas de cerrar los ojos fuertemente y lo mismo hizo con sus puños a los costados de su cuerpo. Algo se desató en ese momento, una vibración energética dentro de ella que produjo el quiebre. Primero comenzó como una leve brisa que le despeinó el cabello rojo como el fuego y luego lo hizo flotar y volar con furia como una llama embravecida. Las puntas de los dedos vibraban y, abriendo la palma de sus manos, canalizó una energía incontrolable que le quemaba el pecho. Una barrera blanca de viento, muy clara y casi transparente, empujó a Lana y a Gael, que tuvieron que cubrirse el rostro y clavar los pies sobre la tierra para no ser arrastrados por el vendaval.

\*\*\*

Amelie cayó de rodillas sumamente agotada y Bastian, con extrema velocidad, ya estaba agachado junto a ella acariciando su mejilla. Sus dedos se encontraron con los de Stefano detrás de la espalda de la muchacha. Ese otro chico también se había preocupado por su novia, pero supo apartarse.

—¿Amelie, estás bien? Estás fría... ¿Qué fue eso? —interrogó Bastian

besando con sus cálidos labios a Amelie en las sienes y enviándole ondas de calor para que se recuperara.

—La prueba de que también es como nosotros. Su aura se ha despertado de un largo sueño y lo ha hecho con furia. Hace mucho no veía un despertar así, tan fuerte y salvaje. Bienvenida a tu naturaleza, cariño —dijo Ada con una sonrisa enorme y ojos llenos de ternura, observando a la muchacha que aún se encontraba de rodillas en el suelo.

Bastian levantó a Amelie en sus brazos y tuvo que soltar su espada. Alexis la tomó con un poco de dificultad y, antes de que el ángel diera otro paso para alejarse del tumulto, giró su rostro para ver a los dos brujos.

—Ustedes dos vengan conmigo. Vamos a buscarles una habitación. Necesitan explicarme todo esto y enseñarle a Amy cómo controlar su aura. Y Lana, no voy a escuchar objeciones. Si a Dios le molesta, bueno, estamos en el mismo plano y bien podría manifestar su descontento, pero creo que no lo hará, sabe que me debe una. Y Gael, creo que los brujos tuvieron permiso especial porque Él no les cerró el paso.

Decidido y con plena convicción, el muchacho de ojos verdes dejó a los demás sin palabras y se alejó al edificio de columnas con su novia dormida en sus brazos. Aún entre el miedo y los nervios que había tenido por lo que acababa de ver, pensó que cargaba el objeto más bello de todos los mundos, un pedacito de su propia vida que, aunque a veces pareciera fuerte, podría extinguirse como el más frágil elemento.

Mina se encargó de llevar a los humanos a caminar por Mikah y así hacerles olvidar un poco toda la escena. Nadia y Alexis protestaron un poco al principio porque querían estar con su amiga, pero las palabras del ángel, que parecían una melodía, hicieron que desistieran rápidamente.

Bastian posó a Amelie gentilmente sobre la cama y la cubrió con una manta para que no tuviera frío, le acomodó el cabello sobre la almohada y le dejó un suave beso sobre la frente. Luego se cruzó de brazos y, tras recostar su espalda contra una de las paredes, observó fijamente a los dos hechiceros

vestidos de negro, que no se habían movido del umbral de la puerta. Si el Paraíso les llamaba la atención, nunca lo sabría, pues no dieron indicios en sus gestos ni expresiones.

—¿Tú también cometerás el error de enojarte con nosotros por lo que ella es? No sería justo, no puedes ir en contra de la naturaleza de las personas y menos si las amas —cuestionó Ada, levantando el mentón. Su postura erguida y sus manos sobre la cintura le daban un aire de orgullo y, de seguro, imponía respeto entre los suyos. Debía ser la líder. Su cabello era tan oscuro como el fondo del mar y sus labios, rojos como la sangre. Era bastante el parecido que tenía con Zaira, el demonio que él había aniquilado y encerrado en una bola de cristal. ¿Podía ser verdad o solo era una rara coincidencia?

—No, a esta altura creo que ya no tenemos que ver con nada de lo que sucede. No somos responsables de las decisiones y actos de seres con más poder que nosotros —respondió seriamente y suspiró, suavizando su expresión—. Solo me dio miedo por ella, no sabía qué era lo que le estaba pasando.

Ada caminó lentamente sin hacer ni mínimo ruido y se sentó sobre la cama junto a Amelie, que dormía plácidamente. Su pecho subía y bajaba como siguiendo un eterno patrón.

—Entiendo que te hayas asustado. El aura no deja en claro cuándo va a nacer. Si bien se encuentra dentro del brujo, elige el momento justo para despertar —explicó acariciando su cabello con dedos finos de uñas largas—. Y lo ha hecho en un buen momento. Se avecina una batalla que puede arrasarlo todo. Poder defenderse, crear un escudo alrededor de ella y los suyos puede salvarles la vida. Aunque necesita entrenamiento y no creo que tengamos tiempo para ello. Me hubiera gustado conocerla antes.

—Hablando de conocer gente, siento que te conozco de algún lado. No es tu forma de hablar, sino tu apariencia —dijo Bastian, que no podía sacarse esa sensación de encima.

—El día de la playa, cuando Amelie recuperó la memoria y la

acompañamos a su casa —respondió Stefano, hablando por primera vez desde que entraron en ese salón.

—No me refiero a eso, lo recuerdo claramente. Antes de ese día...

—Mataste a mi hermana —dijo Ada como si fuera un comentario al pasar y levantó la vista hacia Bastian.

—¿Qué?! No lo creo.

—Lo hiciste, no pretendas sorpresa. Sé que lo estás pensando. Zaira era mi hermana. Fuimos engendradas por Aaron y, por alguna extraña razón, por la misma madre humana. Pero no te juzgo, era un demonio. No hay rencor de mi parte.

—Fue por eso que Amelie un día llegó tan alterada diciendo que había vuelto a ver a Zaira... Te vio a ti, ¿verdad?

—Sí, ella estaba con su amiga. No fue mi intención asustarla, solo la visité porque nuestras cartas, runas y otros objetos hablaban de la llegada de una nueva bruja. La nacida en el mar.

Tal vez fue una estupidez, pero Bastian pensó en Amelie y el mar. Vivía en una ciudad que tenía que ver con el puerto y lo llevaba en su nombre, la vez que se hundió en el mar de Playa Calma y él tuvo que rescatarla y volverla a la vida. Ahora vivían en la cabaña junto al mar y finalmente se descubrió que era una bruja. Dejaría de quitarles mérito a otras personas con poderes especiales. Los ángeles no eran los únicos en el universo y los demonios, tampoco. Tendrían que aceptar que había otros seres en medio.

—Tengo que agradecerte por haberla ayudado a recuperar sus recuerdos. Hubiera sido imposible para nosotros.

—No es nada, ella es una de los nuestros. Teníamos que hacerlo, yo sabía que su mente se bloquearía. Lo vi en mis runas luego de saber que ella era bruja. Lo que las runas no me dijeron fue cómo aquello sucedería —comentó la mujer de cabello negro y, poniéndose de pie, se cruzó de brazos.

—Fue Aaron. Ella me rescató del Inframundo, pero antes de partir él, de alguna forma, tocó su mente y le reveló la verdad de su naturaleza. Supongo

que no a muchos les pasa, pero a ella la afectó tanto como para olvidarse de todo.

—Sí, es un resultado probable de saber esa verdad —comentó Stefano, mirando a través del gran ventanal de vidrio, contemplando la gran ciudad de los ángeles, sus puentes y cascadas de agua blanca. Bastian lo observó con detenimiento. Parecía un chico joven y se encontraba pensativo.

—¿Ustedes pueden ayudarla a controlar el aura?

—Parte de nuestra visita tiene que ver con eso, la ayudaremos, aunque sea poco el tiempo —respondió el muchacho y esbozó una sonrisa que parecía genuina.

—Está bien. Vengan conmigo, les daré una habitación para que puedan descansar —ofreció Bastian amablemente y los acompañó hasta una puerta al final de la galería de columnas, donde podrían reposar. Sin que hubiera pasado más de cinco minutos, volvió hasta donde estaba Amelie. Se recostó junto a ella y con cuidado la enredó entre sus brazos y en un susurro le prometió ser el escudo que la mantendría a salvo de las sombras.

## 12. Recuerdos

Las manos de Aaron descansaban sobre su propio regazo mientras miraba el cielo de fuego frente a sus ojos. Sus alargados dedos se encontraban entrelazados como alguna vez lo estuvieron con los de ella. Eso era algo que nunca olvidaba por más que quisiera. Estaba sentado en un sillón de patas negras retorcidas y alto respaldo, en uno de los balcones del palacio. El rojo de aquel manto que lo cubría todo sobre su cabeza era como un mar de sangre ondulante donde algunas criaturas aladas volaban. Se veían como manchas de un negro profundo, un color que siempre le recordaba a su fino y largo cabello. Su pelo perfumado, que se perdía y se mezclaba con la misma oscuridad de la noche en esos encuentros apasionados donde terminaban por quedarse tendidos cerca del bosque, mirando las estrellas titilantes que bañaban la noche. Y él señalaba al cielo y le decía que de ese lugar venía, que usaban portales de luz y alas en sus espaldas, y que le habían encomendado cuidarla por siempre. Ella solo se limitaba a sonreír o dejaba escapar una risita de sus rosados labios mientras su cabeza reposaba en el pecho del hombre rubio. Siempre le pedía que le contara más de ese entretenido cuento y Aaron pensaba en revelar toda la verdad. Pero sabía que ya estaba pecando al hacer el amor con ella, su protegida. Por eso le decía que algún día escribiría una larga historia para ella. Prefería que pensara que todo era un cuento. Tal vez él mismo se creyera eso, hacía que el pecado no fuera tan real y así no le producía culpa alguna.

Sentado en su reino de fuego humedeció los labios y probó el traer a ellos un sonido que quería nacer desde su pecho y atravesar su garganta, de la parte profunda de su ser. Había una palabra, un nombre que había querido olvidar y que nunca había vuelto a pronunciar en voz alta luego del maldito día. Esa tarde, y aunque le costó esfuerzo, el nombre se dejó escuchar bajo los cielos rojos.

—Mariana... —susurró mirando el horizonte sin permitirse cambiar su semblante o expresión, aunque un torbellino se azotaba dentro de él.

Zaira y Ada eran tan parecidas a ella en miles de cosas. Podía ver a Mariana en sus largas cabelleras oscuras, que volaban con el viento, en la forma de sus labios y en la profundidad de sus ojos. Había perdido a sus dos hijas: Ada nunca quiso ser parte de su mundo y estaba muerta para él, y a Zaira la había matado el mismo ángel que logró escapar del Inframundo, ayudado por la muchacha de cabellos rojos, otra de sus hijas. No tenía nada que ver con Mariana, entonces era la que menos le importaba de todas, y aun así era la que más problemas le había causado. Con ella desquitaría su rabia, no pararía hasta verla derramar su última gota de sangre y exhalar su último aliento.

—Sí que me castigaste, pero a él le permitiste cometer el mismo pecado y volviste a ampararlo y le dejaste su poder. ¡Qué injusto has sido!

Y el veneno volvió a sumirlo en su mundo de niebla y oscuridad. El humo negro lo abrazó y lo llevó al pasado, a noches eternas donde Mariana tosía en su cama, presa de una horrenda enfermedad sin cura. Las niñas ya eran grandes y estaban con el padre de mentira, esos humanos tan fáciles de manipular, que se creían toda la historia que él tejía en sus mentes. Él ya había caído hacía tiempo.

Y a pesar de la historia terrible que había tenido con Dios, se guardó el orgullo para rogarle, para pedirle que Mariana viviera. Obviamente, él no escuchó sus plegarias desesperadas y, cuando trató de hacerle frente organizando una revuelta, Dios lo devolvió a las sombras con una bofetada y le llevó noches enteras dejar de gritar y llorar hasta que la recordó. Primero



en cuatro patas, como los animales, y cuando pudo sostenerse, en dos. Se las ingenió para volver hasta donde vivía ella, pero la cama hacía tiempo que estaba vacía y la casa también. Solo una niña le habló, no la había visto al principio hasta que prestó atención. Estaba jugando con un cuervo muerto en el jardín, rodeada por decenas de rosas que nadie había cuidado y que se estaban marchitando. Se deshojaban sobre la tierra. Zaira, con el rostro sucio y ojos negros como barro, le dijo que Mariana había muerto y fue en ese momento que cayó de verdad en aquel pozo oscuro y hondo. Había alguien allí, entre las sombras, una respiración cansada y vieja. Primero le tuvo miedo, pero ella lo abrazó y lo cubrió con sus blancos cabellos. Con una simple caricia, la herida en su espalda, producida por las alas arrancadas, dejó de doler. Ella le dio un beso en la frente y él la llamó Madre. La Oscura había encontrado a un hijo más y le prometió ser un príncipe.

\*\*\*

Un día después de su desmayo, Amelie se encontraba de pie en el centro del jardín mientras Stefano y Ada la observaban fijamente. Sus amigos y familia se habían ido a recorrer Mikah con Mina y Gael, primero habían pensado que las lecciones de magia serían entretenidas, pero al ver que nada sucedía luego de horas decidieron marcharse. Bastian estaba sentado en uno de los escalones que antecedian a la galería de las columnas y eso la ponía nerviosa. No le gustaban las audiencias. En unas pocas horas le habían contado sobre algo llamado aura, que era su poder y que debía aprender a despertar siempre, no solo en situaciones de estrés o de carga emocional. Si bien eran disparadores de su poder, no eran métodos efectivos.

—¿Y se supone que debo decir alguna palabra? No sé, ¿algo que despierte mi aura? —cuestionó Amelie con los brazos cruzados mirando a Ada fijamente.

—Una palabra que le imprima poder solo sirve si ya sabes cómo

despertarlo. Intentemos esto, trata de vernos a Stefano y a mí, mira a través de nosotros. Trata de atravesar nuestras capas y dime qué ves —propuso la bruja y cerró sus ojos, al igual que su compañero.

Amelie respiró hondo, dejó los brazos a sus costados y exhaló el aire despacio. Entrecerró los ojos, tratando de ver más allá hasta que estos ardieron y resopló decepcionada.

—¡Es inútil! No puedo. No veo nada raro.

—Sí que puedes —afirmó Stefano con convicción—. Amelie, has visto ángeles que se cubrían de la vista ajena, has observado demonios, has estado en el Inframundo. Tu aura existe y es fuerte. ¿Por qué viste a Bastian detrás de su escudo?

—Supongo que porque, aunque no lo sabía, él iba a ser el gran amor de mi vida... —confesó sonrojándose un poco y giró la cabeza para ver al muchacho de ojos verdes, que le sonreía. Era obvio que la había escuchado, aunque estuviera bastante lejos.

—Entonces usa ese poder, el amor. Mira a través de nosotros y trata de ver a esa familia que perdiste —dijo Ada y sus palabras la impactaron en el pecho como una flecha. Hacía mucho tiempo que no pensaba en sus rostros.

Volvió a respirar profundamente y relajó todo el cuerpo sacudiendo sus manos. Sus brazos volvieron a caer a sus costados. Pensó en Martina y en su rostro de niña, en sus ojos pícaros y sus manos regordetas. Luego pensó en su madre y a la nariz le llegó su perfume. Y por último conjuró el rostro de su padre y sus ojos compresivos.

Primero creyó que eran lágrimas lo que le empañaba la vista, pero no, las lágrimas no eran de color azul eléctrico. Eso fue lo que vio, un brillante destello azul en cada punto importante de los cuerpos de Ada y Stefano, uno donde el corazón latía, otros dos para los pulmones y luego la luz creció y se transformó en un halo brillante que se desprendía de ellos.

—Ustedes... Hay algo azul que los envuelve —dijo Amelie y, extendiendo su mano, dio unos pasos, sintiéndose tentada a tocar esa luz. Pero el

movimiento desprendió una fuerza de sus dedos e hizo que Stefano volara unos metros y cayera al suelo sobre su trasero—. ¡Ay! ¿Qué hice?

Ada se limitó a reír y Bastian se puso de pie y corrió a la velocidad de la luz para ayudar al muchacho a levantarse del suelo.

—¡Estoy bien! —dijo en voz alta saludando con su mano y le agradeció a Bastian.

—Eso solo es una pequeña muestra de todo lo que podemos hacer, Amy. Puedes empujar a los demás, crear un escudo alrededor de ti e incluso, con el tiempo y si logras conectar los puntos invisibles que nos atan al espacio, volar o algo parecido.

—No estoy segura de querer aprender más, Ada. ¿Qué hubiera pasado si mi aura se volvía loca como ayer y lastimaba a Stefano?

—Créeme, nena. Ese golpe ha sido de los más débiles que cualquiera de nosotros ha recibido. Todavía no te imaginas el poder que tienes.

—Trataré de contagiarme de tu ánimo positivo con respecto a este tema, Ada —dijo Amelie viendo cómo Bastian se acercaba a ella y ponía su mano en su espalda.

—Stefano está bien. ¿Qué tal tú? ¿No te has lastimado? —preguntó observando su rostro como si fuera a encontrar algún indicio allí.

—No, para nada. Solo estoy bastante asombrada por todo esto. Siempre pensé que el raro de los dos eras tú —bromeó la muchacha, lo que hizo sonreír a su novio.

—Recuerdo que dijiste una vez, cuando las cosas se pusieron feas, que éramos una pareja rara, diferente a las demás...

—¿Cuándo no se han puesto feas las cosas, Bas?

—Lo sé. Pero fue aquella vez en que supuestamente volví a ser humano y no sabía si me iban a alejar de ti o si te recordaría, y tú dijiste eso, que nos encontraríamos porque éramos diferentes. Ahora estoy convencido de que tenías toda la razón del mundo.

—Lamento interrumpir esta interesante charla de novios, pero quiero

mostrarle a Amelie cómo canalizar su aura para crear bolas de energía —dijo Stefano con ese porte orgulloso que tenía, demasiado para ser tan joven, y con las manos aferradas detrás de su espalda. En verdad, esos dos se veían góticos con esas ropas oscuras y botas que usaban todo el tiempo. Se recordó a ella misma al entrar al Inframundo con el traje que le habían dado los ángeles y sus botas de tacones.

«Parecía una heroína en serio. Dejaré de quitarle crédito a los héroes de las películas», pensó esbozando una sonrisa.

—Pues enséñanos lo que tienes —dijo Bastian con sus brazos en jarra y sus manos en la cintura. Parecía un poco desafiante. ¿Se habría dado cuenta de alguna actitud del brujo para con ella? En el Bosque Oscuro ese muchacho había sido bastante directo y poco le avergonzaba mostrar sus intenciones.

Stefano se encogió de hombros con una mueca desinteresada y luego sonrió. Torció la cabeza a ambos lados como si estuviera aflojando su cuello y sus ojos azules adquirieron un brillo nuevo. Sus bucles castaños se movieron con una brisa que surgió en el lugar como un remolino. Puso una mano con la palma hacia arriba, a la altura de su pecho, y la otra, unos centímetros sobre esta, pero con la palma hacia abajo. Los ojos de Amelie captaron primero una chispa azul y luego un espiral de ese color que formó una bola de energía.

—¡Genial! —exclamó Amelie aplaudiendo—. Debe ser mortal, pero es bonita. ¡El color es tan eléctrico!

—¡Yo no veo nada! —exclamó Bastian y, acercando su rostro a las manos del hechicero, entrecerró los ojos para ver qué había allí que le era invisible.

—Es que no eres brujo, Bastian —explicó Ada negando con la cabeza. En un segundo Ada se hizo un borrón oscuro y apareció detrás de Bastian. Llevó sus dedos a las sienes del muchacho y Amy pudo ver cómo sus ojos verdes se abrían ampliamente.

—Ahora sí puedo verla. En verdad es una luz bonita y refulgente —dijo él con una sonrisa en sus labios y, cuando Ada quitó sus dedos, el contacto de la

visión se perdió.

—Aww, mira, si pareces un niño emocionado —dijo Amelie parándose frente a él. Puso sus pies sobre los de Bastian, como los niños pequeños hacen con sus padres, y enredó sus brazos alrededor de su cuello, mirándolo con una sonrisa que le daba una nueva luz a su rostro y se le metía por los ojos marrones. Las manos del muchacho se instalaron en su cintura.

—Ada, Stefano, con su permiso, me llevo a esta nena. Podrá aprender esos hechizos luego —dijo Bastian guiñándole un ojo solo a ella y, aprovechando que en esos días en Mikah se olvidaba de ponerse la camiseta, desplegó tras él sus enormes alas negras. Estas se extendieron y cubrieron el espacio, y elevándose llegaron al cielo, que no era igual al que se veía desde la Tierra, pero no por eso resultaba menos bonito.

Mientras el viento jugaba entre sus cabellos rojos, Amelie observó a Bastian y el manto de colores púrpura que era el cielo de Mikah y cómo parecía ondularse mientras ellos se movían. Se alejaron de la ciudad de puentes y lagos hacia una extensión llena de copas de árboles verdes con flores azules.

Descendieron de forma casi imperceptible, como si estuvieran pisando un terreno hecho de capas de algodón. El césped era verde y aquello parecía un claro.

—¿Qué es este lugar, amor? —interrogó ella al separarse y giró sobre sus pies para observar el lugar. Los árboles se movían lentamente en la brisa como pintando el cielo y se podía distinguir un delicioso aroma que de seguro provenía de esas enormes flores azules que estaban por todos lados.

—Es mi lugar preferido de Mikah.

Las alas de Bastian se cerraron y sentándose aplastó el pasto verde. Extendió su mano hacia la muchacha pelirroja, quien la tomó y se sentó en el espacio libre entre las piernas de él. Apoyó su cabeza en el hombro de su novio y el la encerró con sus fuertes brazos.

—¿Por qué es tu lugar preferido, Bastian? No te niego que es un lugar

hermoso y las flores son bonitas.

—Además de que el lugar es bonito, aquí hay mucho silencio. ¿Puedes escuchar el susurro del viento entre los árboles? —dijo Bastian en su oído como llevándola a un mundo nuevo con su voz. Los ojos de la chica se abrieron para observar mejor el lugar y prestó atención a los sonidos. En verdad podía oír un leve susurro entre las copas de los árboles, que se balanceaban bajo el cielo ondulante.

—Ahora que lo mencionas, sí. Puedo oírlo. ¿Por qué necesitabas silencio? —cuestionó ella acariciando sus manos y cerró sus ojos porque se sentía cómoda contra su cuerpo.

—Porque, si bien este lugar es maravilloso, a veces necesitaba venir a pensar en lo que fui antes. ¿Recuerdas cuando te conté acerca de las personas que me adoptaron de cierta forma? ¿Del pequeño Amadeo?

—Sí, los recuerdo. Me encantó conocer esa parte de ti y quiere decir que si me la contaste es porque habrás venido mucho a este lugar a recordarlos. Por cierto, ¿volviste a ver a Amadeo alguna vez?

—Lo visité algunas veces y, cuando logré ver que había salido de la vida que nos tocó vivir, que una familia de bien lo adoptó, nunca más volví. Sabía que estaba bien y al convertirme en ángel pude ver que su ángel guardián lo cuidaba. Él tiene algo para recordarme, me alegró ver que conservara ese objeto.

—Me pone contenta de verdad. ¿Puedo saber qué es eso que tiene para recordarte? Pensé que me lo habías contado todo.

—Dejé de lado una parte. Solíamos robar, Amelie. La comida faltaba, Amadeo lloraba todo el tiempo. Robé de una juguetería un pequeño ángel con sus alas desplegadas. Luego de ese día no volvió a llorar. Creo que mi destino estaba marcado hacía tiempo.

—Ya lo creo y no me parece malo que hayas robado para ayudar al niño, amor. Me parece un gesto hermoso.

—Pero... este también es mi lugar especial por algo que voy a mostrarte...

—dijo él señalando un conjunto de rocas rojas que Amelie antes no había visto. Pudo ver un fino hilo de agua que caía de la cima y supuso que debajo había un lago o algo.

—¿Es un lago?

—Más chico, un estanque termal. El agua de aquí es caliente y hace maravillas. Vamos —dijo él y con cuidado los puso a ambos de pie. Caminó hasta el borde del estanque y, quitándose sin ningún problema las botas y sus pantalones, se quedó completamente desnudo, su musculosa espalda y sus macizas piernas expuestas. Entró al agua despacio y giró para verla, sonriendo ampliamente—. Las reglas son nada de ropa, Amy.

—¿Qué pasa si me niego? —preguntó ella con una sonrisa pícaro y se cruzó de brazos, preguntándose cuánto más iba a aguantar.

—Volaré hasta ti y te soltaré desde la altura al estanque y se mojará toda tu ropa. Mejor aún, no te daré besos por una semana —dijo él con voz ronca y viéndola fijamente, llamándola con un dedo, poniendo esa sonrisa tentadora que era una mezcla de seducción y juego infantil—. Su novio la quiere, señorita. No se haga rogar, que sabe que eso me vuelve loco.

—Tal vez quiero que te vuelvas loco —dijo ella caminando lentamente hasta él y se quitó la camiseta, desabotonó despacio sus *jeans* y, bajándolos también, se quedó solo en su delicada ropa interior.

—La regla es pareja para todos, nada de ropa, Amelie —dijo él y sonriendo de forma traviesa se recostó contra el borde como si fuera a disfrutar de un espectáculo.

Amelie se quitó la ropa interior despacio, la dejó caer al suelo y saltó al estanque rápidamente para nadar hasta él. Enredó sus brazos alrededor de su cuello y él hizo lo mismo con su cintura.

—Podría haberte dado el *show* de tu vida, amor, pero no queremos tanta exposición en el Cielo justamente. Es... raro —comentó ella llenando el rostro de Bastian con besos y pudo sentir que sus dedos acariciaban su espalda y jugaban con su cabello mojado.

Se quedaron en el agua tibia compartiendo besos, caricias y gemidos que terminaban en la boca del otro. Amelie pronto se olvidó del lugar en el que estaba y de sus remordimientos. Se encontró aferrada al cuerpo de su novio con sus piernas enredadas en su cintura y moviéndose lento sobre él, disfrutando de una calidez que nada tenía que ver con el agua termal mientras sus ojos no perdían nunca el contacto.

Y luego de aquello las caricias se vieron interrumpidas por el sonido de trompetas que se dejaron escuchar por todo Mikah e hicieron vibrar las hojas en las copas de los árboles.

—¿Qué es eso? —dijo Amelie sobresaltada.

—El ejército del Paraíso —respondió Bastian señalando hacia arriba y la muchacha vio una impresionante escena como si de una película se tratara, una que se proyectaba en la enorme pantalla que era ese cielo púrpura.



## 13. Caballos blancos

Amelie puso los ojos en el firmamento y vio el espacio ocuparse por figuras que se movían a una velocidad constante. Primero le tomó un tiempo comprender lo que estaba viendo, pensó que ya nada más podría sorprenderla, pero ese mundo en el que se encontraba se empeñaba en hacerle la contra. Eran caballos blancos con crines del color de la nieve al viento. Iban surcando los aires y cargaban en sus lomos a ángeles de alas negras con armaduras de plata. Se sintió insignificante allí abajo entre tanta majestuosidad e imaginó que una mujer ángel de cabellos rubios y largos la miraba con reprobación. Los animales no pisaban sobre nada, parecían tener algún apoyo invisible, solo movían sus patas y avanzaban hacia algún lugar.

—Wow... Eso fue de otro mundo. Literalmente —comentó Amelie sin aliento y luego se dio cuenta de que estaba desnuda y aferrada a los brazos de Bastian, todavía dentro de las aguas termales. Él estaba detrás de ella, encerrándola con sus brazos por debajo de su pecho—. ¡Oh, por Dios! Nos pueden haber visto. ¡Qué vergüenza!

Rápidamente y con sus mejillas encendidas se separó de su novio, que no dejaba de reírse, y salió del estanque para ponerse la ropa. Él la imitó, aunque hizo todo de forma más lenta, como si disfrutara aquello, hasta que finalmente estuvieron listos.

—No te preocupes, amor. Tienen más cosas en qué pensar que en una humana desnuda —comentó él haciendo un esfuerzo enorme por contener

una carcajada—. Por lo visto, algo está pasando. Deberíamos volver al centro de Mikah, quiero hablar con Lana o Gael. No pensé que los ejércitos se movilizarían tan pronto.

—¡Y qué ejército! Esos caballos imponían miedo, descontando el hecho de que pueden volar.

—Es una parte de la armada celestial, faltan cinco más como esa. Los que van a caballo son los que más cerca llegan de las primeras líneas enemigas. De ellos hay cuatro grupos. Luego estamos los del medio, como Lana, Gael y yo, que atrapamos a todo el que pase nuestras líneas de defensa y, por último, los arqueros, que debilitan desde lejos, como Mina. Pero muchas veces ellos también pueden pelear cuerpo a cuerpo cuando los números son necesarios.

—Tú estás hablando como si fueras parte o lo hubieras sido, sé que lo fuiste. ¿No estarás pensando en participar en esto, verdad? —preguntó Amelie preocupada, acercando sus manos al rostro del muchacho para acariciar con la yema de sus dedos sus mejillas.

—Nena, cada uno de nosotros debe participar en esta batalla para terminarla de una vez. Hubiera querido que nuestra vida fuera otra, pero a veces no podemos escaparnos de algunas cosas. Incluso los que son como tú, Ada y Stefano, van a luchar. ¿No te lo dijeron?

—Sí, escuché cuando se lo dijeron a los de la Guardia Divina en la playa, el día que recuperé la memoria.

—No me refiero a eso. Ada y Stefano deben haber partido hacia la Tierra hace unos momentos a reunir a los brujos del Bosque Oscuro. Incluso ella iba a contactar a otros líderes brujos para que presten a su gente. No son solo ellos, son todos los de su clase.

—Bueno, si todos van a luchar, yo también. No me voy a quedar afuera como antes y que decidan sobre mí. Sacaré las botas y el traje de látex que ya usé una vez, y me conseguiré una espada o lo que sea. Lo siento, pero la tuya la perdí. Si esto va a terminar, yo voy a poner de mi parte para que se acabe de una vez por todas —dijo Amelie convencida, mirando en la profundidad

de los ojos verdes de Bastian mientras los árboles de flores azules se mecían en la brisa y las horas corrían hacia aquello que indudablemente tenía que suceder.

—Nadie va a decirte qué hacer porque sería injusto, nena. Por más que quiera que estés a salvo, ya no puedo prohibirte que tomes parte. Pero con toda esa nueva fuerza que tienes podrías ser la protectora de tu familia. Tenemos que encontrar un lugar seguro para ellos.

—Eso no suena mal, pero ya veremos. ¿Dónde crees que será la batalla? —preguntó Amelie, que en realidad no dimensionaba lo que se venía. Solo conocía de las guerras mundiales que había estudiado en la escuela.

—Creo que de eso nos vamos a enterar ahora mismo. Vamos a reunirnos con los demás —respondió él y encerró a Amelie con sus brazos. Sus alas nacieron y, luego de aletear tres veces, se elevaron por los aires y volaron a toda velocidad hacia la plaza central de Mikah.

\*\*\*

El viento se sentía frío en su cara y acarreaba el perfume de las flores de los jardines que rodeaban la ciudad. Se concentró en la calidez del cuerpo de Amelie y pensó que esa ya no era la chica que necesitaba tanto de su protección. Era alguien que incluso lo había salvado a él de un lugar y un destino terribles. Si bien se preocupaba por ella y temía que algo pudiera sucederle, sabía que Amy tenía que ser parte de todo porque lo había sido desde un principio. Ellos dos debían estar ahí para ponerle el punto final a la historia. O al menos a su historia. Porque la lucha entre el bien y el mal seguiría eternamente, esta era solo una más de las grandes guerras celestiales que quedarían en los volúmenes históricos de la Biblioteca de Saberes del Paraíso.

Agudizó su visión y logró ver que se había congregado un grupo de gente cerca de las dos torres ya construidas y, si no veía mal, Lana estaba parada

junto a la fuente de la creación y la llama azul que nunca se apagaba en el disco de hierro. Descendió con su chica entre los brazos y, tomándola de la mano luego, se acercó hacia donde estaban los demás. Alexis le sonrió, pero al instante se puso serio; haciendo un gesto con la cabeza, señaló a Lana. La mujer ángel tenía las manos puestas en su cintura y estaba dispuesta a hablar.

—Los hemos llamado para comentarles los nuevos planes y algunas noticias —informó Lana con voz solemne y se hizo el silencio absoluto—. Nuestras patrullas en la Tierra nos informan que hay una gran actividad demoníaca en uno de los accesos al Inframundo al oeste de Puerto Azul. Es un lugar de rocas rojas y parece estar desértico. Entendemos que Aaron logró reunir ejércitos de otros inframundos y que desde allí planean abrir un portal hacia Mikah.

—¿Cómo harían eso? —preguntó alguien de la muchedumbre y Bastian intentó encontrarlo con la mirada, pero no pudo.

—Ya lograron entrar antes e incluso una de ellos mató a nuestros guardianes de los portales y rompió nuestras torres. Con nuestras defensas bajas, ellos pueden volver a entrar. Pero... creemos que no es tan fácil. La última vez solo pudo entrar una, por eso pensamos que se están reuniendo e irán enviando grupos de ataque. Si llegamos a ellos antes de que logren transportar demonios, los aniquilaremos sin tener que preocuparnos por una visita no deseada.

—¿Y cuál sería nuestra función? Solo somos ángeles guardianes en entrenamiento. No somos guerreros como tú —cuestionó un mujer ángel adulta de cabellos claros y ondulados.

—Se les asignará una persona en la Tierra para que ayuden a los guardianes que ya están ahí. Es probable que, con tal de separarnos y que pongamos la atención en otras cosas, empiecen a atacar humanos. Es su hora de demostrar para qué fueron entrenados.

—Lana... —dijo Bastian, acercándose a los escalones que antecedian la tarima donde ella se encontraba—. Escuchamos las trompetas de los ejércitos

y los vimos surcar el cielo. ¿Qué pasó con eso?

—El ejército celestial se está reuniendo. Bajaremos a la Tierra como un diluvio y arrasaremos con toda la maldad a nuestro paso, cueste lo que cueste. Es mejor que tú y los humanos se reúnan en la habitación donde se alojan para decidir la estrategia. Mina los espera allí. Gael y yo iremos a la ciudad de los guerreros. Pronto volveré para darles la señal de actuar. Que la luz de Dios los envuelva y los guarde —dijo Lana y agitó sus enormes alas de plumas negras. Elevándose, se alejó junto a su rubio compañero a gran velocidad y dejó atrás un murmullo de ángeles. Muchos de ellos irían a la batalla por primera vez, directa o indirectamente serían tocados por la guerra, era de esperarse que estuvieran nerviosos.

Bastian tomó a Amelie de la mano y luego de varios minutos de pasos apresurados encontraron al resto de sus amigos. Antes solo había podido ver a Alexis. En silencio y sin saber qué decir caminaron hasta el edificio de las columnas donde precisamente estaba Mina, con una mano apoyada sobre el gran ventanal que daba hacia la plaza. Había estado observándolo todo desde allí.

—Los tiempos están cambiando rápidamente, queridos humanos. La guerra no tardará en comenzar. Seremos los ángeles quienes daremos el golpe inicial —anunció, girando sobre sus pies para verlos. El vestido blanco, que caía perfecto alrededor de su cuerpo, flotó en el aire y volvió a pegarse a su figura con gracia.

Bastian observó a los demás acomodarse sobre las camas. Clara y Héctor estaban tomados de las manos, de seguro tenían miedo.

—¿No la han iniciado ellos ya? —cuestionó Amelie cuando Nadia reposó su cabeza sobre el hombro de su amiga. Alexis estaba junto a su padre, en otra cama.

—Técnicamente, sí, hace miles de años, pero me refiero a que esta vez no dejaremos que den un paso más. Ni bien amanezca en la Tierra, nuestros ejércitos descenderán al Talampaya —explicó Mina y, entrelazando sus

dedos, dejó sus manos tras la espalda—. Pero nosotros nos instalaremos esta noche. Una de nuestras patrullas está buscando una cueva segura para ustedes.

—Si la batalla será en la Tierra, ¿no podrían quedarse aquí, Mina? Es más seguro —opinó Bastian y notó la mirada fulminante de su novia. Era obvio que no quería quedarse fuera de aquel suceso, ya lo había dejado en claro antes.

—No —respondió Mina antes de que Amelie pudiera objetar algo—. Todas nuestras fuerzas estarán en la Tierra. Y, si bien pensábamos que el Paraíso era impenetrable, a lo largo de los años ha habido irrupciones, una batalla de la que fuimos parte nosotros y hace días un demonio entró a romper nuestras torres de cristal. Estarán más seguros con nosotros. Las brujas están reuniendo sus ejércitos también.

—Entiendo. Entonces será mejor que vayamos a la armería por nuestras cosas. Mi amor, tú también —dijo mirando a Amelie y la sonrisa que ella le devolvió fue impagable, no se la olvidaría nunca. Ese pequeño gesto alejó toda la oscuridad que empezaba a cernirse sobre ellos.

—Los demás descansen hasta que los busquemos para el traslado —indicó Mina, pero, apenas Amelie se puso de pie, Nadia y Alexis lo hicieron también.

—Iremos con ustedes a la... armería —dijo Alexis cruzando sus brazos sobre su pecho—. No sé, me gustaría tener un arma o algo, por si las dudas. No quiero morir sin haber ayudado.

—Entiendo el sentimiento, pero no es buena idea, Al —dijo Bastian cuando comenzaban a salir del lugar para atravesar el jardín. Al otro lado, en la otra ala, se encontraba un salón lleno de armaduras de plata y armas. Por suerte, habían decidido tener uno allí también sin necesidad de ir hacia Branah, la ciudad de los guerreros, donde en ese momento se encontraban Gael y Lana con los demás. Eso lo habían hecho a pedido de Bastian, si bien era un ángel guardián, también era un guerrero y quería tener cerca de él un lugar donde

abastecerse. Eso le daba más confianza. Gracias a ese salón pudo armarse rápido cuando tuvo lugar la batalla de Amenah, la segunda vez que cayó Aaron.

El muchacho de cabellos oscuros empujó una puerta de doble hoja hacia un inmenso salón de ventanas altas y rectangulares, que dejaban ingresar la luz a raudales. En la pared opuesta a las ventanas había estantes llenos de armas y, en el centro del lugar, una larga mesa con más espadas de todos los tamaños y formas. Pudo notar la sorpresa en los ojos de sus amigos y vio a Nadia deslizar sus dedos por sobre los escudos de plata, trazando la textura de los símbolos. En ellos había una espada con la punta hacia abajo grabada. Era la misma que podía apreciarse en los banderines azules que llevaban a las batallas y con los cuales se distinguían.

—Wow. ¡Esto es impresionante! —dijo Alexis quitando de la pared una espada larga de hoja ancha.

—¡No! Al... —exclamó Bastian justo cuando su amigo la dejaba caer al suelo de piedra y el estruendo metálico se hacía escuchar por toda la estancia—. Es más pesada de lo que parece.

Mina sonrió, se agachó a recogerla como si no pesara nada y colocó la espada en su lugar. Bastian tuvo que reírse ante la reacción del rubio, como si no entendiera porqué ella podía levantarla tan fácilmente y él no.

—Son años de entrenamiento, además, los ángeles tenemos fuerza sin importar que seamos hombres o mujeres. Si eso es lo que ibas a decir —dijo Mina adelantándose a la explicación que él iba a darle a su amigo.

—Las espadas celestes... —susurró Amelie y, dirigiéndose al fondo del lugar, acarició la hoja de cristal de una de ellas con la yema de sus dedos mientras la observaba fijamente. Bastian se paró detrás de ella dejando que las inspeccionara—. Son como la tuya, Guerrera, lamento haberla perdido en el Inframundo, Bastian. Debía ser muy importante para ti.

Cuando ella se giró sobre sus pies, él puso sus manos en su pequeña cintura y la miró a los ojos fijamente.

—Está bien, Amy. Además, me sentí orgulloso al saber que tú usaste mi espada y, si no hubieras hecho ese movimiento, hacer temblar el reino de Aaron, no habiéramos salido de allí con vida. Prefiero tenerte a ti y a mi vida que la espada —comentó y se acercó para darle un suave y tierno beso en la frente.

—Esta podría ser perfecta para ti, Alexis —dijo Mina y, tomando un arma en sus manos, se la mostró—. Es una ballesta y dispara pequeñas flechas construidas del mismo cristal que las espadas que Amelie y Bastian están viendo ahora. Yo soy más romántica, prefiero mi arco, pero esta tiene potencia y gran alcance.

—Me gusta, ¿me enseñarás a usarla? —preguntó él con la ansiedad de un niño el día que le toca abrir los regalos de Navidad.

—Por supuesto que lo haré. Tú podrías hacer guardia con Amelie en la entrada de la cueva que les asignemos. Si ven a alguien de los malos acercarse, puedes usar la ballesta para detenerlos desde lejos sin necesidad de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

—¿Y yo me quedaré sentada viendo la vida pasar? —preguntó Nadia, que se había acomodado sobre el borde de la mesa y movía sus piernas en un lento vaivén.

—No, tú tendrás esto —dijo Bastian, tomó de la pared una pequeña daga que a la vista parecía insignificante y se la dio. Ella la agarró por la empuñadura y la giró de un lado al otro viendo siempre los mismos lados, como algo que no tenía valor.

—El arma de Al es mucho mejor que esto. Me subestimas por ser mujer —protestó viendo a Bastian con incredulidad. Él chico se acercó y puso sus labios cerca de la daga.

—*Ignis* —susurró y alejó el rostro. Al instante un fuego azul cubrió la hoja de la daga y chispas cayeron al suelo para desaparecer al instante. Los ojos de Nadia se iluminaron y movió su arma en el aire escuchando un zumbido cada vez que lo hacía.



—Esto es... impresionante —dijo la muchacha rubia todavía sin poder creerlo.

—Lo que dije significa «fuego» y es el nombre de esa daga. Si lo repites, la llama se apagará. Es mil veces más poderosa encendida que apagada y, en caso de usarla contra un demonio, lo convertirá en cenizas con el más mínimo roce —explicó el ángel con una sonrisa—. Y no te he subestimado en absoluto, porque sé que eres fuerte te di el arma más poderosa.

—*Ignis* —dijo Nadia en voz alta porque no se animaba a acercarse tanto a esa hoja brillante y el fuego azul se consumió, con lo que su arma volvió a la normalidad—. Gracias, Bastian. Ahora me siento más segura.

Mina se llevó a Nadia y Alexis al jardín. El muchacho necesitaba practicar su puntería y qué mejor que un árbol de manzanas para probarla. Nadia se la pasó jugando a encender y apagar su daga, y luego Mina le dijo que siempre debía atinar a cortarle el cuello a un demonio. Podía cortarles un brazo o una pierna y se seguirían moviendo y lanzando maleficios. Pero una vez que la cabeza ya no estaba, lo demás se iba al suelo. Ya no había posibilidad de usar la boca para crear magia.

\*\*\*

Amelie y Bastian se quedaron juntos. Él se acercó a una especie de armario de madera en donde buscó un traje oscuro. Quitándose la ropa sin problemas, se quedó solo con sus *boxers* y se puso esos pantalones que se ajustaban a sus piernas. Arriba dejó su torso desnudo por un momento y le pidió ayuda a Amelie para que ajustara algunas cosas de su armadura de plata. La espalda quedaba al descubierto para que pudieran nacer sus alas, pero la pechera era resistente y lo cubría por completo. Tuvo que asegurarla en su cintura y detrás de su cuello. Se puso también unas botas que llegaban hasta por debajo de las rodillas y, sobre estas, una especie de protección que, si bien era resistente, le permitía doblarlas a su antojo y moverse con agilidad. Desde las

muñecas hasta los codos se puso una especie de mangas metálicas para protegerse los brazos.

Luego fue a buscar una de las espadas de cristal y se giró para verla. Se veía magnífico en esa pose, llena de confianza y seguridad, y que transmitía fortaleza. Aquello le quitó el aire a Amelie.

—Ahora sí te ves como todo un ángel guerrero, amor —comentó ella con una sonrisa enorme y se acercó a él para depositar un beso en sus labios.

—Gracias, nena. Te toca a ti ahora elegir una espada y ponerte el traje. Ya estoy pensando en lo sensual que te vas a ver —dijo él con una sonrisa pícaro y su novia le guiñó un ojo.

Amelie recorrió la pared, mirando cada espada, sus empuñaduras y hojas, y finalmente se decidió por una de tamaño medio que tenía una serpiente de plata enredada en el mango.

—Di la palabra *Initium* —explicó Bastian dejando su espada sobre la mesa y se cruzó de brazos. Llevaba en el rostro la mirada y la sonrisa de los que esperaban que algo suceda.

—*Initium* —pronunció Amelie cerrando sus ojos por un segundo y un fulgor púrpura iluminó el recinto, y le entibió el rostro—. ¡No es azul! ¡Es púrpura! ¿Qué significa su nombre?

—Comienzo, así se llama. Y es de otro color porque es antigua y poderosa. Cuando las estrellas eran jóvenes, su cristal tenía un brillo púrpura. Es la única de ese estilo aquí. Hay muy pocas y se encuentran en Branah.

—La ciudad de los guerreros... —susurró la chica. Volviendo a decir el nombre de su espada, esta se apagó—. Ojalá el nombre de esta espada sea un presagio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bastian volviendo a tomar su espada de la mesa. Partirían en cualquier momento.

—A que esto no sea un final, sino un comienzo. Tal vez por eso la elegí entre todas, porque tengo esperanzas de un nuevo inicio para el mundo y para nosotros —respondió ella y luego se puso su traje de látex negro más las

botas y se ató el pelo en una cola de caballo alta, todo frente a los ojos de su novio.

—Dime una cosa. ¿Por qué no te comenté todo esto el primer día en la cafetería del Highland? Podría haberte visto usar este traje *sexy* mucho antes. ¡De lo que me perdí! —dijo él con una enorme sonrisa y se acercó a abrazarla por detrás para depositar un sonoro beso en su mejilla—. Realmente deseo que sea un nuevo comienzo y, si es un final, estaré feliz de que sea junto a ti. Te amo, Amy.

—¡Tontito! Yo también te amo —exclamó ella y se estremeció en sus brazos. Luego tomó su mano y ambos abandonaron la armería para reunirse con los demás en el jardín. Lana y Gael también estaban allí.

## 14. Sangre como ríos

—¿Alguna novedad, chicos? —preguntó Bastian a los recién llegados y Amelie se dedicó a observar cómo Mina instruía a Alexis en el uso del arco mientras Nadia practicaba movimientos con la daga, bajo órdenes de Mina también. Esos pocos minutos de enseñanza poco podrían ayudarlos, ni siquiera ella con un mes y medio de entrenamiento se había sentido tan segura al ingresar al Inframundo. En cuanto a la magia y lo de su aura, se sentía aún menos preparada. Pero todo lo que sirviera para darles confianza a sus amigos en aquella ocasión estaba bien.

—Sí. Nuestras patrullas encontraron el punto exacto donde se están reuniendo los demonios. Hemos decidido atacar a ese grupo reducido, acabar con ellos e instalarnos en el sitio, así los humanos tendrán tiempo de hallar un escondite —respondió Lana, que ya estaba ataviada con una impecable armadura de plata que atrapaba la luz del lugar y la multiplicaba en destellos blancos que flotaban en el aire.

—Mina irá con ustedes y la primera legión los escoltará. Nosotros descenderemos cuando aparezcan el resto de los demonios y Aaron. Además, queremos tener el Paraíso vigilado hasta saber que en realidad no es solo una cortina de humo la presencia de los demonios en el Talampaya —explicó Gael, que parecía más rubio que nunca y sus ojos estaban tan claros que podría verse su alma desde allí, si era que los ángeles tenían almas. Aferraba con su gran mano el cabo trabajado de su ancha espada, que aún dormía en su

vaina contra el costado de su pierna.

—¿Están seguros de esto? ¿No necesitaremos más apoyo? —preguntó Amelie un tanto preocupada. Apareciendo por detrás de Bastian y captó la atención de los ángeles guerreros. Gael no pudo evitar esbozar una sonrisa ladina y darle un vistazo exagerado a su hermano ángel, levantando las cejas en demasía.

—Guárdate el comentario, Gael —dijo Bastian y Amelie resopló como quitándole importancia a aquella sobreprotección masculina o a lo que fuere que esos dos quisieran llegar.

—Amelie, la primera legión se compone de cien ángeles. Además, tú nunca has visto luchar a Bastian, de seguro él solo puede terminar con esos veinte demonios que están reunidos ahora. También estará Mina y sería bueno que, ya que te has vestido para la guerra, en el buen sentido, ayudaras en algo —dijo Lana esbozando una sonrisa desafiante y acomodó su cabello azabache.

—¿Vestida para la guerra en el buen sentido? Supongo que ya conoces el mal sentido humano de la frase. ¡Qué rápido aprenden! —exclamó la muchacha y se alejó para reunir a sus amigos. Esa vez no harían transportación porque eran demasiados si sumaban a la legión y podían aparecer uno sobre el otro, sufrir lesiones o destinos peores. Además, tampoco conocían demasiado el lugar. En esa ocasión iban a descender, fuera eso lo que fuera, Amelie no tenía bien en claro esa parte. Solo había escuchado a Lana decir que sería la mejor manera de bajar a la Tierra, como en los viejos tiempos y como lo había hecho Gabriel en su momento, de forma tradicional.

Al final resultó que descender se trataba de bajar volando, porque al parecer, si bien estaban en otro plano, el Paraíso sí quedaba en las alturas. Pronto los humanos se vieron cargados en los brazos de fornidos ángeles que no los dejarían caer nunca.

Amelie, por supuesto, viajó en los brazos de Bastian y sintió frío en el rostro cuando atravesaron nubes que nada tenían que ver con el algodón ni la

suavidad, eran puro gas y humedad que le congelaron la cara. Pero una vez que se abrieron paso entre ellas el paisaje la dejó sin aliento. Se quedó observando el inmenso océano azul que lo cubría prácticamente todo, el verde y marrón del relieve de la tierra y las manchas blancas que en realidad era nieve de las cadenas montañosas. Solo se podía oír el romper del viento gracias al aleteo incesante de centenares de alas negras que surcaban el cielo como cuervos.

En la Tierra parecía estar atardeciendo, la noche estaba por llegar, porque los colores del cielo sobre el mar eran una mezcla de rojo intenso y naranja dispuesta a morir pronto. Y, a medida que avanzaban más y más en caída libre, notó que el verde desaparecía y el colorado se hacía presente de manera paulatina. Ese era el Talampaya y sus rocas, recordaba algo de las clases de geografía en las interminables horas que había pasado en el Highland.

Pero luego su cabeza giró de repente y pudo ver algo aún más bello que toda la Tierra y sus colores vistos desde el cielo. Observó a Bastian, quien la cargaba. Tenía sus ojos verdes llenos de atardecer y su cabello oscuro volaba gracias al viento que se enredaba en él como si quisiera jugar. Detrás de su cabeza estaba el sol, que poco a poco iba empalideciendo. Miró a Nadia, quien tenía una enorme sonrisa producida por el hecho de volar, y a Alexis, que no se veía tan diferente. Su rostro estaba iluminado. Clara estaba hipnotizada por su acompañante, de seguro lo pintaría y sería una correcta obra maestra esa vez. Héctor y Bruno tenían ojos inmensos, que devoraban cada detalle del cielo o estaban algo asustados. No pudo evitar soltar una carcajada ante eso.

—¿De qué te ríes, amor? ¿Son los nervios o tengo algo en la cara? — preguntó Bastian sonriente dedicándole una mirada fugaz.

—No. Aunque las circunstancias no son las mejores, me río de felicidad porque todos ustedes están conmigo y porque, a pesar de haber perdido mucho, no me imagino una vida que no fuera esta. Hoy acepto su dolor por las cosas buenas que me ha traído. Acepto las noches de llanto y las sonrisas

espontáneas. Lo acepto todo y me entrego a lo que tenga que ser —dijo ella pensativa, cerrando los ojos por un momento para guardarse todo aquello en el corazón. Suspiró hondo y su pecho se llenó de calor. No iba a permitirse derramar una lágrima, pero pudo sentir cómo sus ojos se mojaban.

—Amén —agregó Bastian y estrelló los labios contra los de su chica y, con fuerza y junto a cientos de ángeles de la primera legión, descendieron a la Tierra.

Los pies de todos tocaron la tierra colorada y el polvo se levantó por los aires y se elevó en forma de nubes. Un ángel robusto, de cabellos claros y largos que tocaban sus hombros, se acercó a Bastian y Mina para hablar con una gruesa voz.

—Deberían buscar un refugio para los humanos. Los demonios se encuentran a unos cuantos metros detrás de aquellos riscos —dijo él señalando torres de piedra roja—. Es el punto que indicaron los que fueron en el rastrillaje.

—Está bien. Déjenme eso a mí —dijo Mina asintiendo y voló a toda velocidad en dirección opuesta a la amenaza, hacia los riscos que le habían indicado. Aquellas construcciones rocosas de la naturaleza parecían rasguñar el cielo que se apagaba un poco más.

—Ahora, capitán, dígame una cosa —dijo Bastian con respeto en su voz, mirando al ángel que era más alto que todos los demás. Los humanos se quedaron allí reunidos como un grupo de cachorros asustados—. ¿Cuándo atacaremos?

—Apenas sus amigos estén a salvo. Utilizaremos el elemento sorpresa y arrasaremos con ellos. Los superamos en número y por supuesto que venceremos, para eso fuimos entrenados. No hay en mí duda alguna —aseguró Artemis, el capitán, mientras sus cabellos finos flotaban por la brisa terrestre.

A los minutos volvió Mina con una sonrisa dibujada en sus labios y tocó la tierra con sus pies. Amelie antes no le había prestado atención, pero tenía el

par de alas más bonito de todos. Tal vez las diferencias eran casi imperceptibles, pero en aquel momento notó la gracia con la que se plegaban contra su espalda desnuda y la forma en que terminan las puntas de sus plumas, como un leve trazo ondulado con un pincel. Su pechera blanca relucía entre toda la roca.

—Encontré una cueva en las alturas, en el risco del medio —dijo señalando tres construcciones de piedra que parecían gigantes—. No es tan lejos de aquí y no creo que los demonios se interesen en hacer patrullaje. Estarán más ocupados luchando contra la legión. Y tenemos una vista privilegiada de lo que supongo será el campo de batalla. También es un punto estratégico para los que usamos arco. Necesito que me ayuden a llevar a los humanos hasta allí.

Ante esas palabras, Amelie comenzó a sentirse nerviosa y su mano voló por los aires para tomar la de Bastian y entrelazar sus dedos. Una cosa había sido pensar en la batalla, sentirse fuerte, y otra distinta era estar pisando un campo de guerra en el que personas que amaba y un ángel a quien adoraba podían perder la vida.

—Tendrás que ir con ellos, amor. Yo me quedaré aquí con Artemis para dictar los últimos lineamientos. Y Amelie... ten fe en mí, envuélveme con tus buenos deseos, sé mi escudo —dijo él tomando el rostro de la muchacha con sus dos grandes manos y, acercando su cara para mirarla a los ojos, la cegó con esa mirada tan verde y luminosa. Sin darle tiempo a reaccionar, posó su boca sobre la de Amelie y sus labios se pegaron y se negaron a separarse por un tiempo.

—Lo haré, pero tú prométeme que serás ese ángel que imagino cuando la Guardia Divina habla de ti, un guerrero implacable. Véncelos y vuelve a protegerme —dijo y se estiró para depositar un beso en los labios de su novio y, acarreada por los demás, se alejó permitiendo que finalmente una lágrima rodara por su mejilla. Llorar no era malo, le recordaba que a pesar de todo era humana. Deseaba con el alma que entrara la noche, y con esos demonios



aniquilados, él volviera sano y salvo al escondite.

Los humanos fueron llevados hasta un ancho hueco en la roca, que daba paso a una cueva no muy grande, pero con suficiente profundidad como para que Amelie, sus dos amigos y sus padres pudieran sentarse y extender las piernas. Mina se quedó con ellos parada al borde de la entrada, mirando todo el tiempo en dirección a sus hermanos. Los ángeles que los habían cargado volvieron a reunirse con la legión.

Los demás se sentaron reposando las espaldas contra la dura roca. Nadia recostó la cabeza en el hombro de Alexis, quien miró a su amiga de tal forma que ella sintió que le preguntaba si estarían bien. No podía asegurarlo. Para darles confianza caminó hasta donde estaban y se sentó junto a Clara, quien le tomó la mano y la miró con esos ojos tiernos como aquella primera vez cuando llegó a su casa y, dándole un abrazo fuerte, la hizo sentir bienvenida.

—¿Te acuerdas del cuadro del ángel que te regalé, Amelie? —preguntó ella con una sonrisa que apareció en sus labios.

—Sí, todavía siento que debo pagártelo junto con el de la mariposa —comentó Amy apretando su mano.

—Me equivoqué.

—¿Al obsequiármelo?

—No, con las alas. No son blancas, son completamente negras. En todo Mikah no vi alas blancas. Me equivoqué —dijo observando las alas oscuras en la espalda de Mina, sus puntas tocaban el suelo. No las había guardado, debía estar lista para cualquier cosa que pudiera suceder. Si bien nunca les llevaba más de un minuto hacerlas aparecer, cualquier segundo perdido podría significar una muerte. También había visto la rapidez con la que mataban los demonios.

—Blancas o negras, son alas y déjame decirte que pintas las mejores alas que haya visto —comentó la chica.

Tal vez fueron los nervios, el cansancio, el cóctel de emociones en tan poco tiempo, pero todos comenzaron a reírse e inundaron el espacio con sus

carcajadas. Los buenos momentos eran escasos y las risas se vieron interrumpidas por estruendos que, levemente, hicieron vibrar la roca hasta los cimientos. Un fino polvo naranja llovió sobre ellos.

—Bueno, ha comenzado —anunció Mina cruzándose de brazos y todos se pusieron de pie. Parándose junto a ella, observaron la planicie a lo lejos, rodeada por altas paredes de roca como si fuera un inmenso estadio de fútbol.

Los ojos de Amelie captaron movimiento. Manchas blancas y negras, que se movían, chocaban entre ellas y se desvanecían en explosiones de humo negro como si los contrincantes saltaran y volvieran a caer. Rayos de luz bajaban desde el cielo e impactaban el lugar.

—¿Qué es esa luz? —preguntó Alexis con interés y los ojos completamente abiertos y puestos en el cielo.

—Son rayos invocados por las espadas de los guerreros de la legión. Pulverizan demonios como nada. Pues polvo eres... —dijo Mina y se agachó extendiendo su brazo hacia uno de los costados para tomar su arco y una flecha de cristal transparente. La colocó en el arma, se puso en posición y con un elegante movimiento dejó que la flecha volara surcando el aire y causara una explosión oscura a lo lejos.

—Supongo que eso es uno menos de ellos —comentó Amelie, entrecerrando los ojos para poder ver mejor.

—Él está bien... Bastian, está acabando con varios. Hace buen equipo con Artemis. El capitán es joven, pero está dirigiendo muy bien a su grupo —comentó Mina con una sonrisa enorme.

—Y tú haces buena pareja con él —interrumpió Nadia y el ángel se quedó de piedra.

—¿Qué dices? Yo... y A-Artemis. Oh, no... —Soltó una risita entretenida con un dejo de nerviosismo y miró a la humana de cabellos rubios—. Los ángeles no sentimos como ustedes. No podemos enamorarnos.

—Bueno, yo creo que ya es hora de que empiecen a enamorarse un poco. Además, sonreíste raro cuando lo nombraste y estás nerviosa ahora. Tal vez

nunca lo hayan puesto en palabras, pero eso que sientes es amor —dijo Nadia. Amelie soltó una carcajada por la reacción de Mina y notó algo nuevo en ella, tal vez era sutil, pero estaba pasando.

—¿Mina? ¿Te estás sonrojando? ¡No puede ser! —exclamó Amy picando la mejilla rosada del ángel—. Yo creo que alguien está...

Una explosión fuerte produjo vibraciones en el suelo. Una segunda explosión grande tuvo lugar y polvo rojo se desprendió de las paredes. Luego una tercera explosión mortal fue acompañada de una columna de fuego. Cuarta, quinta y así varias más, retumbaron como tambores.

Mina perdió toda sonrisa y sus ojos se volvieron blancos, como si una niebla intensa los hubiera llenado. Sus manos se movieron en el aire de forma extraña y, haciendo aparecer una trompeta dorada en sus manos, cantó. Llevó un extremo a su boca y al soplar produjo un estridente sonido que se replicó con el eco y silenció cualquier otro sonido.

En el campo de batalla las explosiones seguían, llamaradas de fuego se elevaban por los aires como torres.

—¿Qué pasa? ¿Mina, qué pasa?

—¡Es una emboscada! Más demonios están saliendo. Aaron... es él —dijo mirando lo que los demás no podían apreciar. Su expresión parecía preocupada, tal vez no se habían esperado aquello.

De repente, los cielos se cargaron de nubes oscuras y perdieron el color rojo del atardecer. Huecos de luz blanca comenzaron a abrirse y como una lluvia de estrellas plateada los ángeles y sus legiones descendieron a la Tierra. Algunos, sobre los lomos de imponentes corceles y otros, simplemente volando acompañados por flechas de los arqueros, que zumbaban a su paso. Algunos cargaban banderines azules de batalla, que flameaban en el viento. y otros volaban a toda velocidad con las puntas de sus espadas apuntadas hacia el suelo.

—¡Demonios! No pensé tener vida para ver esto. Ni la película con mejores efectos especiales podría lograr algo así —comentó Alexis boquiabierto y

luego se lamentó por no poder estar más cerca de la acción ante un reproche de Nadia.

—Amelie, tengo que estar allí con mis hermanos, de nada me sirve arrojar flechas desde aquí, podría delatar la posición y ponerlos en peligro —dijo Mina, mirándola fijamente a los ojos—. Quédate aquí, protege a los tuyos, media parte de mí estará pendiente de si alguien se acerca a esta cueva. No podrán tocar el lugar sin que una flecha los atraviese, pero no puedo quedarme aquí.

—Lo sé, ve y haz lo que mejor sabes hacer. Cuídalos a todos —dijo Amelie y observó cómo Mina se arrojaba al vacío y luego extendía sus alas para volar hacia el caos de gritos, choques de espadas, humo y chispas. De repente, todo el ruido acallado por la trompeta había vuelto para amenazar la calma.

Ella y sus amigos aferraron sus armas con las manos. Nadie iría hacia ellos, pero le daba seguridad tener algo con que defenderse.

—Amelie, estaremos bien aquí, ¿verdad? Sé honesta con nosotros — preguntó Héctor, hablando luego de mucho tiempo, posando sus manos en los hombros de Clara. Estaba detrás de ella.

—Quisiera decirte que sí. Bastian me ha salvado de cosas así, pero esto es gigante. Roguemos para que ningún demonio sienta nuestra presencia —dijo Amelie cuando sus ojos se pusieron en blanco y las palmas de sus manos se elevaron a la altura de su rostro, como si estuviera tocando una pared invisible.

—¿Qué te pasa, amiga? —Era la voz de Nadia, pero ya no podía escuchar más, envió aquella voz a un lugar lejano. En sus ojos y en su mente se dibujó el campo de batalla con demasiada claridad, era casi imposible porque no tenía conocimiento del territorio y aun así podía verlo. Había un demonio con cuernos que nacían de sus hombros, que mataba ángeles que caían en el suelo y creaban ríos de sangre. Era una mujer, porque llevaba el pelo largo y púrpura. Sus labios eran del mismo color de la muerte. Había sangre seca en

sus manos, lo que demostraba que ya había matado antes y lo volvería hacer porque era implacable. Su capa violeta ondulaba en el viento mientras corría entre aliados y víctimas. La malvada tenía a alguien en su mirada y ese era Bastian, que luchaba con dos demonios a la vez y no podía verla.

Algo le quemó en el pecho a Amelie y, subiendo por la garganta hasta su cabeza, la despejó de todo y la llenó de nuevos conocimientos que por fin nacieron. Pudo ver hilos blancos casi invisibles en el aire que lo conectaban todo. Una cuerda que tocara con sus dedos desencadenaría reacciones. Cerró los ojos un momento y deseó con el corazón que sus amigos se quedaran protegidos. Imaginó una pared de energía roja como su cabello y esta se levantó desde el piso y cubrió la entrada de la cueva. Se paró detrás de ella y a través de la barrera vio la desesperación en sus seres queridos.

—Estarán bien. Lo sé y lo siento. Nadie podrá tocarlos porque los protege el amor que les tengo, contra eso nada puede. Ni siquiera la maldad puede hacer el menor rasguño o quiebre en esta pared que les dejo para protegerlos y guardarlos de tanta oscuridad. Pero van a matar a Bastian si no voy —dijo girando sobre sus pies y se dejó caer sin miedo alguno. Un viento que la envolvió le entibió el cuerpo e hizo que el descenso fuera de forma lenta hasta que sus pies tocaron la tierra con seguridad. Su aura se había despertado por completo y se moldeaba a cada cosa que ella pensara.

Sonrió complacida porque por fin se conocía, finalmente había encontrado su fuente de poder, era el amor que sentía por los suyos. Corrió a una velocidad impresionante sintiendo el relieve del terreno en cada golpe de su taco contra el suelo. Le faltaban unos cuantos metros cuando de repente vio cosas volar por sobre su cabeza. Eran personas montadas sobre pedazos de ramas retorcidas; las brujas y hechiceros se unían a la batalla.

## 15. El padre y sus hijas

Con ellos como escolta, decenas de brujos que volaban por sobre su cabeza con sus capas y vestidos, finalmente llegó al lugar empuñando su espada, que no dudó en transformar en luz púrpura con tan solo un susurro. Primero pensó que eso llamaría la atención y que todos los demonios que estaban cerca se arrojarían sobre ella, pero la escena era una especie de coreografía coordinada de la que nadie se salía de lugar. Cada uno prestaba atención a lo que tenía que hacer, trataban de matar y no perder la vida en ello. El paisaje no era para nada lindo como hasta hacía unos minutos, ahora todo se cubría de fuego, hacía calor y el polvo, más feroces gritos de guerra, lo llenaba todo.

La que parecía ir en otro ritmo en aquella danza era ella, que irrumpía en tal equilibrio para desencadenar el caos. Se acercó al primer demonio que tuvo cerca, una mujer de cabellos tan rojos como los suyos, ataviada en un traje hecho de centenares de cadenas doradas, que estaba luchando con un ángel guerrero. Aprovechó para pararse detrás y abrirle una profunda herida en su cuello. No se detuvo a ver de qué forma parecía, era imposible detenerse en aquel mar de seres que la empujaban hacia adentro del maremoto y cualquier segundo en el que bajara la guardia podría significar su muerte. Saltó, se agachó para cortar piernas y esquivó ataques pensando en ese demonio de cabello violeta. La había visto matar a Bastian y, como si la película volviera a repetirse, lo observó todo con claridad. Lo que había tenido antes había sido una breve visión de un futuro cercano, demasiado próximo.

Mientras ángeles y demonios caían al suelo como castillos de naipes y se movía alrededor de ellos, Amelie observó a la delicada pero engañosa criatura de cuerpo esbelto desde una roca alta. Bastian estaba luchando contra ella en lo que parecía un amplio pozo en el terreno. Él podía detener los golpes usando la hoja de su espada, pero, de no ser por su fuerza, aquel ser maligno podría hundirlo en la tierra con los azotes de poder que le daba. Sintió ruido a su costado y pudo ver una bestia enorme. Un demonio de pecho inflado cubierto de plata y con unos cuernos a los costados de su cabeza. El terror la invadió de inmediato porque pensó que el mismo Diablo, o al menos la representación que ella tenía de él, se había hecho presente. Ni siquiera logró tocarla. Un muchacho de cabello castaño se paró sobre sus hombros, tomó los cuernos torcidos y girando en el aire hizo que su cuello se quebrara. Era Stefano. Le agradeció con un gesto de su cabeza y al segundo él se dispuso a continuar luchando.

Y fue justo allí, al torcer su rostro para observar la escena anterior, que vio a su novio con una mano llena de uñas alrededor de su cuello mientras sus pies colgaban en el aire. Era casi increíble el hecho de que aquella mujer pudiera con él, pero conocía a los demonios de sobra. Acercó la espada a sus labios y pronunció su nombre para encenderla porque antes la había apagado. El color púrpura se puso intenso y no fue solo por el poder del arma, sino que su propia aura se envolvió en la hoja de cristal. Dobló las rodillas un poco, golpeó el suelo con los talones y salió despedida como una bala que atravesaba el aire. Decenas de luchadores, buenos y malos, tuvieron que quitarse de su camino para no ser arrasados y carbonizados por la luz de la espada. Finalmente, logró impactar al demonio. Chocando fuertemente su hombro con el de ella, la hizo volar contra una pared de rocas. Una nube de humo se desprendió de la zona de impacto.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? Deberías estar cuidando a los demás — preguntó él con una expresión incrédula.

—Salvándote, tonto. Ellos se encuentran mejor que tú en este momento —

respondió ella con una media sonrisa. La mujer de cabellos violeta no la dejaría tranquila por mucho tiempo. Solo estaba algo confundida, pero no muerta.

—¡Amelie! —gritó Bastian y el terror le cubrió los ojos. Eso fue lo último que vio o escuchó.

Una fuerza similar al viento la envolvió como brazos y manos dañinos, que la tomaron de todas partes para arrastrarla a un nuevo mundo. Ni siquiera había podido asir su espada, que se le cayó de las manos como si fuera la chica frágil de antes. Se vio dando vueltas y vueltas en la nada, en la oscuridad misma, hasta caer sobre su costado en el duro suelo negro. La tierra estaba seca y agrietada. Pestañeó varias veces para ajustar la visión. Había árboles quemados en los que aleteaban mariposas oscuras y se podía escuchar el silbar del viento.

Se apoyó sobre sus manos y se puso de pie, levantando justo los ojos para ver a alguien parado a unos metros de ella. Llevaba una larga túnica que lo cubría hasta los pies, una capucha sobre la cabeza, por la que asomaba su cabello dorado, y una sonrisa siniestra.

—Aaron... —susurró y el viento pareció atrapar el nombre para llevarlo a oídos de su portador.

—Amelie, hija mía. Sí que has sido difícil, pequeña, debo reconocer que sabes dar pelea. Hemos tenido que llegar al Apocalipsis para poder encontrarte.

Los escalofríos la recorrieron entera. Primero, porque no se consideraba su hija –aunque técnicamente lo fuera, le parecía aberrante– y, segundo, porque Bastian era el único que la llamaba pequeña y se oía tan horrendo al venir de los labios de esa criatura que no pudo evitar el temblor.

—Me alegro de ser tan importante. ¿Podrías decirme algo antes de terminar conmigo? —preguntó sin ningún indicio de miedo porque sabía que ese sería el final, el verdadero fin había llegado. No había sido con Zaira, ni en el Inframundo, ese era el final, su muerte, y no iba a ser tan tonta como para



negárselo. Había cosas que por más esperanza que se tuviera uno sabía que iban a pasar.

—No quise que este fuera tu destino, pero no me quedó opción —dijo flotando a su encuentro, no pudo moverse de su lugar porque parecía estar atada a la tierra y cuando miró sus pies pudo notar raíces de un marrón oscuro, que nacían de las grietas en el suelo para enredarla. De repente, Aaron estuvo detrás de ella y atrapó su cuello con su mano de largas uñas, que le rasguñaron el mentón. Se tuvo que contener para no sentir arcadas.

—¿Por qué? ¿Qué me hace diferente como para amenazarte tanto? El señor del Inframundo rendido ante una simple humana o bruja.

—Verás... tú le has dado esperanza a un ángel y has hecho que Dios le perdone cosas que a mí no me perdonó. Él me condenó, él dejó morir a Mariana y me quitó todo lo que fui. Tu muerte y la de sus ángeles será mi mensaje. No siempre puede salirse con la suya, él pagará con la muerte y la sangre de todos ustedes.

—¿Quién demonios es Mariana?

—¡¡Ella está muerta!! —gritó distorsionando su voz con el rugido de un león y Amelie tuvo que cubrirse los oídos porque aquello era desgarrador y le quitaba cada gota de esperanza, la poca que ya le iba quedando. El agarre en su cuello se ajustó más, poco a poco comenzó a perder el aire que le daba vida y los ojos se le pusieron llorosos.

—Pasé días enteros pensando en cómo matarte, en las mil maneras en las que podría hacerte sufrir y ahora que te tengo aquí, tan frágil como una rosa, podría quebrar tu cuello con un poco más de presión.

—Entonces... mátame —murmuró ella sin más ganas de resistir porque todo pasó por su cabeza: el rostro de Martina el día del accidente, sus padres tomados de la mano antes de que los vidrios de la camioneta explotaran, Alexis envuelto por granos de arena mientras volaba por los aires, Nadia al llorar por su culpa, Bastian siempre ahí, siempre dispuesto a defenderla, y la oscuridad que acechaba su vida constantemente.

Sus piernas se debilitaron y hubiera caído al suelo de no ser porque la mano de Aaron la sostenía por el cuello. Sus ojos estaban por ponerse blancos cuando una explosión de humo negro hizo que el maligno la soltara de repente. Cayó al suelo en cuatro patas y respirando con dificultad levantó la mirada para ver a una mujer de cabellos oscuros y largo vestido aparecer de la nada. Sonrió porque se dio cuenta de que era Ada, quien llevaba puesto un traje hecho por miles de pequeños aros metálicos negros unidos entre sí para formar un vestido que se ajustaba a su cuerpo. Llevaba plumas oscuras sobre los hombros y una mirada temible.

—Bueno, bueno, bueno... Si es mi otra hija, la desterrada —comentó Aaron soltando una risita entretenida y, aprovechando eso, Amelie tomó su pierna cubierta por el metal de su armadura—. ¿Y tú qué haces? Por favor, conserva un poco de dignidad el día de tu muerte.

—Te detengo —aseguró Amy asintiendo con la cabeza lentamente. Algo sucedió, el polvo y algunas rocas comenzaron a elevarse flotando en el aire y sus cabellos volaron también. Era la primera vez que veía sorpresa en los ojos de Aaron y eso la alentó aún más.

—¡No seas estúpida! ¡Que me sostengas la pierna no va a detenerme! —exclamó tratando de dar un paso adelante. No pudo moverse y aquello lo sorprendió, algo que demostró en la expresión confundida de su rostro—. ¡Ay, por favor! ¿Qué clase de truco es este?

Haciendo un poco más de fuerza, pateó a Amelie en su costado y, haciéndola rodar varias veces por el suelo, se liberó del agarre de su aura. La muchacha cayó a los pies de Ada, quien la observó un instante hasta que ella le indicó que estaba bien con una mueca.

Ada se elevó en el aire extendiendo los brazos a sus costados y el graznido de cientos de cuervos se dejó escuchar. Eran una nube oscura que avanzaba a toda velocidad desde el horizonte.

—Me encanta conocer las reglas de tu realidad paralela, padre —dijo ella con repulsión y con un movimiento de sus manos ordenó a la bandada de

pájaros que atacaran al demonio. Alas, uñas y picos sobre Aaron, que encendió una llama de fuego rojo intenso alrededor de sí mismo y quemó las aves e hizo que las demás se alejaran.

—¡Qué truco más barato! Zaira era mejor que tú.

—¿Hermana? ¿Estás lista? —preguntó Ada sonriente y Amelie se puso de pie. Tal vez no entendió muy bien a qué se refería la otra mujer, pero concentrándose en su aura logró flotar a la altura de la otra—. Digamos que Amelie es mi preferida. ¿Conocías la profecía de la desterrada? No me digas que solo querías matar a Amelie porque no pudiste amar a una humana y te molesta que Dios sí lo haya dejado a Bastian.

Amelie no entendió nada de lo que ella decía, pero el semblante de Aaron cambió por completo. Eso sí que nunca lo había visto. Allí estaba ocurriendo algo raro, tanto como para ponerlo así. Su rostro, que se desfiguraba, perdió toda la belleza que había tenido antes. Comenzaron a notarse sobre su piel miles de arrugas como grietas en una pared vieja.

—Ada, ¿qué estás diciendo? —susurró Amelie por lo bajo y su compañera soltó una carcajada.

—Llegará un día una muchacha de cabellos rojos como el fuego, una que no sabe de su cuna ni de la sangre que está en juego. Primero será niebla débil, luego solo una brisa leve y finalmente se convertirá en tormenta sobre el terreno estéril. Verá cosas que otros no ven y se enamorará de quien no debe. Tendrá una fuerza tremenda más no ostentará sus poderes. Se unirá a su hermana de las sombras en un oscuro día frente al Caído, para ponerle fin a su existencia y regresarlo al lugar de donde no debió haber salido. Día y noche, clara y oscura. Muerte y vida. Final de tus días.

—¡Maldición! ¡Malditas perras! —gritó Aaron y el cabello rubio cayó al suelo suavemente como copos de nieve y quedó calvo. Sus ojos se volvieron una bola negra y sus uñas blancas se convirtieron en garras sucias. Rugiendo como un animal que toma impulso en cuatro patas, corrió hacia ellas.

—Ada, más te vale tener un buen plan porque esto se acaba en un segundo.

—Tú eres el plan. Lo confirmé en el Bosque Oscuro —dijo Ada y la tomó de la mano. Algo quemó la palma de Amelie y la envolvió como el fuego. De repente, todo fue claro: ella era un arma y se había despertado. Entendió todo, la razón por la que fue salvada del accidente, los perdones de Dios, todo. Ella era el principio del fin.

Las auras violetas de las hermanas se unieron como lenguas de fuego y por más que Aaron trató de tocarlas, volando junto a ellas y arremetiendo, no pudo ponerles un dedo encima. Lanzó un embrujo tras otro, que impactaron con sus barreras, gritó y lloró por la impotencia de no poder detenerlas.

—Es hora de que me dejes tranquila, caído —dijo Amelie, sintiéndose fuerte y creó con sus manos una enorme bola de energía que le iluminó el rostro. Soplando sobre ella, la lanzó con toda la furia hacia el maligno, e impacto en su pecho. Su grito llegó hasta el centro de la Tierra, que vibró y creó más grietas. Luego de minutos de luchar tratando de alejar toda esa energía que dejaba caer chispas, hizo explosión en miles de pedazos frente a sus ojos y cayó al suelo convertido en brea que se perdió entre el polvo que volaba en el viento.

Amelie suspiró y, perdiendo el control de su cuerpo, su cabeza se inclinó hacia atrás. Se dejó caer al suelo sin importarle su vida. Todo había terminado, ella le había puesto fin de una vez por todas.

## 16. Así en la Tierra como en el Cielo

El ruido del metal que chocaba junto a los flashes de luz lo trajo a la realidad. Se arrojó hacia adelante para atrapar a Amelie, pero no pudo. Desapareció frente a sus ojos consumida por la oscuridad antes de que pudiera hacer algo. Y no tuvo tiempo de lamentarse o recriminarse nada porque el demonio de pelo violeta se había puesto de pie y sonreía de forma burlona.

—No podrás encontrarla allí donde se fue, angelito. No eres bienvenido en ese lugar —comentó antes de comenzar a correr con la velocidad de un relámpago que impacta un árbol. Con la palma de la mano abierta golpeó a Bastian en el estómago. Si no hubiera sido porque llevaba su armadura, le hubiera hundido el cuerpo en esa parte. El chico salió despedido por el aire y su espalda encontró una pared de piedra roja. Aquello lo dejó sin aliento. Abrió la boca y sintió los espasmos. No se dio por vencido, clavó su espada en el suelo y la usó como soporte para ponerse de pie.

—No voy a rendirme... No hasta que me la devuelva —sentenció él y sus alas enormes acariciaron la roca al desplegarse. Voló a toda velocidad con una feroz mirada en sus ojos. Tuvo que esquivar algunos ataques de energía maligna que pasaron zumbando junto a sus oídos y amenazaron con chamuscar sus alas. Quedó flotando frente a ella y con un fuerte aleteo la hizo volar por el aire. Se adelantó para quedar justo en el punto donde iba a caer y, encendiendo su espada, le dio muerte a Varika por la espalda. La punta de

cristal la atravesó hasta salir por el estómago y dando un grito de dolor se desintegró y cayó al suelo como granos de arena.

—¿Bastian? ¿Estás bien? Creí ver a Amelie. ¿Dónde está ella? —cuestionó Lana aniquilando demonios a su paso antes de llegar a él.

—Creo que Aaron...

Un grito nació de la tierra. Las paredes rocosas temblaron y el suelo se abrió en grietas enormes que hicieron caer a los demonios dentro. Llamas de fuego se levantaron desde las profundidades y ángeles y brujos tuvieron que ponerse a volar y levitar para no ser consumidos también.

—Ha muerto. Creo que Aaron ha muerto —dijo Lana con una expresión sorprendida. Los ojos de ambos se dirigieron a unos metros de ellos. Vieron a Amelie que, suspendida en el aire, apareció desde otra dimensión y pronto cayó. Ada también se materializó y trató de alcanzarla, pero no lo logró. La muchacha de cabellos rojos tocó el suelo con fuerza. Ella había terminado con el maligno y con su vida al parecer.

\*\*\*

Se podía oír una canción dulce en un idioma desconocido. La melodía era armoniosa y más linda era la voz que la cantaba. Con ojos entrecerrados y la mirada algo nublada, observó unas manos delicadas que se movían sobre su cabeza. Pudo distinguir un rostro enmarcado por largo cabello rubio y ojos turquesa como faros. Era Mina, que la curaba sobre la roca colorada en la que su cuerpo había caído. Le dolían los huesos y hasta la punta de los dedos. Se sentía exhausta y sin reservas de energía, como si eso último que habían hecho con Ada la hubiera despojado de todas sus fuerzas.

—Me siento... terrible —dijo con la garganta seca, tratando de tragar y aclarándola para volver a hablar.

—Silencio, concéntrate en la sanación de tu cuerpo. No es necesario que hables, puedo darme cuenta de todo —aconsejó Mina mientras seguía con el

movimiento de sus manos y sus cánticos.

—Al menos dime que ganamos. Ganamos, ¿verdad? ¿O me morí y estoy en el Paraíso?

—Ganamos, gracias a ti —dijo con una risita ante el comentario de la muchacha y le acarició la frente con la yema de sus dedos—. Estás exhausta porque perdiste todo tu poder en un ataque.

—¿Es en serio? —preguntó Amelie mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Se sentó como pudo y abrazó a Mina dejando que las lágrimas le surcaran el rostro sucio. Ese llanto era su punto final, por fin había podido darle cierre a tanta acechanza de los demonios, a tanta persecución e intranquilidad. Por sobre el hombro de la mujer observó cómo algunas explosiones de niebla oscura cubrían a los ángeles y sus bellas armaduras. Empezaban a emprender su viaje de vuelta a Mikah. Pero no lo entendía, algo había cambiado.

—Mina... ¿por qué estoy viendo cómo los ángeles se cubren? —preguntó intrigada.

—Porque en ese ataque diste todo lo que eres. Según me explicó Ada... —dijo Mina señalándola. Ella estaba ahí, de pie junto a Stefano. Solo se limitó a hacerle un gesto compresivo—. La profecía decía que alguien como tú sería poderosa por única vez, lo daría todo hasta consumir su poder.

—¿Por qué puedo verte a ti entonces?

—Porque te lo estoy permitiendo. Lo siento, ya no eres una bruja.

—¿Lo sientes?

—Todos lo sentimos, Amelie. Eras muy poderosa —confesó Stefano cruzándose de brazos.

—No sientan pena por mí porque es el día más feliz de mi vida. ¡Soy una chica normal! ¡Común y corriente se siente bien! —dijo llorando de felicidad y observó unos ojos cristalinos que la observaban junto a una pared. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se había quitado toda armadura, vestía solo sus pantalones negros y botas. Le sonrió de la forma más hermosa antes de

comenzar a moverse.

Bastian caminó hacia ella con el torso desnudo y detrás de él sus enormes alas negras explotaron en cientos de chispas azules que se elevaron por los cielos.

—No podría estar más de acuerdo con eso, pequeña —comentó llegando por fin. La enredó con un brazo por la espalda, con el otro la levantó por debajo de las piernas y acercó su rostro para besarla como si solo ellos existieran a pesar de que sus amigos y familia comenzaron a aplaudir, uniéndose a los ángeles que se dejaron ver por un rato más. Gritos y carcajadas de alegría lo inundaron todo, y Mina hizo llover pétalos rosados desde el cielo. Humanos, brujos y ángeles celebraron ese beso. Ese día hubo felicidad tanto en la Tierra como en el Cielo.



## Epílogo

*Sesenta y cinco años después*

Una anciana de cabellos largos y blancos caminó por un angosto pasillo. Allí los rayos del sol lo entibiaban todo al colarse por unas ventanas de cristal alargadas. Afuera se podía oír el rugir del mar, las olas rompían contra las rocas como todos los días. Deslizó sus dedos por la pared, el empapelado estaba poniéndose feo ya. Había adquirido con los años aquella costumbre al pasar por ahí. En un momento entendió que lo hacía para sentir que su casa era todavía suya, su lugar en el mundo, el que había elegido y del que nunca más se la llevarían.

Se sentó en un sofá y observó un cuadro sobre la chimenea. El fuego iluminaba la sala y sus ojos se posaron en la mariposa azul de la pintura. Sonrió y emitió un suspiro cansado posando su mano sobre su pecho.

Tomó una manta que solía tener allí. Le gustaba leer junto al fuego y se durmió despacio entre antiguas fotografías en marcos plateados, que retrataban amigos en el día de su casamiento, hijos y nietos. Había una en especial que le gustaba, era una pareja bajo las palmeras en una isla. Ella tenía los cabellos rojos y él los ojos más verdes que hubiera visto en su vida y no estaba mirando a la cámara, sino que la veía a ella. Le había parecido bueno conservar esos retratos a lo largo de los años porque eran como los libros viejos a los que ella cada tanto volvía para mantener vivo el recuerdo.

Cuando abrió los ojos un tiempo más tarde, ya había dejado atrás la casita

de la playa y el arrullo de las olas. Había estado sola junto al mar, pero, en ese nuevo lugar en el que estaba ahora, se encontró con un muchacho que ella pensó haber olvidado. Al menos sus rasgos juveniles se le habían desdibujado, pero él estaba allí, esperándola al borde de un acantilado. Sus ojos eran verdes y profundos como mil mares. Tenía la mano extendida en su dirección y le sonreía. Volvió a recordarlo todo.

Caminó hacia él bastante nerviosa porque hacía tiempo no lo tenía con ella y no se quería despertar si era un sueño. Tomó su cálida mano fuertemente y no se desvaneció frente a sus ojos. Su nombre se le vino a la mente y su bello rostro también, y cada una de las cosas que le había dicho o hecho por ella. También pudo darse cuenta de que su propio cabello era rojo otra vez y caía ondulado sobre sus hombros, como el sol poniente sobre Playa Calma. Su piel era joven y llevaba puesto un vestido blanco, que flotaba en la brisa.

Unas mariposas azules de alas grandes revoloteaban a su lado y tuvo la certeza de que estaba en el Paraíso, que quien tomaba su mano era Bastian.

—Amelie Roger —dijo él, pronunciando el nombre junto a una sonrisa encantadora.

—Viniste por mí, Bastian Amaro.

—Te lo prometí antes de partir aquella noche. ¿Ves? Al final cumplí con la misión que Dios me había dado hace mucho tiempo. Me llevó unos años, pero lo hice. Finalmente, te llevo al Paraíso. Hay cuatro personas que están impacientes por verte.

—Entonces, vamos. Estaba esperando la hora.

Bastian enredó sus brazos en la cintura de Amelie y dos alas enormes se desplegaron detrás de su espalda. A pesar de las batallas que tuvieron que librar, de los comienzos y finales, su vida había sido buena.

Volando en espirales hacia lo alto, envueltos en polvo y mariposas, comenzaron un largo viaje hacia la eternidad.

FIN

## Agradecimientos

Agradezco a quienes, a pesar de los años, siguen creyendo y leyendo la historia de Amelie y Bastian.

Si te ha gustado

*Mientras contemplo la eternidad*

te recomendamos comenzar a leer

*Cuando te rindas*

de *Chris de Wit*



## Prólogo

*Ciudad de Buenos Aires, Argentina*

—¿Desea una copa, señor Chavanel?

El hombre se dio vuelta y la miró. Brenda Mori contempló los ojos negros, casi sin vida, que sobresalían del rostro pálido, clavarse en los de ella. Con un tremendo esfuerzo, exigió a su corazón ralentizar sus latidos. Era consciente de que ese ser, en toda su belleza, podía llegar a ser uno de los seres más despiadados que conocía y no tendría piedad de ella si descubría quién era.

Gustav Chavanel continuó su escrutinio por el uniforme que le había sido entregado de manos de los organizadores del evento, y Brenda esperó que no hubiese nada fuera de lugar. Llevaba una camisa blanca con chaleco, moño y pantalones negros, y el cabello atado en un rodete bastante grueso debido a la abundancia de su cabellera caoba. Luego de soportar el escrutinio del hombre durante un rato, este, sin contestar, tomó de la bandeja que Brenda sostenía entre sus manos una copa de coñac y volvió a darle la espalda.

Sin alejarse demasiado de la figura esbelta de Chavanel, Brenda evaluó la gente que se había congregado esa noche en uno de los edificios más altos de la ciudad de Buenos Aires, la Torre Le Parc, ubicado en el exclusivo barrio de Palermo Nuevo.

Contempló los rostros de los hombres, que excedían en amplia mayoría a los de las féminas, y su cuerpo comenzó a vibrar en respuesta a aquellas presencias siniestras. Respiró hondo y se obligó a centrarse en su objetivo. De ello dependería su futuro. Y el de alguien más.

Chavanel era el centro de atención de esa noche, y la cantidad de hombres que intentaban hablar con él así lo demostraba. Todos vestían de negro, incluso las pocas mujeres, en una evidencia visual de lo que en verdad

anidaba en las almas de aquella gente.

La fiesta se desarrollaba en la planta baja de la torre, donde las puertas del salón se abrían en toda su majestuosidad hacia la terraza, que culminaba en un muy bien cuidado espacio verde y dos elegantes piscinas. La música suave acompañaba el murmullo de la gente que comentaba las proezas de Chavanel y su idónea elección para ser el nuevo y legítimo jefe de los caídos, tras la muerte del anterior. Si bien hacía ya casi un año que Chavanel se había transformado en el director de la banda distribuida por todo el mundo, recién ese día había sido posible juntar a todas las organizaciones para reafirmar su mandato.

Brenda había planificado durante mucho tiempo su asistencia a esa fiesta, ya que significaba la oportunidad que había estado esperando para apoderarse de aquello que buscaba desde hacía varios años. Y no podía desaprovecharla. En ese preciso momento, vio a Chavanel depositar el vaso vacío de coñac sobre una mesa a su lado y, sin demora, se puso en acción para evitar que otra camarera le ganase de mano.

Con pasos apresurados, llegó a la mesa y tomó el vaso con rapidez. Lo colocó en la bandeja y se alejó hacia el cuarto de baño para el servicio donde ingresó raudamente en uno de los cubículos y cerró la puerta con traba. Depositó la bandeja sobre la tapa del inodoro y de los bolsillos internos de su chaleco extrajo un frasquito con un polvo, cinta adhesiva, un pedazo de cartón, una miniespátula y dos pequeños pomos, que colocó sobre la bandeja. Se hincó sobre una rodilla, mientras oía que de vez en cuando ingresaba alguna de sus compañeras a hacer sus necesidades en los retretes vecinos.

Brenda tomó el vaso y echó el polvo sobre el cristal. En un instante, la huella digital de Chavanel se hizo visible sobre su superficie. A continuación, colocó un pedazo de cinta adhesiva sobre la huella llena de polvo y, a los pocos segundos, lo extrajo con cuidado y constató que la impresión hubiese quedado grabada sobre su extensión. A un costado mezcló sobre el pedacito de cartón un poco del contenido de los dos pomos, silicona y un endurecedor,

hasta obtener una pasta homogénea. Con una pequeña espátula, tomó la suficiente cantidad de ese material y lo distribuyó sobre la cinta. Luego de unos quince o veinte segundos, desprendió la lámina de silicona, comprobó que la huella digital de Gustav Chavanel se había imprimido en ella y la guardó en uno de los bolsillos. Arrojó el material remanente en el tacho de basura y salió.

Se dirigió a la habitación que a todas las camareras se les había designado para poder cambiarse de ropa y se quitó de inmediato el uniforme, que reemplazó por un conjunto deportivo negro, zapatillas y guantes del mismo color. Una vez hecho esto, tiró el atuendo al incinerador de la torre para evitar dejar rastros y se encaminó hacia la escalera de servicio.

El piso al que debía ir era el veinticinco, por lo que se mantuvo a buen ritmo, gracias al entrenamiento al que tenía acostumbrado a su cuerpo. Mientras subía los peldaños a toda prisa, la música y el murmullo de la charla de los invitados se volvía cada vez más imperceptible. Se mantuvo así hasta que llegó a destino. Allí, se topó con la puerta, de la que sabía, tenía cerradura biométrica. Sacó con sigilo la pequeña placa de silicona con la huella digital de Chavanel y, depositándola sobre el lector de seguridad, rogó que este la reconociese. Cuando escuchó el mecanismo de traba desacoplarse y la puerta ceder sin que ningún sistema de alarma se pusiera en funcionamiento, se atrevió a respirar hondo.

Con sigilo ingresó a la oficina a oscuras y, aprovechándose de su poderosa visión nocturna, comenzó a buscar por todos los rincones. Abrió con cuidado cajones, armarios y cómodas, sin éxito. Al final, se encontró con una pequeña biblioteca con libros de toda clase de géneros y formatos, entre los cuales se sintió atraída por el brillo de uno en especial. Se acercó a este y lo tomó entre las manos. Al abrirlo, los ojos de Brenda, que veían más que muchos, se llenaron de las imágenes de unos majestuosos navíos vikingos cuyas tripulaciones luchaban entre sí. Perpleja, escuchó el sonido de espadas y gritos de los combatientes, que se enfrentaban con rabia y fiereza, pero lo que



más le llamó la atención fue la sensualidad que captó en aquella pelea. Desconcertada, focalizó la mirada en el texto y, en un danés muy antiguo, comenzó a leer y a memorizar la historia narrada en esas páginas. Mientras lo hacía, la imagen de un coloso con una serpiente tatuada en la mejilla se presentó frente a ella y la dejó sin aliento. Sin comprender quién era esa figura que parecía de leyenda, se obligó a memorizar la historia escrita hasta que, al llegar al desenlace, se dio cuenta de algo: por alguna razón, la última página del libro había sido arrancada y, con ella, el final.

Sin poder hacer nada por reparar la situación y para evitar levantar sospechas, Brenda colocó el libro en su lugar.

Siguió buscando alguna señal que le revelase dónde hallar lo que necesitaba encontrar, hasta que dio con unas marcas en el piso, que parecían ser producto de algo grande que hubiese sido arrastrado por encima de él. Elevó la mirada, hasta que se detuvo en un mueble hermético empotrado contra la pared, cuyo frente estaba tachonado de varios pequeños mosaicos de metal. Colocó su mano sobre él y utilizó su don de percepción. Este le permitía identificar el aura de los dedos que habían tocado el trasto con anterioridad, como si muchas lucecitas se prendiesen y le mostrasen las maniobras hechas por manos ajenas. Y en ese segundo, supo de qué se trataba.

Los dedos fueron desplazándose con cuidado por el costado del mueble hasta que, de una ranura casi imperceptible, extrajo una especie de clavo bastante largo sin cabeza. Era un abridor. Lo tomó con meticulosidad y buscó lo que el aura de otros dedos le señalaba. Entre la unión de dos mosaicos del frente, detectó una hendidura en especial, sobre la que presionó con la punta del abridor. Enseguida, uno de los pequeños mosaicos de metal se abrió hacia arriba, emitiendo un fuerte chasquido, y la puerta del mueble se abrió en silencio sobre las marcas del piso. Ante los ojos de Brenda, se manifestó una caja fuerte con otro lector biométrico. Volvió a utilizar la lámina de silicona y también esa puerta se abrió.

Buscó entre los papeles y el dinero que había en su interior hasta que

descubrió una serie de expedientes. Los hojeó y, a medida que lo hacía, el rostro de Brenda se tornaba más adusto hasta que llegó a uno donde el corazón pareció detenerse. Supo que dentro del próximo encontraría lo inevitable. Lo abrió con rapidez y se topó con unas cuantas hojas escritas por computadora y la foto de la cara de un niño. Se quedó eclipsada con su mirada por unos momentos, hasta que se obligó a regresar a la realidad. Colocó el expediente entre sus pantalones y acomodó todo como estaba.

Salió al balcón y se apoyó sobre la baranda que le llegaba a la altura del estómago. Pegó un salto y cayó con los pies sobre esta y, manteniendo un perfecto balance, sacó del bolsillo de su pantalón dos argollas metálicas unidas por un dispositivo. Respiró hondo la brisa que golpeaba su rostro mientras enganchaba una de las argollas en uno de los hierros de la baranda. Aferró la mano a la segunda argolla y contempló la ciudad de Buenos Aires en todo su esplendor.

Y, al instante siguiente, saltó.

## Segunda entrega de la trilogía «Cielo prohibido»



Perdida en la niebla de su mente, un único recuerdo del pasado se presentará. Amelie tendrá que buscar a aquella mujer que debía revelarle el secreto de su sangre.

Las espadas se forjarán y la sangre correrá como ríos. Mientras contempla la gran batalla comprenderá que al fin de cuentas el Paraíso no es tan claro y el Infierno tiene razones para ser oscuro.

Había una vez una muchacha humana que se creía común y corriente y se enamoró de su ángel guardián. Ambos se sacrificaron por un amor tan inmenso que hizo temblar los mundos celestiales y demoníacos arrasando con todo a su paso.

Fue el principio y también fue el fin.

**Matías Zitterkopf** nació en Gilbert, un pequeño pueblo de Argentina, en 1987. Desde niño desarrolló interés por la lectura y escritura de historias. Es profesor de Inglés y licenciado en Lengua Inglesa.

Escribe historias juveniles siendo Corazones oscuros la más conocida en Wattpad con casi dos millones de lecturas.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Matías Zitterkopf

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-51-0

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Mientras contemplo la eternidad

Prefacio

1. Dos extraños
2. Espinas y cuervos
3. Los desterrados hijos de Eva
4. Una noche en el bosque
5. Esencia
6. Espejos del alma
7. En casa
8. Grietas en el cristal
9. Mensajeros
10. Los funerales de Mikah
11. Intrusos
12. Recuerdos
13. Caballos blancos
14. Sangre como ríos
15. El padre y sus hijas
16. Así en la Tierra como en el Cielo

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Matías Zitterkopf

Créditos